N. LENIN

EL COMUNISMO DE IZQUIERDA

SEMBLANZA
DEL AUTOR
POR MAXIMO
GORKY

TRADUCCION
DE GABRIEL.
L. TRILLA

BIBLIOTECA
NUEVA
MADRID

N. LENIN

EL COMUNISMO DE IZQUIERDA

SEMBLANZA DEL AUTOR
POR MÁXIMO GORKY
Y G. ZINOVIEV. TRADUCCIÓN
DE GABRIEL L. TRILLA

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN FONDO GENERAL

BIBLIOTECA NUEVA
MADRID

VLADIMIR ILICHT LENIN

Lenin, partidario de la teoría que afirma que el papel del individuo en el proceso del desenvolvimiento de la cultura es nulo, es, en mi opinión, un creador de energías, sin el cual la revolución rusa no hubiera podido revestir las formas que ha adoptado.

Me ha ocurrido compararle, condicionalmente, con Pedro el Grande. Se han reído de esta comparación por encontraría exagerada. La comparación no era más que relativa y condicional, porque el papel de Lenin, como reformador social de Rusia, me parece inferior al suyo propio como revolucionario mundial. No es sólo el hombre a cuya voluntad ha impuesto la historia la penosa misión de labrar hasta las más hondas capas este hormiguero humano barroco, abigarrado, perezoso, que se llama Rusia; su voluntad es un ariete despiadado, cuyos potentes golpes destruyen las construcciones monu-

N .

mentales de los Estados capitalistas de Occidente y los horribles bloques seculares de los despotismos de Oriente.

Sigo creyendo que Rusia no es para Lenin más que un campo de experiencias, de experiencias cuyo alcance debe ser mundial, planetario. Esta idea, ensombrecida por un sentimiento de piedad hacia el pueblo ruso, me indignaba en otro tiempo; pero hoy, al ver que el curso de la revolución rusa se profundiza y extiende cada vez más, suscitando y organizando fuerzas capaces de destruir los fundamentos mismos de la sociedad capitalista, hoy me parece que sería injusto, si el destino de Rusia es servir de campo de experiencias, hacer responsable de esto al hombre que se esfuerza por transformar la energía potencial de la masa trabajadora rusa en energía cinética, activa.

Es justo que a cada uno se le pague con arreglo a sus méritos. Un pueblo gangrenado en la reducida atmósfera de la Monarquía, inactivo y sin voluntad, un pueblo falto de fe en sí mismo, que no es bastante "burgués" para ser fuerte en la resistencia ni bastante fuerte para matar su miserable tendencia al bienestar burgués, debe indudablemente conocer, por la lógica misma de su mediocre historia, los dramas y las tragedias inherentes a la existencia de una raza pasiva que vive en una época de

lucha de clases encarnizada, cuya expresión más infame es la guerra de 1914-1918.

Ciertamente no tengo la intención de escribir un alegato en favor de Lenin. Ni él ni yo sentimos esta necesidad.

Pero le conozco algo, y cuando algunas gentes que se precian de "pensar objetivamente" le imputan la responsabilidad de una áspera guerra civil, del terrorismo y otros crímenes, me acuerdo de Lloyd George, que en 1913 y 1914 deseaba un buen viaje a los estudiantes ingleses que partían para Alemania, recibía en Inglaterra a los maestros alemanes y pronunciaba tan bellos discursos sobre el pueblo alemán, al mismo tiempo que afilaba las bayonetas y cargaba los obuses que habían de desgarrar muy pronto la carne de los alemanes.

Todos estos "grandes hombres", y entre ellos el más grande y el cínico más impúdico, Clemenceau, el ingenuo demócrata romántico Wilson, los socialistas que votaron los créditos de guerra para la carnicería europea, los sabios inventores de gases asfixiantes y demá infamias, los poetas que en 1914 maldecían a Alemania y en 1918 maldecían a Inglaterra, toda esta espuma y hez de la vieja sociedad delicuescente ha herido profundamente, acaso mortalmente, con su mano miserable, la cultura europea y sigue desgarrando sádicamente a Rusia, fomen-

tando en ella la guerra civil, aplastándola por el bloqueo, matando a sus niños de hambre y de frío.

Los errores—si se debe hablar de ellos—no son crímenes. Los errores de Lenin son los de un hombre honrado; el mundo no ha conocido todavía un reformador infalible. Pero Lloyd George, Clemenceau y consortes, que condenan a todo un pueblo a los tormentos del hambre y el frío, perpetuando una guerra civil literalmente absurda—pues en Rusia, aparte de los bolchevikis, no hay fuerza alguna capaz de tomar el Poder y de despertar para el trabajo productivo las energías de un país agotado—, Lloyd George y Clemenceau sí son infalibles, como viejos forzados, como profesionales del asesinato.

• • •

Volviendo a Lenin, debo decir que mis simpatías personales no intervienen en lo más mínimo cuando hablo de él. Le considero un hombre digno de ser observado, estudiado como todos los demás sujetos de observación y estudio que no pueden dejar de interesar a un cronista como yo de las costumbres de mi país.

Lenin habla en las reuniones obreras. Su verbo es de una simplicidad sorprendente. Sus palabras son de hierro; su lógica, la del hacha; pero nunca

le he oído una frase de grosera demagogia o de vulgar elocuencia. Habla siempre de la misma cosa: de la necesidad de suprimir de raíz la desigualdad social y de los medios de conseguirlo. Esta antigua verdad vibra en sus labios con un sonido claro, implacable. Y se advierte siempre que cree en ella inquebrantablemente, que tiene la fe serena de un fanático, que no es un metafísico ni un místico. Me parece que lo individual, lo humano, apenas le interesa; que sólo piensa en los partidos, en las masas, en los Estados. En este terreno, goza de la previsión, de la intuición genial de un pensador experimentador. Posee esa dichosa claridad de pensamiento que sólo se obtiene a costa de una labor tenaz, ininterrumpida.

Un francés me preguntó una vez:

—¿No le parece a usted que Lenin es una guillotina que piensa?

Y yo le respondí:

—Yo compararía mejor el trabajo de su pensamiento al de un martillo-pilón—dotado de conciencia—, cuyos golpes redujesen a polvo lo que desde hace mucho tiempo era preciso destruir.

Lenin debe parecer a los pequeños burgueses de todo el mundo el Atila venido para entrar a saco en la Roma del confort y la felicidad mediocre, fundada en la esclavitud, la sangre y la rapiña.

Pero así como la Roma antigua mereció su caída, los crímenes del mundo moderno justifican su necesaria destrucción. Esta necesidad histórica, nada ni nadie puede alejarla.

Se apiada la gente a veces de la preciosa cultura europea, se habla con afliccción de la necesidad de preservarla de una nueva invasión de los hunos. Semejantes cosas sólo son sinceras y sensatas en boca de un revolucionario; en la de los organizadores y cómplices de la vergonzosa matanza de 1914-1918, no son más que una repugnante mentira.

El proceso del desenvolvimiento de la cultura, si por tal debe entenderse el progreso ulterior de la ciencia del arte, de la técnica y, paralelamente, la humanización del hombre, no puede detenerse, porque en vez de ser la obra de decenas de miles de individuos, lo sea de las masas formadas por millones de hombres.

* * *

A veces, las audacias de imaginación propias de todo escritor me llevan a plantearme la cuestión siguiente:

—¿Cómo concibe Lenin el mundo nuevo?

Y entreveo este grandioso cuadro: la tierra ofrece una prodigiosa esmeralda magníficamente ta-

tlada y engastada por el libre esfuerzo humano. Todos los hombres están dotados de razón. Cada uno se siente personalmente responsable de lo que hace y de lo que se hace en torno suyo. Por todas partes hay ciudades jardines, donde se erigen hermosos edificios. Las fuerzas de la naturaleza, organizadas y sometidas por su razón, son utilizadas por el hombre que se siente—¡por fin!—el verdadero dueño de los elementos. Ya no gasta su energía física en trabajos sucios y groseros; se ha espiritualizado. Todo su poder se consagra al estudio de los problemas esenciales del ser, que ahondaba en vano, desde hace largo tiempo, el pensamiento humano, turbado y desorientado por los esfuerzos necesarios para explicar los hechos de la lucha social, torturado por la conciencia, inevitable en el mundo en que reinan estos hechos, del combate eterno de dos principios irreconciliables.

Ennobiecido por la técnica y habiendo adquirido una finalidad social, el trabajo ha llegado a ser un placer para el hombre. La razón humana—lo más precioso del universo—es, por fin, liberada, y, en lo sucesivo, nada temerá ya.

Intrepidez de espíritu y profunda perspicacia política: tales son los rasgos esenciales de la naturaleza de Lenin. Nunca hasta ahora había oído el mundo lenguaje comparable al de la diplomacia

"

que inspira. Que sea brutal, que destroce horrorosamente los tiernos oídos de los diplomáticos de frac y smoking, conformes; pero es un lenguaje enteramente verídico. Y la verdad seguirá siendo brutal mientras no la hagamos bella, tan bella como nuestra misión, que es una de las bucnas verdades que hemos creado.

No pienso atribuir a Lenin sueños que le son ajenos. No creo romantizarle. No puedo figurárme-le sin ese magnífico sueño de la felicidad futura del hombre, de la vida radiante y clara. Cuando más grande es un hombre, más audaces son sus sueños.

Lenin es más grande que cualquiera de mis contemporáneos, y aunque su pensamiento esté con frecuencia absorto en consideraciones políticas que un romántico calificaría de "estrechamente prácticas", estoy convencido de que en sus raros instantes de ocio su pensamiento vuela hasta un porvenir maravilloso, mucho más lejano del que yo puedo concebir.

La felicidad humana, común a todos los hombres, es el fin esencial de la vida de Lenin, que debe percibir, en la lejanía de los siglos, el fin del gran proceso, cuyo punto de partida es su voluntad ascética y valerosa. Es un idealista, si por tal se entiende la cohesión de todos los impulsos naturales

en una sola idea: la idea de la felicidad común. Su vida privada es tal, que en una época religiosa le habrían hecho santo.

Los pequeños burgueses se exasperarán, sonreirán numerosos camaradas, y el mismo Lenin tornará a reir. Lo sé. ¡Un santo! Esta palabra resulta ridícula y paradójica aplicada al hombre "para quien no hay absolutamente nada sagrado", como dijo acerca de él un "hombre-dios" revolucionario de otro tiempo, N. Tchaikowsky. ¡Santo, este Lenin a quien lord Churchill, el jefe de los conservadores ingleses, individuo instruido y de buenos modales, llama "el hombre más cruel y repugnante"!

Pero el honorable lord no negará que la santidad religiosa raramente excluye la dureza y la crueldad, como acreditan los sangrientos pugilatos de los Padres de la Iglesia en torno de los Concilios universales, la Inquisición y muchas otras villanías. Además, la vida cívica crea siempre muchos más santos verdaderos, si por santidad se entiende la consagración audaz y desinteresada a los intereses del pueblo, a la libertad.

Realista austero y político sagaz, Lenin se va haciendo poco a poco un personaje legendario. Y está bien.

Desde el fondo de las apartadas regiones de la

L E N I N

N .

India, caminando en secreto por los senderos de las montañas y los bosques, arriesgando la vida, algunos indios, atormentados por el yugo secular de los burócratas ingleses, vienen a Caboul a preguntar a la Misión rusa:

—¿Quién es Lenin?

Y en el otro extremo de la tierra, los trabajadores noruegos dicen a todo raso con quien se encuentran:

—¡Lenin es el mejor hombre que ha habido en el mundo!

Todo esto está bien. La mayoría de los hombres necesitan creer para empezar a obrar. Esperar que comiencen a pensar y a comprender cuando el genio del mal del capitalismo les aplasta por la miseria, el alcoholismo, el agotamiento, sería demasiado largo.

Parece necesario recordar que los entusiasmos de la amistad—como, en general, todo lo que es humano—no son extraños a Lenin. Es un poco desagradable, algo ridículo, hablar siquiera de ello; ¡pero están tan espantados los burgueses de todo el mundo, y lord Churchill, volviendo los ojos hacia Occidente, se exaspera de un modo tan deplorable para su propia salud! Lleno de compasión, me creo obligado a tranquilizar un poco a los re-

merosos, a los irritados y a todos los demás enemigos del jefe del "bolchevismo".

Lenin, por lo general, concede demasiado valor a las buenas cualidades de las gentes, para provecho de éstas, pero en perjuicio de la causa. Mas casi siempre sus opiniones desfavorables—que parecen parecer a veces desprovistas de fundamento—son infaliblemente confirmadas por la actividad ulterior de aquellos a quienes juzgó antes de conocer los resultados de su trabajo. Esto puede servir para probar, o que Lenin percibe mejor los defectos de las personas que sus virtudes, o que hay en todas partes normalmente más gente mala que útil.

A veces, en este duro político brilla la llama de una ternura casi femenina, y estoy seguro de que el terror le cuesta sufrimientos intolerables, aunque muy ocultos. Es inverosímil e inadmisible que hombres condenados por la historia a esta contradicción: matar a unos para la liberación de los otros, no sientan en el fondo de su alma horrorosas torturas. Conozco muchos ojos en los cuales ese dolor acerbo se ha posado para siempre, para toda la vida. Todo homicidio me inspira una repulsión física; pero esos hombres son mártires que mi conciencia nunca me permitirá condenar.

Observo que, hablando de Lenin, se querría hablar de todo, a pesar de uno; y no puede, sin duda,

ocurrir otra cosa porque se habla de un hombre colocado en el centro y por encima de todo.

Naturalmente, pueden decirse sobre él muchas más cosas que las consignadas aquí. Pero me encuentro paralizado por la modestia del hombre completamente desprovisto de vanidad, que no dejará de hallar superfluo, exagerado, ridículo todo lo que acabo de decir. ¡Que se ría, ya que sabe reir bien! Confío, sin embargo, en que muchos leerán estas líneas con algún provecho.

Estas líneas han sido consagradas a un hombre que ha tenido la audacia de comenzar la revolución europea en un país donde casi todos los campesinos quieren ser pequeños burgueses acomodados, y nada más. Semejante intrepidez les parece una locura a muchísimas personas. Yo inauguré mi obra de instigador del espíritu revolucionario cantando la locura de los intrépidos.

Hubo un tiempo en que un sentimiento natural de piedad por el pueblo ruso me hizo considerar esta locura casi como un crimen. Hoy, que veo al pueblo ruso mucho más capaz de sufrir pacientemente que de trabajar con conciencia y probidad, vuelvo a cantar la santa locura de los intrépidos.

Y Vladimir Lenin es, entre ellos, el primero y el más loco.

MÁXIMO GORKI.

En agosto de 1918, un socialista revolucionario de la izquierda atentó contra la vida de Lenin. El jefe del comunismo ruso estuvo algún tiempo luchando con la muerte. Por fin venció la vida. El mismo día que se recibió en Petrogrado el primer telegrama firmado por Lenin, convaleciente ya, Zinoviev, Presidente del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, pronunció en el Soviet de esta ciudad un largo discurso sobre Lenin, publicado en folleto recientemente, del que damos a continuación los más salientes párrafos. Zinoviev ha vivido con Lenin muchos años en el destierro, y ha sido su discípulo más fiel y más querido. Nadie tan indicado como él para hablar del promotor de la revolución universal. Si las páginas de Gorky que preceden son como una impresión de conjunto de Lenin, las que siguen de Zinoviev son detalles de la vida de este hombre excepcional.

LENIN

Vladimir Ilicht Lenin-Oulianoff tiene ahora cuarenta y ocho años. Nació el 10 de abril de 1870, en

Simbirsk. De los cuarenta y ocho años de su vida, Lenin ha consagrado treinta al movimiento de emancipación.

El padre de Lenin, campesino de origen, trabajaba en la región del Volga en calidad de director de las escuelas populares y era muy querido del personal instructor de las ciudades y los campos de su distrito.

Yo he conocido personalmente a la madre de Lenin. Murió en 1913. Alejandro III había hecho ejecutar a su hijo mayor, Alejandro Oulianoff. Ella, desde entonces, concentró todo su cariño en Vladimiro Ilich. Y Lenin, por su parte, amaba profundamente a su madre, carcomida por el dolor.

Emigrado, desterrado, perseguido por el Gobierno zarista, Lenin abandonaba el trabajo más absorbente para ir a Suecia a ver a su madre y dulcificar los últimos días de su vida.

Lenin está colocado en el límite de dos generaciones: entre la de los antiguos revolucionarios populistas (*narodniki*) y la de los nuevos revolucionarios marxistas. Tomó parte en la vida de los grupos de estudiantes populistas; pero ya entonces tenía un pie en el campo marxista. Vladimiro Ilich estaba ligado por la sangre a la primera generación de revolucionarios terroristas, de aquellos gloriosos militantes cuyos nombres brillan aún como estrellas

resplandecientes, porque mataban, no a los amigos del pueblo, como hacen hoy esos miserables cretinos llamados "socialistas-revolucionarios de la izquierda", sino a los enemigos y verdugos del pueblo. Vladimiro Ilicht está ligado por la sangre a esta raza de luchadores; está ligado a ella por su hermano, Alejandro Ilicht Oulianoff, miembro activo del partido de la *Narodnaia Volia*, que fué ahorcado, a causa de esto, por orden del Gobierno zarista en 1887 (1).

Lenin no fué nunca un narodovoletz. Pero nadie respetó más ni enseñó mejor a los obreros el respeto hacia estos primeros adversarios del zarismo

(1) El partido llamado *La voluntad del Pueblo*, «*Narodnaia Volia*» por el nombre de su órgano principal, fué fundado entre los años de 1870 a 1875 por obreros e intelectuales revolucionarios, muchos de los cuales no eran partidarios, todavía, del socialismo marxista. En infinidad de casos, sus opiniones no iban más allá de un amplio liberalismo, y el fin último de sus esfuerzos parecía ser una reforma política, hecha mediante el establecimiento de un Gobierno constitucional. Es de justicia decir que, en cambio, la mayor parte de los «narodovoltzi» fueron verdaderos precursores de los movimientos revolucionarios actuales, y supieron consagrar a la causa popular un desinterés absoluto. Ellos inauguraron el empleo sistemático del terrorismo contra la autocracia. Uno de sus actos más importantes fué la ejecución del zar Alejandro II, el 1.° de marzo de 1885, por un grupo de militantes, del que formaban parte Jeliaboff, Ryssakoff, Kibaltchicke, Grinevetsky, Sofía Perovskaïa y Jessy Gelfmann.

N .

que Vladimiro Ilich. Para él, militantes como Jeliaboff y Sofía Perovskaia se elevan a una altura inaccesible, porque levantaban el estandarte de la rebelión y se armaban con la bomba y el revólver contra el zar a finales del año 70, a principios del siglo XX, cuando Rusia era una cárcel, cuando los amigos de la libertad respiraban en ella tan penosamente, cuando los obreros rusos apenas empezaban a formar una clase... Vladimiro Ilich comprendía cuán grande, cuán imprecisable, es, en verdad, el sabrito de los primeros héroes de la revolución rusa.

Leía ayer, especialmente, con un sentimiento de orgullo, la primera gran figura de militante obrero: Stépan Khaltourine. No le ha conocido personalmente; le conoce, como todos nosotros, por los relatos y los libros. Todos vosotros sabéis la biografía de este proletario genial que, no sólo hizo saltar el Palacio de Invierno, sino que realizó algo más grande aún: elevó por vez primera, en nombre de la clase trabajadora, el estandarte de la lucha política contra el zarismo. Lenin solía decir: "Cuando haya cientos de proletarios como Khaltourine cuando no sean individuos aislados que vayan, con la bomba y el revólver en la mano, a combatir a tal o cual ministro, cuando se pongan al frente de la clase obrera, entonces, seremos invencibles, ese

bará el zarismo e inmediatamente después la dominación burguesa."

* * *

La primera parte de la actividad de Lenin, como la de muchos revolucionarios procedentes de medios intelectuales, transcurrió en los grupos de estudiantes. Cuando fué expulsado de la Universidad de Kazan, se estableció en Petrogrado. El nos ha referido cómo, impresionado ya en Samara por las ideas marxistas, vino a Petrogrado en busca de un marxista. Si hay alguno, que responda, decía Lenin. Pero la "especie" marxista era entonces muy rara. No había marxistas en Petrogrado; en vano se habrían buscado a plena luz con una linterna. Los populistas (narodniki) dominaban los espíritus de los intelectuales y la clase obrera sólo empezaba a despertarse a la vida política.

Mas he aquí que el joven Lenin, después de uno o dos años, crea en Petrogrado los primeros grupos obreros y se rodea de un núcleo de intelectuales marxistas. Poco más tarde, en el terreno literario, cruza las armas con el viejo líder populista N. K. Mikhaïlovsky. Lenin—con el seudónimo de Yline—se revela por una notable serie de artículos de economía social que, en seguida, le conquistan un nom-

N .

bre. Y en los grupos de intelectuales populistas se observa inmediatamente una cierta turbación. Una fuerza poderosa ha turbado la quietud del pantano pequeño burgués. El agua empieza a agitarse. Una figura nueva aparece en el horizonte. Alguien se despierta. Pasa un soplo nuevo refrescante...

En Petrogrado, con algunos otros marxistas, con los primeros obreros socialistas, crea la *Unión de combate para la emancipación de la clase obrera*. Esta organización le confió la dirección de las primeras huelgas. Por entonces editó Lenin su primer folleto clandestino, *Las multas*, que, por su claridad y tono popular, aparece como un modelo de vulgarización marxista.

La tarea fundamental, en aquel momento, consistía en extender los conflictos económicos, en elevar toda huelga económica a la altura de un conflicto político. Y Lenin, con toda la pasión de su carácter, se entregó a esta labor. Pasaba todo el día en los barrios obreros. La Policía le persigue. Sus amigos formaban un reducido círculo. Casi toda la intelectualidad revolucionaria de entonces le acoge con hostilidad. No estaba lejano el día en que los populistas habían de quemar las primeras obras de Plejanov en donde estudió el mismo Lenin. Lenin abría así un nuevo camino.

Muchas veces, al Soviet de los Comisarios del

Pueblo, al Congreso Panruso de los Soviets, llegan de los confines de la Siberia o del Ural obreros que son ahora presidentes de los Soviets y están al frente del movimiento local. Vienen a ver a Lenin y empiezan a evocar antiguos recuerdos. "Recuerde usted: hacia 1890 editábamos con usted, aquí o allá, tal o cual hoja clandestina, organizábamos tal o cual huelga". El camarada Lenin no siempre se acuerda de ello: han pasado demasiadas gentes por su camino. Pero todos ellos se acuerdan de él. Saben que fué su maestro, que fué el primero que les transmitió el fuego del comunismo; saben que fué su amigo y su jefe.

A finales de 1889, Lenin, después de un largo encarcelamiento, tuvo que salir desterrado. En el destierro despliega en trabajos científicos y literarios la mayor actividad. Escribe muchas obras, de dos de las cuales voy a hablar solamente. La primera es un folletito: *Los problemas de los social-demócratas rusos*. Este folleto, que apenas se lee hoy, es la obra maestra de la concepción marxista en lo que se refiere a los destinos del movimiento socialista en un país económicamente atrasado. El manuscrito de este folleto fué enviado a Suiza al grupo *La Emancipación del trabajo*, formado por Plejanov, Axelrod y Zassoulitch—primeros fundadores de la social-democracia rusa—, para quienes su llegada

BIBLIOTECA NACIONAL

fué como la de la golondrina anunciadora de la primavera. Axelrod, que en otro tiempo fué un verdadero socialista, le puso un prólogo lleno de expresiones elogiosas para Lenin.

La segunda obra es: *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, libro considerado, hasta por los profesores burgueses, como una obra de ciencia.

En 1901, Lenin, en colaboración con un grupo de gentes que entonces le eran afines (Axelrod, Potresoff), publicó el periódico *Iskra* (*La Chispa*). El periódico se ha hecho histórico y su nombre va ligado íntimamente al de Lenin. El primer artículo importante de Lenin en este periódico se titulaba *Por dónde comenzar*. Desenvolvía en él todo el programa inmediato del movimiento obrero y de la revolución rusa, e indicaba los fundamentos de nuestro programa y nuestra táctica revolucionaria. En él encontraréis casi toda la quintaesencia del comunismo. Pero no era mas que un esquema de su notable obra titulada: *¿Qué hacer?* En ella, Lenin plantea y resuelve en sentido revolucionario todos los problemas importantes del movimiento de aquella época. Durante meses y años este libro estuvo removiendo las ideas—las pasiones hervían en derredor suyo—era discutido e iba a provocar la escisión de los revolucionarios en dos campos irreconciliables.

La *Iskra* declaró una guerra sin cuartel a lo que

se llamaba el economismo, es decir, el futuro menchevismo. Emprendió la más enérgica lucha contra los socialistas-revolucionarios. Y nunca fué tan evidente la clarividencia de Lenin con respecto al partido de éstos, cuyos destinos preveía en 1902-1903. Entonces Lenin, joven todavía, cuando en ese partido había conocidos militantes de la antigua Narodnaia Volia y no teníamos la enorme experiencia política que nos ha dado la revolución, se irguió y lanzó a sus fundadores, a la faz del mundo, el apóstrofe de "aventureros revolucionarios". "Vosotros—declaraba—, señores socialistas revolucionarios, sois los representantes de la pequeña burguesía y nada más."

Cuando Lenin afirmó que el partido "S. R." era el de la pequeña burguesía, el trueno y el rayo cayeron sobre él. Se decía que tenía un carácter insoportable, que era un misántropo, etc. Hoy podéis comprender que aquello era una visión profética de lo que ocurre.

La *Iskra* no sostenía sólo la lucha revolucionaria; realizaba también un vasto trabajo de organización. Lenin se puso al frente de este trabajo práctico y adjuntó a la *Iskra* un Comité de Organización. Y él, que llevaba casi todo el peso del trabajo literario de la *Iskra* y del periódico *Zaria* (la *Aurora*),

N°.

consagrado a las teorías socialistas, fué al mismo tiempo el alma del Comité de Organización.

La mujer de Lenin, Nadiejka Constantinovna Krupskaia-Oulianova, era el secretario de la *Iskra* y el secretario del Comité de Organización. De lo que nuestro partido debe a esta mujer, puede y debe hablarse aparte. Aquí diré únicamente que en todo el trabajo de Lenin como organizador de nuestro partido, gran parte del mérito corresponde a Nadiejka Constantinovna. Ella llevaba toda la correspondencia. Hubo un momento en que llegó a escribirse con toda Rusia.

Laboriosamente, paso a paso, Lenin reunió su organización legal. Y desde que se formó aquella organización histórica, cuando el partido estaba unido todavía y contaba en sus filas a Plejanov, Zassoulitch, Axelrod, Potressof, Martof, etc., apareció con claridad que Lenin sería el verdadero jefe.

Suele presentarse a Lenin como un hombre que rompe, corta, que sólo opera con el bisturí, que no cuida la unidad de las clases proletarias. Pero cuando en el II Congreso del partido se indicó la escisión fundamental, Lenin empleó al principio toda su influencia para impedirla. En realidad, Lenin sabía apreciar en todo su enorme valor la unidad del movimiento obrero. Pero la unidad para el so-

lismo. La idea socialista le es más querida que todo. En el II Congreso, cuando vió que sus divergencias con Martov, Axelrod, Plejanov, etc., no eran ocasionales, sino que obedecían al nacimiento de un nuevo oportunismo oculto bajo una nueva bandera y representado por éstos, la cuestión quedó para él plenamente resuelta. "Me quedaré solo—dijo—; pero elevaré la bandera del marxismo revolucionario." Y se separó de Plejanov.

Por entonces, estaba yo en el extranjero, donde fuí presentado, con otros dos camaradas, en calidad de jóvenes social-demócratas a Lenin, con quien estábamos de todo corazón. Plejanov, un día, empezó a burlarse de Lenin delante de nosotros. Fuimos a ver a Lenin e ingenuamente se lo contamos. Lenin reía y nos tranquilizaba: "Luchemos. Veremos con quién se van los trabajadores."

Enfrente de la *Iskra*, cuya redacción—que había pasado a manos de los mencheviki—abandonó Lenin, éste creó el primer periódico bolcheviki *Vpered* (*Adelante*). Al principio no fué mas que una pequeña hoja editada gracias a las modestas suscripciones recogidas en el extranjero. Con esta pequeña ametralladora atacó la fortaleza adversa. Pero apuntaba tan bien que, al poco tiempo, no quedaban restos de la artillería gruesa de Plejanov. Hacia 1905 se vió con claridad que todo lo vivo de la

L E N I N

Rusia obrera, proletaria, se iría con los bolcheviki.

El primer Congreso de los bolcheviki—primera reunión histórica que sentó el fundamento del partido comunista actual—fué convocado en el verano de 1903. Entonces fué cuando Lenin dijo, por vez primera, que en la revolución próxima no nos detendríamos en la república burguesa, y denunció la podredumbre del parlamentarismo europeo.

En aquella época, la vida no era fácil para los bolcheviki. Bebel, en quien Lenin respetaba al jefe genial de la clase obrera alemana, sermoneaba a éste diciéndole: ¿Cómo? ¿Está usted contra Plejanov? ¿Es posible que Plejanov sea un oportunista?" Y Axelrod afirmaba que Lenin era un segundo Nechaiev (1), al que, en su lucha contra los viejos, no le movía mas que la ambición personal. El ambiente de la social-democracia internacional era hostil al bolchevismo.

En vísperas del III Congreso (el primero de los bolcheviki), Bebel prestó a los mencheviki el siguiente servicio: cuando se reunió nuestro Congreso, nos escribió en nombre de la social-democracia

(1) Sergio Netckaiev, revolucionario de gran energía, intentó poco después de 1870 crear un movimiento por medio de una organización de partido ficticio, de la que él solo era alma. Consiguió engañar a militantes como Bakounin y Ogoref; el proceso de 1872 descubrió su impostura. Murió condenado a trabajos forzados.

alemana. Y en su carta nos decía: "Queridos hijos: ¿no queréis reconciliaros? Yo me ofrezco a vosotros y a los mencheviki como árbitro. ¿Por qué una escisión? Entregad vuestra indiferencia a mi arbitraje." Lenin llevó la carta al Congreso, y dijo: "Tenemos en gran estima al camarada Bebel; pero cuando se trata de saber cómo debe combatirse, en nuestro país, el zarismo y la burguesía, ha de permitírsenos que tengamos opinión propia y que tratemos a los señores mencheviki como merecen ser tratados los agentes de la burguesía." Bebel se sorprendió de la "insolencia" de nuestra Asamblea; pero no tuvo más remedio que aguantarse.

Refiero este episodio para mostraros cuál era el ambiente, en Rusia y en la Internacional, cuando Lenin se irguió como cazador en los puestos avanzados del ejército, muy débil aún en aquella época de la revolución socialista.

* * *

En la revolución de 1905 Lenin desempeñó un papel capital. Como sabéis, el primer Soviet de obreros de Petersburgo lo crearon los mencheviki. Pero en todos los esfuerzos prácticos de su lucha, el Soviet de Petrogrado seguía a los bolcheviki; la clase obrera se hizo bolcheviki. Cuando la revo-

N .

lución de 1905 fué vencida, los mismos mencheviki reconocieron que se había realizado a la manera bolcheviki, que la clase obrera, por desgracia, había seguido a los bolcheviki. La insurrección armada de Moscú, aunque vencida, fué la apoteosis de la táctica bolcheviki en revolución. Cuando fuimos vencidos, Plejanov no supo decir más que: "no debían haberse tomado las armas". Lenin consideró la insurrección de Moscú de 1905 de modo muy distinto. Para él no hubo página más noble y admirable en la Historia que el alzamiento en armas de Moscú.

En la revolución de 1905, el papel de Lenin—repito—fué capital. No asistió a las reuniones del Soviet de Petrogrado mas que una o dos veces. Vivía ilegalmente en Petersburgo, y el partido le prohibía que se mostrara en público demasiado. Cuando supimos que los miembros del Soviet iban a ser detenidos, impedimos que Lenin asistiera a la última reunión—que se ha hecho histórica—para que no fuera detenido. En 1905 Lenin vió el Soviet una o dos veces. Pero desde entonces, cuando en el edificio de la Sociedad de Economía Libre asistía a aquella primera reunión del parlamento obrero, nació en su cerebro la idea del Poder de los Soviets. Y acaso soñaba ya en la época en que hubiera un Estado soviético, en que los Soviets, ejemplos del

yo

gobierno obrero socialista, fueran el Poder único del país.

Nadie se interesó tanto como Lenin por la historia del Soviet de los diputados obreros de Petrogrado. El, que formalmente no tomó más que una parte mínima en la vida del primer Soviet, comprendió mejor que todos lo que el Soviet significa. En 1916, durante la guerra, cuando llegó a Suiza la noticia de que empezaba en Petrogrado la agitación revolucionaria y que nuestros camaradas hablaban de organizar un Soviet en Petrogrado, Lenin escribió: "Los Soviets son la forma del Estado obrero; son el Poder de los obreros."

Pero volvamos atrás. En 1906 comienza un período de silencio, la hora sombría de la contrarrevolución. La clase obrera medita las lecciones de la revolución primera. Nosotros nos veíamos obligados a expresarnos en folletos, en periódicos publicados clandestinamente. Para trabajar con libertad tuvimos que irnos al extranjero. Los mencheviks afirmaban que la revolución de 1905 había sido un caos, una "zarabanda de elementos". Lenin les respondía: "Vosotros no habéis comprendido este movimiento. Era una gran revolución, en modo alguno un caos. Y lo era... exclusivamente porque, aunque vencida, *ha sido una rebelión armada de los obreros de Moscú*, porque, ante el proletariado del mundo, el So-

N .

viet de Petrogrado ha brillado todo un mes. Y la revolución resucitará. Resucitarán los Soviets. Y los Soviets vencerán."

A propósito de lo que Lenin entiende por *gran* revolución recuerdo una anécdota. El año pasado, cuando llegamos aquí, quedamos desconcertados por la extensión del movimiento y a veces hasta calificamos de "grande" la revolución de febrero. Lenin, que con el camarada Kamenef y conmigo, redactaba entonces la *Pravda*, machacaba constantemente esta palabra en sus artículos. Cuando le pregunté un día, bromeando, por qué no permitía nunca tal palabra, por qué tanto celo, me respondió con tono cortante: "¿Cuál es esa *gran* revolución? Grande sería si expulsáramos a la canalla de Kerensky, si arrancáramos el Poder a la burguesía, si el Soviet de Petrogrado en vez de charlar tanto se hiciese el Poder único de la capital. Entonces sería grande la revolución. Entonces podría escribirse "la más grande".

En estos años sombríos, Lenin, desterrado en el extranjero, realizaba un enorme trabajo de teórico. Durante dos años—1908 a 1910—no salió de la Biblioteca Nacional, de París. Hasta los profesores burgueses aseguraban que no podían comprender cómo un hombre había podido leer en dos años tal cantidad de libros. Lenin, mientras tanto, seguía in-

pertérrito su tenaz obra revolucionaria. Elevar en aquella época la bandera de la revolución, combatir todo revisionismo y oportunismo, creer y esperar en el triunfo de sus ideas, trabajar, trabajar y trabajar y no cruzarse nunca de brazos, era verdaderamente un mérito excepcional. Lenin, en el curso de dos años, escribió un serio trabajo de Filosofía, obra que conservará en la historia de la lucha por el marxismo un honroso puesto.

• • •

Llegan los años de 1910 y 1911. Sopla un viento fresco. El movimiento obrero renace. Los sucesos de Lena (1) abren una nueva era en la historia de nuestro movimiento. Por entonces, teníamos ya en Petrogrado un órgano legal, *Zviezda* (*La Estrella*), en Moscú la revista *Myst* (*El Pensamiento*) y una pequeña fracción obrera nos representaba en la Duma. Ahora bien, el elemento principal en estos periódicos y en la fracción parlamentaria era Lenin.

En 1912 empezamos una vida nueva. Tan pronto como se pudo editar en Petrogrado un periódico legal, abandonamos París y nos trasladamos a Ga-

(1) Huelgas de mineros del Barranco de Lena, en el curso de las cuales la represión zarista hizo víctimas numerosas.

N .

lizia, para estar más cerca de Rusia. El partido re-
uscia. Y, naturalmente, el puesto director lo ocu-
paba Lenin.

Atendiendo a los ruegos del nuevo Comité Cen-
tral, Lenin y yo nos fuimos a Cracovia. Algunos ca-
maradas de Petrogrado, Moscú y otras ciudades vi-
nieron a nuestro lado. Se establecieron relaciones te-
lefónicas con Petersburgo. Y las cosas se arreglaron
pronto de tal manera que raro era el número de la
Pravda que apareciá sin un artículo de Lenin. Nues-
tra organización se había perfeccionado hasta tal
punto que antes de cada Congreso profesional con-
vocábamos a menudo reuniones previas de los Bu-
reaux, de Petrogrado y Cracovia, de nuestro C
mité Central.

Recuerdo la primera gran reunión de los me-
lúrgicos petersburgueses en 1913. Dos horas ante
de que nuestra lista de candidatos a la dirección de
Sindicato hubiese triunfado en la Asamblea (lo que
significaba entonces mérito extraordinario). Lenin
recibía ya un telegrama de felicitación de los me-
lúrgicos. Lenin, que vivía a miles de leguas, era el
alma del Petrogrado obrero. Ocurría lo mismo que
en 1906-1907, cuando Lenin habitaba en Koukolla
en Finlandia, e íbamos todas las semanas en pe-
grinación para pedirle consejo. Desde aquella peque-
ña ciudad de Koukolla dirigía el movimiento obre-

de Petrogrado. Algo parecido hacía ahora, y, desde Cracovia, dirigía no sólo el movimiento de Petrogrado, sino también el movimiento bolcheviki de toda Rusia.

En los telegramas de congratulación que Lenin recibe con motivo de su convalecencia, en las expresiones de interés suscitadas por el suceso, la palabra "jefe" es la que más se encuentra. Y es que, en verdad, camaradas, Lenin es el elegido entre millones de hombres, el jefe "por la gracia de Dios", el jefe auténtico, el que, en la historia de la Humanidad, nace cada quinientos años...

• • •

Querría deciros algunas palabras al menos sobre la actitud de Lenin frente a la guerra. Mucho antes de que sobreviniese, Vladimiro Ilicht ya no creía en los socialistas de Europa. Cuando estalló por fin y recibimos el primer número del *Vorwaerts*—órgano de la Social-Democracia alemana—, en que se daba la noticia de que los socialistas habían votado los créditos de guerra, Lenin, de primera intención, no se atrevió a creerlo. Vivíamos entonces en una apartada región de los montes de Galitzia. Pero la verdad era esa, y cuando Lenin se convenció, sus

N .

primeras palabras fueron: "La Segunda Internacional ha muerto".

Estas palabras, camaradas, estallaron entonces como una bomba. Hoy son el abecé para nosotros. Pero pensad en la significación que la Internacional tenía antes de la guerra y pensad que, entonces, se llevaba un marxista raso para decir "que la Internacional ha muerto y que tanto mejor". Llovieron las recriminaciones y quejas de los "jefes reconocidos" de la Segunda Internacional contra los bolcheviks. "Es inaudito—decían—; Lenin insulta a nuestro maestro."

Lenin fué uno de los autores, con Rosa Luxemburgo, de la resolución del Congreso Internacional de Stuttgart (1907), según la cual, si estallaba la guerra imperialista nuestro papel consistiría en provocar la revolución, o, en otros términos, *la guerra civil*.

Recuerdo el primer manifiesto de nuestro partido sobre la guerra, después de la deserción de los socialistas. Estaba escrito, como todos los documentos importantes de nuestro partido, por Lenin. Cuando pudieron leerlo algunos hombres como el internacionalista suizo Grimm y el revolucionario rumano Rakowsky—que hoy está en nuestras filas—sólo leer "que la guerra imperialista debe transformarse

en guerra civil". Todo el mundo se había acostumbrado a seguir los antiguos procedimientos del legalismo y parlamentarismo. Todos los jefes creían en el legalismo como en un fetiche. Fueron necesarios enormes esfuerzos para abrirnos camino hasta entre los zimmerwaldianos. Rodowsky estaba casi dispuesto a reñir con Lenin y conmigo porque declarábamos: "Martof es un agente de la burguesía". "¿Cómo os atrevéis a decir eso?", nos gritaba. "Conocemos a Martof desde hace veinte años." Y nosotros respondíamos: "Nosotros también conocemos a Martof por lo menos tanto como vosotros, y aseguramos que todos los elementos honrados del proletariado ruso vendrán con nosotros, contra la guerra, y que Martof defiende los puntos de vista burgueses."

Recuerdo el encuentro en Zimmerwald de Lenin y Ledebour. Ledebour decía: "Sí; usted que vive en el extranjero incita a la guerra civil. Me gustaría ver cómo la hace usted en Rusia." Si Ledebour se acuerda de estas palabras, debe estar avergonzado. Lenin le respondió con tranquilidad: "Marx, cuando escribía el *Manifiesto Comunista*, también vivía en el extranjero, y sólo los burgueses cerrados de mollera podían reprochárselo. Yo ahora vivo en el extranjero porque los obreros rusos así lo han dispuesto. Pero cuando llegue la hora, sabré estar en mi lugar..." Y Lenin ha cumplido su palabra.

Si; al principio de la guerra, Lenin encontraba poca simpatía hasta en los medios socialistas que se consideraban ofendidos por la guerra. Hoy puede decirse sin exageración alguna que todos los elementos honrados de la Internacional reconocen por jefe a Lenin. Lenin es el verdadero jefe de la Tercera Internacional.

El papel de Lenin desde que comenzó la guerra fué absolutamente exclusivo. Fué el primero que se propuso reunir los grupos internacionalistas. Vivía entonces en Suiza, en Berna y en Zurich. En esta última ciudad habitaba en el barrio más pobre, en una guardilla, en casa de un zapatero de viejo. Parecía que perseguía a cada proletario para hacerle comprender que la guerra es una carnicería imperialista y que el honor del proletariado exige que se luche contra la guerra a muerte; para hacerle comprender que no se podrían dejar las armas hasta que la clase obrera en pie no haya aniquilado a los bandidos del imperialismo.

El *bureau* de la izquierda zimmerwaldiana, cuyo papel director estaba a cargo de Lenin, editó en francés y alemán diversas hojas, folletos y tres números de la revista *Verbote*. La propaganda de Lenin, por supuesto, disgustaba mucho a la burguesía internacional. Los profesores burgueses alemanes escribían libros enteros sobre este insensato que cuestaba el

se sabía qué propaganda subversiva. Nosotros, riéndonos, les respondíamos: "¿Por qué imprimís entonces tantos artículos y libros sobre esto; por qué os inquieta tanto el "delirio" de un "insensato" cualquiera?"

En marzo de 1917, Lenin vuelve a Rusia. Seguramente os acordáis del clamor que se elevó cuando Lenin y nosotros, sus discípulos, franqueamos la frontera después de atravesar Alemania. ¡Qué de gritos a propósito del "vagón blindado"! En realidad, Lenin no odiaba menos al imperialismo alemán que a los otros imperialismos. Cuando un miembro influyente del partido de Scheidemann quiso entrar en nuestro vagón—no blindado ni nada parecido—para saludarnos, hicimos decir a este señor, a propuesta de Lenin, que nosotros no hablábamos con los traidores y que le expulsaríamos si se permitía penetrar en donde estábamos.

No voy a entrar en detalles del papel de Lenin en Petrogrado en los comienzos de la revolución actual, que conocéis tan bien como yo. También sabéis el papel de Lenin en las jornadas de julio de 1917 (1). Para él la cuestión de la necesidad de la conquista del Poder por el proletariado estaba re-

(1) En julio de 1917 fué cuando los obreros petersburgueses intentaron, por vez primera, arrancar el Poder de manos del Gobierno Kerensky.

suelta desde el primer momento de la revolución actual. No se trataba mas que de escoger el momento oportuno. El 3 de julio, al ver cómo crecía la ola de indignación popular, Lenin se conmovió. Aquel mismo, en el piso de arriba, en el despacho del Palacio de Táuride, Lenin, Trotsky y yo celebramos una pequeña reunión. En ella, Lenin nos dijo sonriendo: "¿Y si intentásemos ahora mismo?" Pero añadió en seguida: "No; no es hora todavía de tomar el Poder. La gente del frente, engañada por los Líber y los Dan (1), está en contra nuestra, y vendría a aplastar a los obreros petersburgueses."

En efecto, lo que había de madurar dos o tres meses más tarde, no estaba maduro en el mes de julio. La toma del Poder en junio hubiera podido ser fatal para nosotros. Lenin lo comprendió antes que nadie. Pero nunca dejó de creer que en el curso de la revolución el Proletariado debía conquistar el Poder.

Vosotros recordáis el giro que tomaron entonces los acontecimientos. Hubo un momento en que muchos de nosotros lo creímos todo perdido. El mismo Lenin llegó a dudar un minuto de que los Soviets depravados por los "conciliadores", pudiesen desempeñar un papel decisivo. Y afirmaba que tendría

(1) Líber y Dan son dos líderes mencheviques.

mos que tomar el Poder sin los Soviets. Pero no dejaba de creer que lo conquistaríamos, tarde o temprano, y que entonces debíamos arrojar a los mencheviki y social-revolucionarios. Comenzaron las persecuciones. Lenin y yo tuvimos que ocultarnos. Pero estábamos completamente decididos a dar la cara. El partido, sin embargo, no nos lo permitía, y seguimos ocultos.

Así como en julio de 1917 Lenin declaraba firme y resueltamente: *no se puede* todavía tomar el Poder, después de las batallas de Kornilóff y sobre todo a fines de septiembre de 1917, Lenin empezó a incitar a los obreros: "Tomad el Poder ahora mismo, o será demasiado tarde."

Después de la aventura de Kornilóff, se reunió en Petrogrado una supuesta "Conferencia democrática". Lenin interviene con un artículo *Sobre los compromisos*. Por última vez propone a los mencheviki y socialistas-revolucionarios que rompan con la burguesía, que concierten un compromiso con la clase obrera contra las gentes de Kornilóff. Pero el menchevismo y el socialismo revolucionario estaban corrompidos hasta la médula. Habían vendido ya su alma al diablo, y no podían aceptar la proposición de Lenin.

Convencido de ello, Lenin, desterrado en Finlandia, envía una carta a nuestro Comité Central en la

N .

que dice: "Basta ya de perder el tiempo; hay que disolver la Alexandrinka (la Conferencia Democrática que se celebraba en el teatro Alexandrinsky), expulsar a ese grupo de bandidos y tomar el Poder en nuestras manos."

Nuestro Comité Central no fué de la opinión de Lenin. A casi todos nos parecía que era demasiado pronto, que los mencheviks y socialistas revolucionarios todos nuestros partidarios todavía. Entonces, Lenin, sin discutir más, abandona su retiro de Finlandia y, por su propia iniciativa, sin escuchar las recomendaciones de prudencia de nuestros amigos, viene a Petrogrado para predicar aquí la insurrección inmediata. Kerensky y Arkcentiev dictan orden tras orden de detenerle. Lenin, en la sombra, prepara la insurrección, fortalece a los débiles, alienta a los vacilantes, escribe, habla en favor de la acción más rápida. Y triunfa.

Hoy para todos es evidente que Lenin tenía razón. Si no hubiésemos tomado el Poder en noviembre, en diciembre Savinkof y Paltchinsky nos hubieran aplastado. Ahora resulta claro. Pero entonces, se necesitaba la perspicacia de Lenin, su intuición genial, para decir: "Ni una semana más; hoy o nunca." Y era precisa la inflexible voluntad de Lenin para vencer todos los obstáculos y comenzar en el

momento justo la más grande revolución que hayan visto los siglos.

Y no puede decirse que Lenin no comprendiese todas las enormes dificultades que iban a presentarse ante la clase obrera rusa después de la conquista del Poder. Las comprendía perfectamente. Y, aunque han sido mayores de lo que había previsto, a la clase obrera no le quedaba otro camino que el de noviembre.

Lenin ha dicho la palabra decisiva en casi todas las cuestiones. La revolución de octubre—en la medida en que en tiempo de revolución puede y hasta debe hablarse del papel de la personalidad—, la revolución de octubre, digo, y el papel que en ella ha desempeñado nuestro partido, son, en nueve décimas partes, obra de la mano de Lenin. Si había alguien que podía convencer a los vacilantes, obligarles a alzarse y a entrar en la lid, ese era Lenin.

Yo os confieso que, si tengo que arrepentirme de algunas cosas de mi vida, no es de haber estado bajo la dirección de Lenin años enteros de trabajo, sino de haber creído algunos días de octubre que Lenin se precipitaba demasiado, que forzaba los acontecimientos, que se engañaba y que yo debía combatirle.

Lenin eligió su hora con formidable acierto; no quería esperar una semana más. Abiertamente, con

N .

su firma, escribió en un periódico legal artículo tras artículo invitando a la rebelión armada, fijándola para el día siguiente o al otro. Y Lenin hacía entonces mientras Kerensky estaba aún en el Poder, y a muchos de nosotros nos parecía muy fuerte. Lenin desafió a la burguesía, a todos los oportunistas, y les dijo: "Malditos, nos libraremos de vuestro Poder." Todo el mundo sabe que en boca de Lenin esto no eran palabras vanas en el aire. Los actos siguen a las palabras. Sólo Lenin podía obrar así.

* * *

¡Y los días memorables, los días amargos de Brest-Litovsky! ¡Cuán arduo y comprometedor era tomar una resolución entonces! Yo no puedo figurarme lo que hubiese sucedido si no hubiéramos tenido a Lenin en aquel momento. ¿Quién, aparte de él, hubiera podido ir contra la inmensa mayoría de los Soviets, contra una fracción importante del partido y hasta, en un momento dado, contra la mayoría del Comité Central del partido? Sólo Lenin podía soportar este peso, y los que al principio vacilaban tuvieron que seguirle. El solo salvó Petrogrado, Rusia, nuestro partido, nuestra revolución. Hoy habrá ya pocos sabios que se atrevan a reírse todavía de la "teoría de la espera" de Lenin. Hoy estamos se-

guros de que era el único camino bueno ceder espacio al enemigo para ganar tiempo.

Se ha comparado a Lenin con Marat. El destino le ha sonreído más que a Marat. Marat fué muy querido de su pueblo después de su muerte; vivió mucho tiempo en la memoria de su pueblo después de que hubo perdido la vida. Lenin vivirá no sólo en nuestros corazones, sino también en nuestras filas, para combatir entre nosotros y conducir la primera revolución socialista obrera a su completa victoria final.

Marat, ligado a un proletariado urbano y rural de millones y millones de hombres, tal es Lenin. Tomad el amor fanático al pueblo de Marat, la incorruptibilidad de Marat, su sencillez, su conocimiento íntimo del alma popular, su fe elemental en la fuerza inagotable de los "bajos fondos"; tomad esto y añadid una erudición marxista de primer orden, una voluntad de hierro, un profundo espíritu analítico, y tendréis la figura de Lenin, tal como la vemos actualmente.

"¡El jacobino que liga su destino al de la clase social más avanzada de su época, al proletariado, es el revolucionario social-demócrata!" Así respondía Lenin, en 1904, a los mencheviks que le acusaban de jacobinismo. La figura del proletario ja-

N .

cobino Lenin obscurecerá el recuerdo de los más b
nosos jacobinos de la gran revolución francesa.
La burguesía alemana no pudo nunca perdona
a Bebel lo que declaró un día desde lo alto de la
tribuna: "Sí; odio vuestro orden burgués; sí, soy
enemigo moral de toda vuestra sociedad burguesa."
El mismo Bebel solía decir: "Cuando la burguesía
se elogia, me pregunto: viejo Bebel, ¿qué bestiali-
dad has cometido para merecer el elogio de esos
cerdos?"

Lenin se vio que plantearse nunca semejantes
problemas. Estaba prevenido contra esas eventua-
lidades. Su burguesía no le ha elogiado nunca. La
ha perseguido con un odio ardiente en el curso de
toda su actividad. Y Lenin se enorgullece de ello.
En los momentos más graves de la lucha gusta Lenin
de repetir estos versos, que recitaba en vísperas de
la revolución de noviembre:

Oirnos la aprobación,
no en la dulzura de los elogios,
sino en los gritos de los odios feroces.

Tal es su característica. En esta cita está Lenin
entero. Raramente dice versos. Y no en balde recu-
rrió entonces a una cita poética. "Los gritos de los
odios feroces" de los enemigos de la clase obrera
fueron siempre para el oído de Lenin la mejor mú-

sica. Cuanto más se exasperaban sus enemigos, más tranquilo y seguro de sí mismo estaba Lenin.

De Lenin puede decirse que

...no conocía más que el poder de un pensamiento, de uno solo; pero ardientemente apasionado.

A Lenin le complace comparar nuestra revolución con una locomotora lanzada a gran velocidad. Ciertamente, nuestra locomotora corre con una vertiginosa rapidez. Pero también nuestro mecánico la gobierna magníficamente. Su vista es penetrante; su brazo, firme. Su mano no vacila un segundo ni aun en las vueltas más difíciles.

En este instante, nuestro jefe yace enfermo. Durante muchos días ha estado luchando contra la muerte. Ha vencido a la muerte y vivirá. Esto es todo un símbolo. También nuestra revolución, en un momento dado, pareció herida de muerte. Ahora mejora como nuestro jefe Lenin. Y se disiparán las nubes y venceremos a todos nuestros enemigos.

Nosotros, alumnos, discípulos de Lenin, nos esforzamos todo lo posible por parecernos un poco siquiera a este ardiente tribuno del comunismo internacional, el apóstol y jefe más grande que haya conocido el mundo *de la revolución socialista.*

G. ZINOVIEV.

sentan en los múltiples campos de acción. Hay que aprender a dominar todos los campos, sin excepción, de actividad y trabajo; a vencer todas las dificultades, hábitos, tradiciones y rutinas burguesas, siempre y en todas partes. Cualquier otro modo de plantear la cuestión no es serio; es sólo una simple puerilidad.

12 mayo 1920.

FIN

BIBLIOTECA NACIONAL
18 JUL. 1961
Secc. Control y Cat.

INDICE

	Págs.
Vladimir Ilicht Lenin	5
Lenin	17
I.—¿En qué sentido puede hablarse del valor internacional de la Revolución rusa?	51
II.—Una de las causas fundamentales del éxito de los bolcheviki	57
III.—Principales etapas de la historia del bolchevismo	63
IV.—¿Qué lucha, en el seno del movimiento obrero, ha permitido al bolchevismo crecer, fortificarse y templarse	73
V.—El "Comunismo de izquierda" en Alemania.—Jefes, partido, clase, masa	89
VI.—¿Deben militar los revolucionarios en los Sindicatos reaccionarios?	103
VII.—¿Debe participarse en los Parlamentos burgueses?	126
VIII.—¿No deben contraerse nuevos compromisos?	141
IX.—El "Comunismo de izquierda" en Inglaterra	163
X.—Algunas conclusiones	187

Anejo:

I.—La escisión de los comunistas alemanes	213
II.—Comunistas e independientes en Alemania	217
III.—Turati y compañía en Italia	223
IV.—Conclusiones falsas de premisas justas	227

NUEVAS DOCTRINAS SOCIALES

Colección de libros pertenecientes al nuevo ideario social y firmados por las más altas autoridades en la materia.

TOMOS PUBLICADOS

N. LENIN.—EL ESTADO Y LA REVOLUCIÓN PROLETARIA.
— IDEARIO BOLCHEVISTA.
— EL COMUNISMO DE IZQUIERDA.

N. TASIN.— LA DICTADURA DEL PROLETARIADO.—*(Según Carlos Marx, Federico Engels, Carlos Kautsky, N. Lenin, Otto Bauer y otros).*

A. R. ORAGE.—SOCIALISMO GREMIAL.—*(Estudio sobre el sistema de jornal y medios de sustituirlo).*

S. ZAGORSKI.—LA REPÚBLICA SOVIETISTA.—*(Su organización. Su obra.)*

CARLOS PEREYRA.—LA TERCERA INTERNACIONAL.—*(Doctrinas y controversias).*

MAXIMO GORKY.—DE LA ERA BOLCHEVISTA. LA REVOLUCIÓN Y LA CULTURA.

CARLOS KAUTSKY.—TERRORISMO Y COMUNISMO.

L. TROTSKY.—EL TRIUNFO DEL BOLCHEVISMO.
— TERRORISMO Y COMUNISMO, O EL ANTIKAUTSKY

RUSIA.—LEGISLACIÓN BOLCHEVIQUE.—*(Recopilación de leyes y decretos promulgados por el Gobierno bolchevique).*

PROXIMOS A APARECER

ENRICO LEONE.—EL SINDICALISMO.

G. SOREL.—IDEARIO SINDICALISTA.

4 PESETAS

Pequeña biblioteca teórica
11/313-31

V. I. LENIN

El Extremismo, Enfermedad Infantil del Comunismo

COLECCION LENIN

Ediciones Nueva América
Santiago — Chile

PEQUEÑA BIBLIOTECA TEORICA

V. I. LENIN

39033

EL EXTREMISMO ENFERMEDAD INFANTIL DEL COMUNISMO

TRADUCCION DE LA ULTIMA
EDICION DEL INSTITUTO LENIN

EDICIONES NUEVA AMERICA
MONEDA 702 - SANTIAGO DE CHILE

EL EXTREMISMO, ENFERMEDAD INFANTIL DEL COMUNISMO

ENSAYO DE POPULARIZACION DE LA ESTRATEGIA Y DE LA TACTICA MARXISTAS

VISITACION
de IMPRENTAS y BIBLIOTECAS
JUN 19 1941
DEPÓSITO LEGAL

Nota del Editor

La obra de V. Lenin, "EL EXTREMISMO, ENFERMEDAD INFANTIL DEL COMUNISMO", con el modesto subtítulo "ENSAYO DE POPULARIZACION DE LA ESTRATEGIA Y LA TACTICA MARXISTA", ofrece a los comunistas del mundo entero una guía clásica de la estrategia y la táctica de la clase obrera y de los Partidos Comunistas. Dicha obra ha entrado como "una aportación valiosísima en el tesoro general del marxismo, en su arsenal revolucionario" (Stalin).

"EL EXTREMISMO, ENFERMEDAD INFANTIL DEL COMUNISMO" fué escrita en abril-mayo de 1920 (fué publicada por vez primera en julio de ese mismo año, simultáneamente en ruso, francés, inglés y alemán), en un período en que todo el mundo capitalista pasaba por una profunda crisis revolucionaria, mientras que el país soviético, que había rechazado victoriosamente dos campañas de la Entente, luchaba con éxito contra la tercera campaña.

Los jóvenes Partidos Comunistas que surgieron en el fragor del primer ciclo de guerras y revoluciones, demostraron extraordinario heroísmo y abnegación en los combates revolucionarios; pero, a pesar de esto, en sus filas estaban muy arraigadas aún tanto las supervivencias socialdemócratas como las anarcosindicalistas que se manifestaban, de un lado, en continuar la práctica y las costumbres de la Segunda Internacional y, de otro, en el doctrinarismo izquierdista, llamado por Lenin "extremismo", enfermedad infantil del comunismo.

Siendo una enfermedad del crecimiento del movimiento, conducía a una apreciación inexacta del papel y de las tareas del Partido, de las relaciones recíprocas del Partido con la clase, con las masas, a la negativa de los comunistas de actuar en los sindicatos reaccionarios, en los Parlamentos burgueses, etc., lo que encerraba el peligro de que el Partido se aislara de las masas, de que se convirtiera en una secta Luchando contra semejantes "teorías" seudoradicales, Lenin indicó a los Partidos Comunistas cómo aplicar los diversos métodos de lucha revolucionaria y cómo coordinar las formas legales e ilegales de la actividad revolucionaria.

El "extremismo de izquierda" como enfermedad infantil del comunismo, se ha manifestado principalmente en el Partido Comunista de Alemania y también entre los comunistas holandeses, ingleses, italianos y suizos.

La obra de V. Lenin, "EL EXTREMISMO, ENFERME. DAD INFANTIL DEL COMUNISMO", tiene una importan. cia excepcional en la lucha actual de los Partidos Comu. nistas. En esta obra, Lenin analiza la experiencia histór. ca del Partido Bolchevique, la lucha de los bolcheviques contra los enemigos dentro del movimiento obrero, pone de manifiesto las condiciones que aseguraron la victoria del Partido en la URRS y las que deben asegurar la victo. ria del bolchevismo en todo el mundo.

"Pero en este momento histórico se trata precisamen. te de que el ejemplo ruso muestra a TODOS los países al. go, algo muy substancial, de su futuro inevitable y próxi. mo" (LENIN).

Refiriéndose al significado internacional de la experien. cia del Partido Bolchevique, Lenin recalcaba que "el bol. chevismo sirve como ejemplo de táctica para todos", y ex. hortaba a los Partidos Comunistas a aprender a aplicar de un modo dialéctico los principios generales de la estrate. gia y la táctica comunistas en condiciones históricas con. cretas, teniendo presente que el marxismo no es un dog. ma, sino un guía para la acción

SECCION CONTROL
Y
CATALOGACION
BIBLIOTECA NACIONAL

NOTAS

1.—**LOS SUCESOS DEL LENA:** (Pág. 16). El 4 (17) de abril de 1912, los obreros huelguistas de los yacimientos de oro del Lena fueron ametrallados por las tropas del zar. Los obreros de Rusia respondieron a esta matanza con huelgas políticas de masa y manifestaciones.

2.—**A. V. KOLCHAK** (1873-1920). Almirante zarista. Acaudilló la contrarrevolución en Siberia en el período de la guerra civil. Fué derrotado por el Ejército Rojo a fines de 1919 y fusilado en febrero de 1920 (Pág. 28).

3.—**A. I. DENIKIN.** General zarista, que encabezó la contrarrevolución en el sur de Rusia. Después de derrotado por el Ejército Rojo, en febrero de 1920, huyó al extranjero. (Pág. 28).

4.—Véase la carta de F. Engels a C. Marx, de 24 de septiembre de 1852. (Pág. 46). (C. Marx y F. Engels, t. XXI, pág. 413).

5.—**S. V. SUBATOV** (1863-1917). Jefe de la sección de la "Ojrana" de Moscú. Fundador de las llamadas organizaciones policíacas obreras, que tenían como objetivo apartar a la clase obrera de la lucha política y del movimiento revolucionario. (Pág. 48).

6.—Véase la carta de Engels a Sorge, de 29 de noviembre de 1886. (C. Marx y F. Engels, t. XXVII, pág. 600).

INDICE

PAGS.

CAPITULO I —¿En qué sentido se puede hablar de la significación internacional de la Revolución Rusa? 7

CAPITULO II —Uno de los motivos fundamentales del éxito de los bolcheviques 10

CAPITULO III —Las principales etapas en la historia del bolchevismo 14

CAPITULO IV —¿En lucha con qué enemigos en el interior del movimiento obrero ha podido crecer, fortalecerse y templarse el bolchevismo 20

CAPITULO V —El comunismo "extremista" en Alemania: jefes, partido, clase, masa 29

CAPITULO VI —¿Deben actuar los revolucionarios en los sindicatos reaccionarios.. 39

CAPITULO VII —¿Debe participarse en los Parlamentos burgueses? 50

CAPITULO VIII—"¿Ningún compromiso?" 61

CAPITULO IX —El comunismo de "izquierda" en Inglaterra.. 74

CAPITULO X —Algunas conclusiones. 90

APENDICE: La escisión de los comunistas alemanes 107

Comunistas e independientes en Alemania.. 109

Turati y compañía en Italia... ... 112

Conclusiones falsas de premisas justas 114

NOTA DEL EDITOR 121

NOTAS.. 123

HISTORIA DEL PARTIDO COMUNISTA (B) de la URSS

- Una obra teórica fundamental
- El libro más importante de los últimos tiempos
- Un libro que no puede faltar en la biblioteca de cada militante de las luchas obreras
- El camino de los bolcheviques hacia la toma del poder
- La obra gigantesca del proletariado y la clase obrera del país de los Soviets

$ 10.00

PEDIDOS CONTRA REEMBOLSO A

DISTRIBUIDORA IBERO AMERICANA DE PUBLICACIONES
MONEDA 702 - CASILLA 13201
SANTIAGO DE CHILE

Se terminó de imprimir
esta obra en la Imprenta
Antares el 17 de Marzo
de 1941.

Ediciones Nueva América

MONEDA 702 - CASILLA 13201 - SANTIAGO DE CHILE

■ ■

Las obras fundamentales de la doctrina marxista

Ediciones revisadas y corregidas por el

INSTITUTO MARX-ENGELS DE MOSCU

■ ■

Obras de

M A R X
E N G E L S
L E N I N
S T A L I N

y los principales teóricos de la doctrina marxista

■ ■

Obras de

SOCIOLOGIA
ECONOMIA
POLITICA
INTERNACIONAL

Documentación e información acerca del desarrollo gigantesco de la construcción socialista en la Unión Soviética.

Pida nuestros catálogos a

DISTRIBUIDORA IBERO AMERICANA DE PUBLICACIONES

MONEDA 702 — CASILLA 13201 — SANTIAGO DE CHILE

Imp. y Litografía Antares, San Feo. 347

PRECIO: $ 6.—

V. I. LENIN

El extremismo, enfermedad infantil del comunismo

COLECCION TEORICA POPULAR

V. I. LENIN

El extremismo enfermedad infantil del comunismo

COLECCION TEORICA POPULAR

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL

Visitación de Tomo. y Bibl.
25 OCT 1957
Depósito Legal

Introducción de los editores

Para la discusión de muchos problemas políticos, de candente actualidad, revisten interés las experiencias registradas en este libro polémico que apareció el 12 de mayo de 1920 y que había sido entregado a la imprenta el 27 de abril de ese año.

En sus páginas encontramos, junto a la reafirmación de la tesis leninista fundamental sobre "la práctica de un movimiento que sea verdaderamente de masas y verdaderamente revolucionario", una serie de planteamientos que requieren también ahora la comprensión de todos los que aspiran al socialismo.

Por ejemplo, la denuncia implacable de aquel "revolucionarismo pequeñoburgués que roza con el anarquismo o que ha tomado algo de él", sus veleidades revolucionarias, sus métodos de terror individual y su ultraoportunismo.

También, el análisis riguroso de los motivos por los cuales los partidos revolucionarios deben dejar de lado el doctrinarismo verbalista y recurrir a los compromisos que, en definitiva, han de favorecer a la clase obrera.

Y el papel de los dirigentes del movimiento proletario, la significación de los sindicatos, la política de aliados ("toda la historia del bolchevismo, antes y después de la Revolución de Octubre, está llena de casos de maniobra, de acuerdos, de compromisos con otros partidos, sin exceptuar los partidos burgueses"; "obte-

ner la victoria sobre un adversario más poderoso únicamente es posible poniendo en tensión todas las fuerzas y utilizando obligatoriamente con solicitud, minucia, prudencia y habilidad, la menor grieta entre los enemigos, toda contradicción de intereses entre la burguesía de los distintos países, entre los diferentes grupos o diferentes categorías burguesas en el interior de cada país; hay que aprovechar igualmente las menores posibilidades de obtener un aliado de masas, aunque sea temporal, vacilante, inestable, poco seguro, condicional"), etc.

Desde 1920 a 1957 muchas cosas han cambiado. Nunca la historia de la humanidad había avanzado tan vertiginosamente. Y cuando algo ha variado, también varía el concepto que sobre ese algo mantienen los leninistas. Puede apreciarse esto respecto de los Parlamentos, de los que ha dicho Jruschov que en las nuevas condiciones "la conquista de una sólida mayoría parlamentaria que se apoye en el movimiento revolucionario de masas del proletariado, de los trabajadores, crearía para la clase obrera, de algunos países capitalistas y antiguas colonias, condiciones que garantizarían la realización de transformaciones sociales radicales". Por otra parte, el mismo Lenin subraya la importancia de las peculiaridades nacionales.

Sin embargo, en 1957 mantiene su pleno interés esta magistral obra de Lenin. A todos preocupa ahora el movimiento de los pueblos hacia el socialismo. En nuestro país el socialismo científico enraíza en grandes masas y atrae a vastos sectores. De él se dice mucho acertado y justo; pero, también, se le calumnia o, al menos, se le imagina diferente de lo que es. ¿Por qué no conocerlo en sus fuentes mismas? Este libro aclara bastante sus tácticas y disipa innumerables errores, confusiones y calumnias.

LOS EDITORES

Capítulo Séptimo

¿Debe participarse en los parlamentos burgueses? 67

Capítulo Octavo

"¿Ningún compromiso" 85

Capítulo Noveno

El comunismo "de izquierda" en Inglaterra . . . 104

Capítulo Décimo

Algunas conclusiones 125

APENDICE

I. La escisión de los comunistas alemanes 149
II. Comunistas e independientes en Alemania 153
III. Turati y compañía en Italia 157
IV. Conclusiones falsas de premisas justas . . 160

250CT 1957
Secc. Control y Cen.

Este libro fue impreso
en los Talleres Gráficos
LAUTARO, San Isidro
1903, Santiago, Chile, 1957.

LA ENFERMEDAD INFANTIL DEL "IZQUIERDISMO" EN EL COMUNISMO

I. ¿En que sentido puede hablarse de la importancia internacional de la revolución rusa? [142]

En los primeros meses que siguieron a la conquista del poder político por el proletariado en Rusia (25/X-7/XI de 1917) podía creerse que, debido a las enormes diferencias existentes entre la Rusia atrasada y los países avanzados de Europa Occidental, la revolución proletaria en estos últimos se parecería muy poco a la nuestra. Hoy tenemos ya una experiencia internacional muy considerable, que demuestra con absoluta claridad que algunos de los rasgos fundamentales de nuestra revolución tienen una importancia no local, particularmente nacional, sólo rusa, sino internacional. Y no hablo de la importancia internacional en el sentido amplio de la palabra: no son sólo algunos, sino todos los rasgos fundamentales, y muchos secundarios, de nuestra revolución los que tienen importancia internacional desde el punto de vista de la influencia de la misma sobre todos los países. No; hablo en el sentido más estrecho de la palabra, es decir, entendiendo por importancia internacional su trascendencia mundial o la inevitabilidad histórica de que se repita en escala universal lo ocurrido en nuestro país, importancia que debe ser reconocida a algunos de los rasgos fundamentales de nuestra revolución.

Naturalmente, sería un tremendo error exagerar esta verdad, no limitarse a aplicarla a algunos rasgos fundamentales de nuestra revolución. Sería erróneo asimismo perder de vista que después de la victoria de la revolución proletaria, aunque no sea más que en uno de los países avanzados, se producirá seguramente un cambio radical, es decir: Rusia se convertirá poco después de esto no en un país modelo, sino de nuevo en un país atrasado (en el sentido "soviético" y socialista).

Pero en el presente momento histórico se trata precisamente de que el ejemplo ruso muestra *a todos* los países algo, y algo muy sustancial, de su futuro próximo e inevitable. Los obreros avanzados de todos los países hace ya tiempo que lo han comprendido y, más que comprenderlo, lo han percibido, lo han sentido con su instinto de clase revolucionaria. De aquí la "importancia" internacional (en el sentido estrecho de la palabra) del Poder soviético y de los fundamentos de la teoría y de la táctica bolcheviques. Esto no lo han comprendido los jefes "revolucionarios" de la II Internacional, como Kautsky en Alemania y Otto Bauer y Federico Adler en Austria, que se convirtieron por ello en reaccionarios, en defensores del peor de los oportunismos y de la socialtraición. Digamos de paso que el folleto anónimo *La Revolución Mundial* (*Weltrevolution*)[143], aparecido en 1919 en Viena (*Sozialistische Bücherei, Heft 11*; Ignaz Brand[144]), muestra con particular claridad todo el proceso de desarrollo del pensamiento y todo el conjunto de reflexiones, más exactamente, todo ese abismo de irreflexión, pedantería, vileza y traición a los intereses de la clase obrera, sazonado, además, con la "defensa" de la idea de la "revolución mundial".

Pero tendremos que dejar para otra ocasión el ocuparnos con mayor detenimiento de este folleto. Consignemos aquí únicamente lo que sigue: en los tiempos, ya bien lejanos, en que Kautsky era todavía un marxista y no un renegado, al abordar la cuestión como historiador preveía la posibilidad de una situación en la que el revolucionarismo del proletariado ruso se convertiría en un modelo para

---

[142] El libro "*La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo*" fue escrito por Lenin en abril de 1920; y el anexo, el 12 de mayo del mismo año. Fue publicado el 12 de junio en ruso y, casi al mismo tiempo, en julio, en francés e inglés. Lenin controló personalmente los plazos de composición e impresión del libro, a fin de que apareciera antes de que iniciara sus labores el II Congreso de la Internacional Comunista. El libro fue distribuido entre todos los delegados al II Congreso. De julio a noviembre de 1920 fue reeditado en alemán en Leipzig, en francés en París y en inglés en Londres,
En el manuscrito de *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo* existe un subtítulo: (*Ensayo de charla popular acerca de la estrategia y la táctica marxistas*). En todas las ediciones del libro aparecidas en vida de Lenin este subtítulo fue quitado. En la cuarta edición de las Obras de V. I. Lenin, *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo* se publica de acuerdo con la primera edición del libro, cuya corrección hizo Lenin.

[143] El folleto "*Weltrevolution*" ("La Revolución Mundial") lo escribió Otto Bauer.

[144] Biblioteca Socialista, opúsculo 11; Ignaz Brand. (N. de la Edit.)

Europa Occidental. Esto era en 1902, cuando Kautsky publicó en la *Iskra* revolucionaria el artículo *Los eslavos y la revolución*, en el que decía:

"En la actualidad" (al contrario que en 1848) "se puede creer que los eslavos no sólo se han incorporado a las filas de los pueblos revolucionarios, sino que el centro de gravedad del pensamiento y de la obra revolucionaria se desplaza cada día más hacia los eslavos. El centro revolucionario va trasladándose del Occidente al Oriente. En la primera mitad del siglo XIX se hallaba en Francia y, en algunos momentos, en Inglaterra. En 1848, también Alemania se incorporó a las filas de las naciones revolucionarias... El nuevo siglo empieza con acontecimientos que sugieren la idea de que marchamos hacia un nuevo desplazamiento del centro revolucionario, concretamente: de su traslado a Rusia... Es posible que Rusia, que tanta iniciativa revolucionaria ha asimilado de Occidente, se halle hoy presta ella misma a servirle de fuente de energía revolucionaria. El creciente movimiento revolucionario ruso resultará, acaso, el medio más poderoso para sacudir ese espíritu de filisteísmo fláccido y de politiquería de practicismo mezquino que empieza a difundirse en nuestras filas y hará surgir de nuevo la llama viva del anhelo de lucha y la fidelidad apasionada a nuestros grandes ideales. Hace ya mucho que Rusia ha dejado de ser para Europa Occidental un simple reducto de la reacción y del absolutismo. En la actualidad ocurre, quizás, todo lo contrario. Europa Occidental se convierte en el reducto de la reacción y del absolutismo en Rusia... Es posible que los revolucionarios rusos hubieran acabado hace ya mucho con el zar si no tuviesen que luchar al mismo tiempo contra el aliado de éste, el capital europeo. Esperemos que esta vez conseguirán vencer a ambos enemigos y que la nueva "santa alianza" se derrumbará más pronto que sus predecesoras. Pero sea cual fuere el resultado dela lucha actual en Rusia, la sangre y los sufrimientos de los mártires que esta lucha engendrará, por desgracia más de lo necesario, no serán vanos, sino que abonarán los gérmenes de la revolución social en todo el mundo civilizado y los harán crecer de un modo más esplendoroso y rápido. En 1848, los eslavos eran una helada horrible que abrasaba las flores de la primavera popular. Es posible que ahora estén llamados a ser la tormenta que rompa el hielo de la reacción y traiga consigo irresistiblemente una nueva y feliz primavera para los pueblos". (Carlos Kautsky. *Los eslavos y la revolución*, artículo publicado en *Iskra*, periódico revolucionario de la socialdemocracia rusa, núm. 18, 10 de marzo de 1902.)

¡No escribía mal Carlos Kautsky hace 18 años!

II. Una de las condiciones fundamentales del éxito de los bolcheviques

Seguramente, hoy casi todo el mundo ve ya que los bolcheviques no se hubieran mantenido en el poder, no digo dos años y medio, sino ni siquiera dos meses y medio, sin la disciplina rigurosísima, verdaderamente férrea, de nuestro partido, sin el apoyo total e incondicional que le presta toda la masa de la clase obrera, es decir, todo lo que ella tiene de consciente, honrado, abnegado, influyente y capaz de conducir tras de sí o de atraer a las capas atrasadas.

La dictadura del proletariado es la guerra más abnegada y más implacable de la nueva clase contra un enemigo *más poderoso*, contra la burguesía, cuya resistencia *se ve decuplicada* por su derrocamiento (aunque no sea más que en un país) y cuya potencia consiste no sólo en la fuerza del capital internacional, en la fuerza y la solidez de los vínculos internacionales de la burguesía, sino, además, *en la fuerza de la costumbre*, en la fuerza de la *pequeña producción*. Porque, por desgracia, queda todavía en el mundo mucha, muchísima pequeña producción, y la pequeña producción *engendra* capitalismo y burguesía constantemente, cada día, cada hora, de modo espontáneo y en masa. Por todos estos motivos, la dictadura del proletariado es necesaria, y la victoria sobre la burguesía es imposible sin una guerra prolongada, tenaz, desesperada, a muerte; una guerra que exige serenidad, disciplina, firmeza, inflexibilidad y una voluntad única.

Lo repito la experiencia de la dictadura proletaria triunfante en Rusia ha mostrado de un modo palpable al que no sabe pensar, o al que no ha tenido ocasión de reflexionar sobre este problema, que la centralización incondicional y la disciplina más severa del proletariado constituyen una de las condiciones fundamentales de la victoria sobre la burguesía.

De esto se habla a menudo. Pero no se reflexiona suficientemente, ni mucho menos, sobre lo que esto significa y en qué condiciones es posible. ¿No convendría que las salutaciones entusiastas al Poder de los Soviets y a los bolcheviques se vieran acompañadas *con mayor frecuencia del más serio análisis* de las causas *que han permitido* a los bolcheviques forjar la disciplina que necesita el proletariado revolucionario?

El bolchevismo existe como corriente del pensamiento político y como partido político desde 1903. Sólo la historia del bolchevismo en *todo* el período de su existencia puede explicar de un modo satisfactorio por qué el bolchevismo pudo forjar y mantener, en las condiciones más difíciles, la disciplina férrea necesaria para la victoria del proletariado.

La primera pregunta que surge es la siguiente: ¿cómo se mantiene la disciplina del partido revolucionario del proletariado?, ¿cómo se

comprueba?, ¿cómo se refuerza? Primero, por la conciencia de la vanguardia proletaria y por su fidelidad a la revolución, por su firmeza, por su espíritu de sacrificio, por su heroísmo. Segundo, por su capacidad de ligarse, de acercarse y, hasta cierto punto, si queréis, de fundirse con las más amplias masas trabajadoras, en primer término con las masas proletarias, *pero también* con las masas trabajadoras *no proletarias*. Tercero, por lo acertado de la dirección política que ejerce esta vanguardia, por lo acertado de su estrategia y de su táctica políticas, a condición de que las masas más extensas se convenzan de ello por *experiencia propia*. Sin estas condiciones es imposible la disciplina en un partido revolucionario verdaderamente apto para ser el partido de la clase avanzada, llamada a derrocar a la burguesía y a transformar toda la sociedad. Sin estas condiciones, los intentos de implantar una disciplina se convierten, inevitablemente, en una ficción, en una frase, en gestos grotescos. Pero, por otra parte, estas condiciones no pueden brotar de golpe. Van formándose solamente a través de una labor prolongada, de una dura experiencia; su formación se facilita con una acertada teoría revolucionaria que, a su vez, no es un dogma, sino que sólo se forma de manera definitiva en estrecha conexión con la experiencia práctica de un movimiento verdaderamente de masas y verdaderamente revolucionario.

Si el bolchevismo pudo elaborar y llevar a la práctica con éxito en los años 1917-1920, en condiciones de una gravedad inaudita, la centralización más severa y, una disciplina férrea, ello se debe sencillamente a una serie de particularidades históricas de Rusia.

De una parte, el bolchevismo surgió en 1903 sobre la más sólida base de la teoría del marxismo. Y la justeza de esta teoría revolucionaria -y sólo de ésta- ha sido demostrada tanto por la experiencia internacional de todo el siglo XIX como, en particular, por la experiencia de las desviaciones, los titubeos, los errores y los desengaños del pensamiento revolucionario en Rusia. En el transcurso de casi medio siglo, aproximadamente de 1840 a 1890, el pensamiento avanzado en Rusia, bajo el yugo del despotismo inaudito del zarismo salvaje y reaccionario, buscaba ávidamente una teoría revolucionaria justa, siguiendo con celo y atención admirables cada "última palabra" de Europa y América en este terreno. Rusia *hizo suya* la única teoría revolucionaria justa, el marxismo, en medio siglo de torturas y de sacrificios inauditos, de heroísmo revolucionario nunca visto, de energía increíble y de búsquedas abnegadas, de estudio, de pruebas en la práctica, de desengaños, de comprobación, de comparación con la experiencia de Europa. Gracias a la emigración provocada por el zarismo, la Rusia revolucionaria de la segunda mitad del siglo XIX contaba con una riqueza de relaciones internacionales y un conocimiento tan excelente de todas las formas y teorías del movimiento revolucionario mundial como ningún otro país.

De otra parte, el bolchevismo, surgido sobre esta base teórica de granito, tuvo una historia práctica de quince años (1903-1917), sin parangón en el mundo por su riqueza de experiencias. Pues ningún país, en el transcurso de esos quince años, conoció ni siquiera aproximadamente una experiencia revolucionaria tan rica, una rapidez y una variedad tales de la sucesión de las distintas formas del movimiento, legal e ilegal, pacífico y tormentoso, clandestino y abierto, de propaganda en los círculos y entre las masas, parlamentario y terrorista. En ningún país estuvo concentrada en tan breve período de tiempo semejante variedad de formas, de matices, de métodos de lucha *de todas* las clases de la sociedad contemporánea; lucha que, además, como consecuencia del atraso del país y del peso del yugo zarista, maduraba con singular rapidez y asimilaba con particular ansiedad y eficacia la "última palabra" de la experiencia política americana y europea.

III. Las etapas principales de la historia del bolchevismo

Años de preparación de la revolución (1903-1905). Presagios de gran tormenta por doquier, fermentación y preparativos en todas las clases. En el extranjero, la prensa de la emigración plantea teóricamente *todas* las cuestiones esenciales de la revolución. Con una lucha encarnizada de concepciones programáticas y tácticas, los representantes de las tres clases fundamentales, de las tres corrientes políticas principales -la liberal-burguesa, la democrático-pequeñoburguesa (encubierta con las etiquetas de las tendencias "socialdemócrata" y "socialrevolucionaria") y la proletaria revolucionaria- anuncian y preparan la futura lucha de clases abierta. *Todas* las cuestiones que motivaron la lucha armada de las masas en 1905-1907 y en 1907-1920 pueden (y deben) verse, en forma embrionaria, en la prensa de aquella época. Naturalmente, entre estas tres tendencias principales hay todas las formaciones intermedias, transitorias, híbridas que se quiera. Más exactamente: en la lucha entre los órganos de prensa, los partidos, las fracciones y los grupos van cristalizándose las tendencias ideológicas y políticas realmente clasistas; las clases se forjan una arma ideológica y política adecuada para las batallas futuras.

Años de revolución (1905-1907). Todas las clases actúan abiertamente. Todas las concepciones programáticas y tácticas son contrastadas por la acción de las masas. Lucha huelguística sin precedente en el mundo por su amplitud y dureza. Transformación de la huelga económica en política y de la huelga política en insurrección. Comprobación

práctica de las relaciones existentes entre el proletariado dirigente y los campesinos dirigidos, vacilantes e inestables. Nacimiento, en el desarrollo espontáneo de la lucha, de la forma soviética de organización. Las disputas de aquel entonces sobre el papel de los Soviets son un anticipo de la gran lucha de 1917-1920. La sucesión de las formas de lucha parlamentarias y no parlamentarias, de la táctica de boicot del parlamentarismo y de participación en el mismo y de las formas legales e ilegales de lucha, así como sus relaciones recíprocas y los vínculos existentes entre ellas, se distinguen por una asombrosa riqueza de contenido. Desde el punto de vista del aprendizaje de los fundamentos de la ciencia política -por las masas y los jefes, por las clases y los partidos-, cada mes de este período equivale a un año de desenvolvimiento "pacífico" y "constitucional". Sin el "ensayo general" de 1905, la victoria de la Revolución de Octubre de 1917 hubiera sido imposible.

Años de reacción (1907-1910). El zarismo ha triunfado. Han sido aplastados todos los partidos revolucionarios y de oposición. Abatimiento, desmoralización, escisiones, dispersión, apostasías, pornografía en vez de política. Reforzamiento de la tendencia al idealismo filosófico, misticismo como disfraz de un estado de espíritu contrarrevolucionario. Pero, al mismo tiempo, justamente la gran derrota da a los partidos revolucionarios y a la clase revolucionaria una verdadera lección en extremo provechosa, una lección de dialéctica histórica, de comprensión, destreza y arte para librar la lucha política. Los amigos se conocen en la desgracia. Los ejércitos derrotados pasan por una buena escuela.

El zarismo victorioso se ve obligado a destruir apresuradamente los restos del modo de vida preburgués, patriarcal en Rusia, El desarrollo burgués del país progresa con rapidez notable. Las ilusiones al margen y por encima de las clases, las ilusiones sobre la posibilidad de evitar el capitalismo, se desvanecen. La lucha de clases se manifiesta de un modo absolutamente nuevo y con mayor relieve.

Los partidos revolucionarios deben completar su instrucción. Han aprendido a desplegar la ofensiva. Ahora deben comprender que esta ciencia hay que completarla con la de saber replegarse acertadamente. Hay que comprender -y la clase revolucionaria aprende a comprenderlo por su propia y amarga experiencia- que no se puede triunfar sin saber desplegar la ofensiva y retirarse con acierto. De todos los partidos revolucionarios y de oposición derrotados, fueron los bolcheviques quienes se replegaron con mayor orden, con menos quebranto de su "ejército", conservando mejor su núcleo central, con las escisiones menos profundas e irreparables, con menos desmoralización, con mayor capacidad para reanudar la acción de un modo más amplio, acertado y enérgico. Y si los bolcheviques obtuvieron este resultado, fue exclusivamente porque desenmascararon sin piedad y expulsaron a los revolucionarios de palabra, obstinados en no comprender que es necesario replegarse, que es preciso saber replegarse, que es obligatorio aprender a actuar legalmente en los parlamentos más reaccionarios y en las organizaciones sindicales, cooperativas, de seguros y otras semejantes, por muy reaccionarias que sean.

Años de ascenso (1910-1914). Al principio, el ascenso fue de una lentitud inverosímil; luego, después de los sucesos del Lena de 1912, algo más rápido. Venciendo dificultades inauditas, los bolcheviques desplazaron a los mencheviques, cuyo papel como agentes burgueses en el movimiento obrero fue admirablemente comprendido después de 1905 por toda la burguesía y a los cuales, por eso mismo, sostenía de mil maneras contra los bolcheviques. Pero estos no hubieran logrado nunca desplazarles si no hubiesen aplicado una táctica acertada, combinando la labor ilegal con la utilización obligatoria de las "posibilidades legales". En la más reaccionaria de las Dumas, los bolcheviques conquistaron toda la curia obrera.

Primera guerra imperialista mundial (1914-1917). El parlamentarismo legal, con un "parlamento" ultrarreaccionario, presta los mayores servicios al partido del proletariado revolucionario, a los bolcheviques. Los diputados bolcheviques son deportados a Siberia. En la prensa de la emigración se manifiestan plenamente todos los matices de las concepciones del socialimperialismo, del socialchovinismo, del socialpatriotismo, del internacionalismo inconsecuente y consecuente, del pacifismo y de la negación revolucionaria de las ilusiones pacifistas. Las eminencias estúpidas y los vejestorios de la II Internacional, que fruncían el ceño con desdén y soberbia ante la abundancia de "fracciones" en el socialismo ruso y ante la lucha encarnizada de éstas entre sí, fueron incapaces, cuando la guerra suprimió en *todos* los países adelantados la cacareada "legalidad", de organizar, aunque no fuera más que aproximadamente, un intercambio libre (ilegal) de ideas y una elaboración libre (ilegal) de concepciones justas, semejantes al que organizaron los revolucionarios rusos en Suiza y otros países. A ello se debe, precisamente, que los social patriotas descarados y los "kautskianos" de todos los países hayan resultado los peores traidores del proletariado. Y si el bolchevismo pudo triunfar en 1917-1920, una de las causas fundamentales de esta victoria consiste en que ya desde finales de 1914 desenmascaró sin piedad la villanía, la infamia y la abyección del socialchovinismo y del "kautskismo" (al cual corresponden el longuetismo en Francia, las ideas de los jefes del Partido Laborista

Independiente[145] y de los fabianos[146] en Inglaterra, de Turati en Italia, etc.) y en que las masas se fueron convenciendo después cada vez más, por experiencia propia, de que las concepciones de los bolcheviques eran justas.

Segunda revolución rusa (febrero-octubre de 1917). El grado inverosímil de decrepitud y caducidad del zarismo suscitó contra él (con ayuda de los reveses y sufrimientos de una guerra infinitamente penosa) una inusitada fuerza destructora. En pocos días, Rusia se convirtió en una república democrático-burguesa más libre (en las condiciones de la guerra) que cualquier otro país. Los jefes de los partidos de oposición y revolucionarios comenzaron a formar Gobierno, como en las repúblicas del más "puro parlamentarismo", pues el título de jefe de un partido de oposición en el parlamento, hasta en el más reaccionario, *ha facilitado* el papel futuro de este jefe en la revolución.

En pocas semanas, los mencheviques y los "socialistas revolucionarios" dominaron a la perfección todos los procedimientos y modales, argumentos y sofismas de los héroes europeos de la II Internacional, de los ministerialistas y de toda la chusma oportunista. Todo lo que leemos hoy sobre los Scheidemann y los Noske, Kautsky e Hilferding, Renner y Austerlitz, Otto Bauer y Fritz Adler, Turati y Longuet, sobre los fabianos y los jefes del Partido Laborista Independiente de Inglaterra nos parece (y lo es en realidad) una aburrida repetición de un motivo antiguo y conocido. Todo ello lo habíamos visto ya en los mencheviques. La historia les ha jugado una mala pasada, obligando a los oportunistas de un país atrasado a adelantarse a los oportunistas de una serie de países avanzados.

Si todos los héroes de la II Internacional han fracasado y se han cubierto de oprobio en la cuestión del papel e importancia de los Soviets y del Poder soviético; si se han cubierto de ignominia con particular "brillantez" y se han embrollado en esta cuestión los jefes de los tres grandes partidos que se han separado actualmente de la II Internacional (el Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania, el partido longuetista de Francia y el Partido Laborista Independiente de Inglaterra); si todos ellos han resultado esclavos de los prejuicios de la democracia pequeñoburguesa (exactamente al modo de los pequeños burgueses de 1848, que se llamaban "socialdemócratas"), también es cierto que *todo eso* lo hemos visto *ya* en el ejemplo de los mencheviques. La historia ha hecho esta jugarreta: los Soviets nacieron en Rusia en 1905, fueron falsificados en febrero-octubre de 1917 por los mencheviques, que fracasaron por no haber sabido comprender el papel e importancia de los mismos, y hoy ha surgido *en el mundo entero* la idea del Poder soviético, idea que se extiende con rapidez inusitada entre el proletariado de todos los países. Mientras tanto, los viejos héroes de la II Internacional fracasan *en todas partes* por no haber sabido comprender, igual que nuestros mencheviques, el papel y la importancia de los Soviets. La experiencia ha demostrado que en algunas cuestiones esenciales de la revolución proletaria, *todos* los países pasarán inevitablemente por lo mismo que ha pasado Rusia.

Los bolcheviques empezaron su lucha victoriosa contra la república parlamentaria (de hecho) burguesa y contra los mencheviques con suma prudencia y no la prepararon, ni mucho menos, con la sencillez que se imaginan hoy frecuentemente en Europa y América. Al comienzo del período mencionado *no* incitamos a derribar el Gobierno, sino que explicamos la imposibilidad de hacerlo *sin* modificar previamente la composición y el estado de ánimo de los Soviets. No declaramos el boicot al parlamento burgués, a la Constituyente, sino que dijimos -a partir de la Conferencia de nuestro partido celebrada en abril de 1917 lo dijimos oficialmente en nombre del partido- que una república burguesa con una Constituyente era preferible a la misma república sin Constituyente, pero que la república "obrera y campesina" soviética es mejor que cualquier república democrático-burguesa, parlamentaria. Sin esta preparación prudente, minuciosa, circunspecta y

---

[145] El *Partido Laborista Independiente de Inglaterra* ("*Independent Labour Party*") fue fundado en 1893. A su cabeza figuraban James Reir Hardie, R. MacDonald y otros. Aunque decía mantener su independencia política respecto a los partidos burgueses, en realidad, el Partido Laborista Independiente sólo era ""independiente" del socialismo, pero muy dependiente del liberalismo" (Lenin). El PLI dedicaba la atención fundamental a la forma parlamentaria de lucha y a las transacciones parlamentarias con el partido liberal.

[146] *Fabianos*: miembros de la Sociedad Fabiana, organización reformista inglesa, fundada en 1884; debe su nombre al caudillo romano del siglo III a.n.e, Fabio Máximo Cunctátor (el Contemporizador), conocido por su táctica expectante y por el deseo de rehuir los combates decisivos en la guerra contra Aníbal. Miembros de la Sociedad Fabiana eran principalmente representantes de la intelectualidad burguesa: científicos, escritores, políticos (como S. y B. Vebb, B. Show, H. MacDonald y otros); negaban la necesidad de la lucha de clase del proletariado y de la revolución socialista, afirmando que el paso del capitalismo al socialismo es posible por medio de pequeñas reformas, transformaciones paulatinas de la sociedad. Hostil al marxismo, la Sociedad Fabiana desempeñó y desempeña el papel de uno de los conductores de la influencia burguesa en la clase obrera, foco de ideas oportunistas y socialchovinistas en el movimiento obrero inglés. Lenin caracterizó la Sociedad Fabiana como "tendencia del *oportunismo extremo*" (*Obras*, 5a ed. en ruso, t. 16, pág. 338). En 1900 la Sociedad Fabiana entró en el Partido Laborista. El "socialismo fabiano" es una de las fuentes de la ideología del reformismo contemporáneo.

prolongada no hubiésemos podido alcanzar ni mantener la victoria de octubre de 1917.

IV. ¿En lucha contra que enemigos en el seno del movimiento obrero ha podido crecer, fortalecerse y templarse el bolchevismo?

En primer lugar, y sobre todo, en lucha contra el oportunismo, que en 1914 se transformó definitivamente en socialchovinismo y se pasó para siempre a la burguesía contra el proletariado. Este era, naturalmente, el principal enemigo del bolchevismo en el seno del movimiento obrero y sigue siéndolo en escala mundial. El bolchevismo ha prestado y presta a este enemigo la mayor atención. Este aspecto de la actividad de los bolcheviques es conocido ya bastante bien en el extranjero.

Distinta es la situación en lo que se refiere a otro enemigo del bolchevismo en el seno del movimiento obrero. En el extranjero se sabe todavía de un modo muy insuficiente que el bolchevismo ha crecido, se ha formado y se ha templado en largos años de lucha contra el *revolucionarismo pequeñoburgués*, parecido al anarquismo o que ha tomado algo de él y que se aparta en todo lo esencial de las condiciones y exigencias de una consecuente lucha de clase del proletariado. Para los marxistas está plenamente establecido desde el punto de vista teórico -y la experiencia de todas las revoluciones y movimientos revolucionarios de Europa lo confirma por entero- que el pequeño propietario, el pequeño patrón (tipo social que en muchos países europeos está muy difundido y tiene carácter de masas), que sufre bajo el capitalismo una presión continua y muy a menudo un empeoramiento increíblemente brusco y rápido de sus condiciones de existencia y la ruina, cae con facilidad en el ultrarrevolucionarismo, pero es incapaz de manifestar serenidad, espíritu de organización, disciplina y firmeza. El pequeño burgués "enfurecido" por los horrores del capitalismo es, como el anarquismo, un fenómeno social propio de todos los países capitalistas. Son del dominio público la inconstancia de estas veleidades revolucionarias, su esterilidad y la facilidad con que se transforman rápidamente en sumisión, en apatía, en fantasías, incluso en un entusiasmo "furioso" por tal o cual corriente burguesa "de moda". Pero el reconocimiento teórico, abstracto, de semejantes verdades no es suficiente, en modo alguno, para poner a un partido revolucionario al abrigo de los viejos errores, que se producen siempre por motivos inesperados, con una ligera variación de forma, con una apariencia o un contorno antes no vistos, en una situación original (más o menos original).

El anarquismo ha sido a menudo una especie de expiación de los pecados oportunistas del movimiento obrero. Estas dos anomalías se completaban mutuamente. Y si el anarquismo ejerció en Rusia una influencia relativamente insignificante en las dos revoluciones (1905 y 1917) y durante su preparación, a pesar de que la población pequeñoburguesa era aquí más numerosa que en los países europeos, ello se debe en parte, sin duda alguna, al bolchevismo, que siempre luchó del modo más despiadado e irreconciliable contra el oportunismo. Digo "en parte", porque lo que más contribuyó a debilitar el anarquismo en Rusia fue la posibilidad que tuvo en el pasado (en la década del 70 del siglo XIX) de adquirir un desarrollo extraordinario y de revelar hasta el fondo su carácter falso y su incapacidad para servir como teoría dirigente de la clase revolucionaria.

Al surgir en 1903, el bolchevismo heredó la tradición de lucha implacable contra el revolucionarismo pequeñoburgués, semianarquista (o capaz de coquetear con el anarquismo), tradición que había existido siempre en la socialdemocracia revolucionaria y que se consolidó particularmente en nuestro país en 1900-1903, cuando se sentaron las bases del partido de masas del proletariado revolucionario de Rusia. El bolchevismo hizo suya y continuó la lucha contra el partido que más fielmente expresaba las tendencias del revolucionarismo pequeñoburgués (es decir, el partido de los "socialistas revolucionarios") en tres puntos principales. En primer lugar, este partido, que rechazaba el marxismo, no quería comprender obstinadamente (tal vez fuera más justo decir que no podía comprender) la necesidad de tener en cuenta con estricta objetividad las fuerzas de clase y sus relaciones mutuas antes de emprender cualquier acción política. En segundo lugar, este partido veía un signo particular de su "revolucionarismo" o de su "izquierdismo" en el reconocimiento del terror individual, de los atentados, que nosotros, los marxistas, rechazábamos categóricamente. Claro es que nosotros rechazábamos el terror individual sólo por motivos de conveniencia; pero las gentes capaces de condenar "por principio" el terror de la gran revolución francesa o, en general, el terror de un partido revolucionario victorioso, asediado por la burguesía de todo el mundo, esas gentes fueron ya ridiculizadas y puestas en la picota por Plejánov en 1900-1903, cuando éste era marxista y revolucionario. En tercer lugar, ser "izquierdista" consistía para los "socialistas revolucionarios" en reírse de los pecados oportunistas, relativamente leves, de la socialdemocracia alemana, al mismo tiempo que imitaban a los ultraoportunistas de ese mismo partido en cuestiones como la agraria o la de la dictadura del proletariado.

La historia, dicho sea de paso, ha confirmado hoy en gran escala, en escala histórico-mundial, la opinión que hemos defendido siempre, a saber: que la socialdemocracia *revolucionaria* alemana (y téngase en cuenta que Plejánov reclamaba ya en 1900-1903 la expulsión de Bernstein del partido, y

que los bolcheviques, siguiendo siempre esta tradición, desenmascaraban en 1913 toda la villanía, la bajeza y la traición de Legien) estaba *más* cérea que nadie del partido que necesitaba el proletariado revolucionario para triunfar. Ahora, en 1920, después de todas las quiebras y crisis ignominiosas de la época de la guerra y de los primeros años que la siguieron, se ve con claridad que, de todos los partidos occidentales, la socialdemocracia revolucionaria alemana es, precisamente, la que ha dado los mejores jefes y la que se ha repuesto, curado y fortalecido con mayor rapidez. Esto se advierte también en el partido de los espartaquistas y en el ala izquierda, proletaria, del "Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania", que sostiene una firme lucha contra el oportunismo y la falta de carácter de los Kautsky, los Hilferding, los Ledehour y los Crispien. Si lanzamos ahora una ojeada a un período histórico completamente terminado, que va desde la Comuna de París hasta la primera República Socialista Soviética, veremos dibujarse con relieve absolutamente definido e indiscutible la posición del marxismo ante el anarquismo. En fin de cuentas, el marxismo ha demostrado tener razón. Y si los anarquistas señalaban con justicia el carácter oportunista de las concepciones sobre el Estado que imperaban en la mayoría de los partidos socialistas, hay que advertir, en primer lugar, que ese carácter oportunista obedecía a una deformación y hasta a una ocultación consciente de las ideas de Marx sobre el Estado (en mi libro *El Estado y la Revolución* he hecho notar que Bebel mantuvo en el fondo de un cajón durante 36 años, de 1875 a 1911, la carta en que Engels denunciaba con singular relieve, vigor, franqueza y claridad el oportunismo de las concepciones socialdemócratas en boga sobre el Estado); en segundo lugar, que la rectificación de estas ideas oportunistas y el reconocimiento del Poder soviético y de su superioridad sobre la democracia parlamentaria burguesa han partido con mayor amplitud y rapidez precisamente de las tendencias más marxistas existentes en el seno de los partidos socialistas de Europa y América.

Ha habido dos momentos en los queja lucha del bolchevismo contra las desviaciones "izquierdistas" de su propio partido ha adquirido una magnitud particularmente considerable: en 1908, en torno a la participación en un "parlamento" ultrarreaccionario y en las sociedades obreras legales regidas por las leyes más reaccionarias, y en 1918 (paz de Brest), en torno a la admisibilidad de tal o cual "compromiso".

En 1908, los bolcheviques "de izquierda"[147] fueron expulsados de nuestro partido por su empeño en no querer comprender la necesidad de participar en un "parlamento" ultrarreaccionario. Los "izquierdistas", entre los que había muchos excelentes revolucionarios que fueron después (y siguen siendo) honrosamente miembros del Partido Comunista, se apoyaban, sobre todo, en la feliz experiencia del boicot de 1905. Cuando el zar anunció en agosto de 1905 la convocatoria de un "parlamento" consultivo, los bolcheviques, contra todos los partidos de oposición y contra los mencheviques, declararon el boicot a este parlamento, que fue barrido, en efecto, por la revolución de octubre de 1905. Entonces el boicot fue justo, no porque esté bien abstenerse en general de participar en los parlamentos reaccionarios, sino porque fue tenida en cuenta con acierto la situación objetiva, que conducía a la rápida transformación de las huelgas de masas en huelga política y, sucesivamente, en huelga revolucionaria y en insurrección. Además, el motivo de la lucha era, a la sazón, saber si había que dejar en manos del zar la convocatoria de la primera institución representativa o si debía intentarse arrancársela de las manos a las viejas autoridades. Por cuanto no había ni podía haber la certeza plena de que la situación objetiva era análoga y de que su desarrollo había de realizarse en el mismo sentido y con igual rapidez, el boicot dejaba de ser justo.

El boicot de los bolcheviques al "parlamento" en 1905 enriqueció al proletariado revolucionario con una experiencia política extraordinariamente preciosa, mostrando que en la combinación de las

---

[147] Se trata de los "*otzovistas*" y "*ultimatistas*" que, tras la derrota de la primera revolución rusa, llamaron al partido a que renunciase a utilizar las formas legales de trabajo y proponían retirar a los diputados socialdemócratas de la III Duma de Estado. Los "otzovistas" renunciaban enérgicamente a participar en la Duma, a trabajar en los sindicatos, cooperativas y otras organizaciones de masas legales y semilegales y procuraban encerrarse en el marco de una organización ilegal; lo que hubiera llevado de hecho a romper la conexión del partido con las masas, hubiera convertido al partido en una organización sectaria sin sentido y lo hubiera sometido a los golpes de la reacción. Lenin denominó a los "otzovistas" "liquidadores de nuevo tipo", "mencheviques del revés".
Variedad del "otzovismo" fue el "ultimatismo". Los "ultimatistas sólo se distinguían de los "otzovistas" por la forma. Al no comprender la necesidad de trabajar diariamente con los miembros de la minoría socialdemócrata, educarlos y superar sus errores, los "ultimatistas" proponían presentar a la minoría socialdemócrata de la Duma un ultimátum y, en caso de que no lo cumpliesen, retirar a los diputados socialdemócratas de la Duma. El "ultimatisrno" fue de hecho un "otzovismo" encubierto, enmascarado. Lenin llamó a los "ultimatistas" "otzovistas vergonzosos".
La conferencia de la redacción ampliada de *Proletari* acordó en junio de 1909 que "el bolchevismo, como una corriente determinada en él POSDR, no tiene nada de común con el otzovismo y el ultimatismo" y exhortó a los bolcheviques a que desplegasen la lucha más enérgica contra estas desviaciones del marxismo revolucionario. Bogdánov (Maximov), el inspirador de los "otzovistas", fue expulsado de las filas de los bolcheviques.

formas legales e ilegales, parlamentarias y extraparlamentarias de lucha es, a veces, conveniente y hasta obligado saber renunciar a las formas parlamentarias. Pero transportar ciegamente, por simple imitación, sin un espíritu crítico esta experiencia a *otras* condiciones, a *otra* situación, es el mayor de los errores. Lo que constituyó ya un error, aunque no grande y fácilmente corregible[148], fue el boicot de los bolcheviques a la "Duma" en 1906. Fueron errores mucho más serios y difícilmente reparables los boicots de 1907, 1908 y años sucesivos, pues, por una parte, no había que esperar que volviera a levantarse con mucha rapidez la ola revolucionaria y se transformara en insurrección y, por otra, el conjunto de la situación histórica creada por la renovación de la monarquía burguesa dictaba la necesidad de combinar el trabajo legal con el ilegal. Hoy, cuando se considera de manera retrospectiva este período histórico terminado por completo, cuyo enlace con los períodos posteriores se ha manifestado ya plenamente, se comprende con singular claridad que los bolcheviques *no habrían podido* conservar (y no digo ya afianzar, desarrollar y fortalecer) el núcleo sólido del partido revolucionario del proletariado durante los años 1908-1914; si no hubiesen defendido en la más dura contienda la combinación *obligatoria* de las formas legales de lucha con las formas ilegales, la participación *obligatoria* en un parlamento ultrarreaccionario y en una serie de instituciones regidas por leyes reaccionarias (mutualidades, etc.)

En 1918 las cosas no llegaron a la escisión. Los comunistas "de izquierda" sólo constituyeron entonces un grupo especial o "fracción" dentro de nuestro partido, y no por mucho tiempo. En el mismo año, los representantes más señalados del "comunismo de izquierda", los camaradas Rádek y Bujarin, por ejemplo, reconocieron abiertamente su error. Les parecía que la paz de Brest era un compromiso con los imperialistas, inaceptable por principio y funesto para el partido del proletariado revolucionario. Se trataba, en efecto, de un compromiso con los imperialistas; pero precisamente de un compromiso de tal género que era *obligatorio* en tales circunstancias.

Cuando oigo hoy, por ejemplo, a los "socialistas revolucionarios" atacar la táctica seguida por nosotros al firmar la paz de Brest, o una observación como la que me hizo el camarada Lansbury en el curso de una conversación: "Los jefes de nuestras tradeúniones inglesas dicen que también pueden permitirse un compromiso, puesto que los bolcheviques se lo han permitido", respondo habitualmente, ante todo, con una comparación sencilla y "popular".

Figuraos que el automóvil en que viajáis es detenido por unos bandidos armados. Les dais el dinero, el pasaporte, el revólver y el automóvil; mas, a cambio de ello, os veis desembarazados de la agradable vecindad de los bandidos. Se trata, evidentemente, de un compromiso. *Do ut des* ("te doy" mi dinero, mis armas y mi automóvil "para que me des" la posibilidad de marcharme en paz). Pero difícilmente se encontrada un hombre cuerdo capaz de declarar que semejante compromiso es "inadmisible desde el punto de vista de los principios" o de denunciar al que le ha concertado como cómplice de los bandidos (aunque éstos, una vez dueños de automóvil y de las armas, puedan utilizarlos para nuevos pillajes). Nuestro compromiso ton los bandidos del imperialismo alemán fue análogo a éste.

Mas cuando los mencheviques y los socialrevolucionarios en Rusia, los partidarios de Scheidemann (y, en parte considerable, los kautskianos) en Alemania, Otto Bauer y Federico Adler (sin hablar de los señores Renner y comparsa) en Austria, los Renaudel, Longuet y compañía en Francia, los fabianos, los "independientes" y los "laboristas"[149] en Inglaterra concertaron, en 1914-1918 y en 1918-1920, con los bandidos de su propia burguesía y a veces de la burguesía "aliada" *compromisos* dirigidos *contra* el proletariado revolucionario de su propio país, esos señores obraron como *cómplices de los bandidos*.

La conclusión es clara: rechazar los compromisos "por principio", negar la legitimidad de todo compromiso en general, cualesquiera que sea, constituye una puerilidad que incluso es difícil tomar en serio. El político que quiera ser útil al proletariado revolucionario debe saber distinguir los casos *concretos* de compromisos que son precisamente inadmisibles, que son una expresión de oportunismo y de *traición*, y dirigir contra *tales* compromisos

[148] De la política y de los partidos se puede decir -con las variantes correspondientes- lo mismo que de los individuos. Inteligente no es quien no comete errores. Hombres que no cometen errores no los hay ni puede haberlos. Inteligente es quien comete errores que no son muy graves y sabe corregirlos bien y pronto.

[149] Lenin llama "*laboristas*" a los miembros del Partido Obrero Inglés (*Labour Party*).
El *Partido Laborista de Inglaterra* se fundó en 1900 como unión de los sindicatos y de las organizaciones y grupos socialistas con el fin de llevar a representantes obreros al parlamento ("Comité de Representación Obrera"). En 1906 el Comité adoptó el nombre de Partido Obrero (Laborista). El Partido Laborista, que en su origen fue un partido obrero por su composición (al que más tarde se adhirieron gran número de elementos pequeñoburgueses), es por su ideología y táctica una organización oportunista. Desde el momento de su constitución, los líderes de este partido siguen una política de colaboración de clases con la burguesía, Durante la primera guerra mundial (1914-1918), los líderes del Partido Laborista adoptaron una posición socialchovinista.

concretos toda la fuerza de la crítica, todo el filo de un desenmascaramiento implacable y de una guerra sin cuartel, no permitiendo a los socialistas, con su gran experiencia de "maniobreros", y a los jesuitas parlamentarios escurrir el bulto, eludir la responsabilidad por medio de disquisiciones sobre los "compromisos en general". Los señores "jefes" de las tradeuniones inglesas, lo mismo que los de la Sociedad Fabiana y los del Partido Laborista "Independiente", pretenden eludir precisamente así la responsabilidad *por la traición que han cometido*, por haber concertado *semejante* compromiso, que no es en realidad sino oportunismo, defección y traición de la peor especie.

Hay compromisos y compromisos. Es preciso saber analizar la situación y las circunstancias concretas de cada compromiso o de cada variedad de compromiso. Debe aprenderse a distinguir al hombre que ha entregado a los bandidos su bolsa y sus armas para disminuir el mal causado por ellos y facilitar su captura y ejecución, del que da a los bandidos su bolsa y sus armas para participar en el reparto del botín. En política, esto dista mucho de ser siempre tan fácil como en el ejemplillo de simplicidad infantil. Pero sería sencillamente un charlatán quien pretendiera inventar para los obreros una receta que diese por adelantado soluciones adecuadas para todas las circunstancias de la vida o prometiera que en la política del proletariado revolucionario no han de surgir nunca dificultades ni situaciones embrolladas.

A fin de no dejar lugar a interpretaciones falsas, intentaré esbozar, aunque sea brevemente, algunas tesis fundamentales para el análisis de los casos concretos de compromiso.

El partido que concertó con los imperialistas alemanes el compromiso consistente en firmar la paz de Brest había venido elaborando en la práctica su internacionalismo desde finales de 1914. Dicho partido no temió proclamar la derrota de la monarquía zarista y estigmatizar la "defensa de la patria" en la guerra entre dos aves de rapiña imperialistas. Los diputados de dicho partido en el parlamento fueron deportados a Siberia, en vez de seguir el camino que conduce a las carteras ministeriales en un Gobierno burgués. La revolución, al derribar el zarismo y proclamar la república democrática, sometió a este partido a una nueva y gran prueba: no concertó ningún acuerdo con los imperialistas de "su" país, sino que preparó su derrocamiento y los derrocó. Este mismo partido, una vez dueño del poder político, no ha dejado piedra sobre piedra ni de la propiedad terrateniente ni de la propiedad capitalista. Después de publicar y hacer añicos los tratados secretos de los imperialistas, este partido propuso la paz *a todos* los pueblos y sólo cedió ante la violencia de los bandidos de Brest cuando los imperialistas anglo-franceses frustraron la paz y los bolcheviques hubieron hecho todo lo humanamente posible para acelerar la revolución de Alemania y en otros países. La plena justeza de semejante compromiso, contraído por tal partido en tales circunstancias, se hace cada día más clara y evidente para todos.

Los mencheviques y socialrevolucionarios de Rusia (igual que todos los jefes de la II Internacional en el mundo entero en 1914-1920) empezaron por la traición, justificando directa o indirectamente la "defensa de la patria", es decir, la defensa de *su* burguesía expoliadora, y persistieron en la traición coligándose con la burguesía de *su* país y luchando al lado *suyo* contra el proletariado revolucionario de su propio país. Su bloque en Rusia con Kerenski y los demócratas constitucionalistas primero, con Kolchak y Denikin después, así como el bloque de sus correligionarios extranjeros con la burguesía de *sus* países respectivos, fue una deserción al campo de la burguesía contra el proletariado. *Su* compromiso con los bandidos del imperialismo consistió, desde el principio hasta el fin, en convertirse en *cómplices* del bandolerismo imperialista.

V. El comunismo "de izquierda" en Alemania. Jefes, partido, clase, masa

Los comunistas alemanes, de quienes debemos hablar ahora, no se llaman "izquierdistas", sino "oposición de principio", si no me equivoco. Pero por lo que sigue se verá que tienen todos los síntomas de la "enfermedad infantil del izquierdismo".

El folleto titulado *Una escisión en el Partido Comunista de Alemania* (*Liga de los Espartaquistas*), que refleja el punto de vista de esta oposición y ha sido editado por el "Grupo local de Francfort del Meno", expone con sumo relieve, exactitud, claridad y concisión la esencia de los puntos de vista de esta oposición. Algunas citas serán suficientes para dar a conocer al lector dicha esencia:

"El Partido Comunista es el partido de la lucha de clases más decidida…".

"Desde el punto de vista político, este periodo de transición" (entre el capitalismo y el socialismo) "es el período de la dictadura del proletariado...".

"Se plantea la cuestión: ¿quién debe ejercer la dictadura: *el Partido Comunista o la clase proletaria*?... Por principio, ¿debe tenderse a la dictadura del Partido Comunista o a la dictadura de la clase proletaria?"...

(Las palabras subrayadas lo están también en el original.)

Más adelante, el autor del folleto acusa al Comité Central del Partido Comunista de Alemania de buscar *una coalición con el Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania, de que "la cuestión del reconocimiento, en principio, de todos los medios políticos"* de lucha, entre ellos del parlamentarismo,

ha sido planteada por este Comité Central sólo para ocultar sus verdaderas y principales intenciones de coligarse con los independientes. Y el folleto continúa:

"La oposición ha elegido otro camino. Sostiene el criterio de que la cuestión de la hegemonía del Partido Comunista y de su dictadura no es más que una cuestión de táctica. En todo caso, la hegemonía del Partido Comunista es la forma última de toda hegemonía de partido. *Por principio*, ha de tenderse a la dictadura de la clase proletaria. Y todas las medidas del partido, su organización, sus formas de lucha, su estrategia y su táctica deben estar orientadas a este fin. De acuerdo con ello, hay que rechazar del modo más categórico todo compromiso con los demás partidos, todo retomo a los métodos de lucha parlamentaria, los cuales han caducado ya histórica y políticamente, toda política de maniobra y conciliación". "Los métodos específicamente proletarios de lucha revolucionaria deben ser subrayados con energía. Y para abarcar a los más amplios sectores y capas proletarias, que deben incorporarse a la lucha revolucionaria bajo la dirección del Partido Comunista, hay que crear nuevas formas de organización sobre la base más amplia y con el más amplio marco. Este lugar de agrupamiento de todos los elementos revolucionarios es la *unión obrera*, constituida sobre la base de las organizaciones de fábrica. En ella deben unirse todos los obreros fieles al lema ¡Fuera de los sindicatos! Es ahí donde se forma el proletariado militante en las más vastas filas combativas. Para ser admitido basta el reconocimiento de la lucha de clases, del sistema de los Soviets y de la dictadura. Toda la educación política ulterior de las masas militantes y su orientación política en la lucha es misión del Partido Comunista, que se halla fuera de la unión obrera..."

"...Hay ahora, por consiguiente, dos partidos comunistas frente a frente:

Uno, el partido de los jefes, que trata de organizar y dirigir la lucha revolucionaria *desde arriba*, aceptando los compromisos y el parlamentarismo con el fin de crear situaciones que permitan a esos jefes entrar en un Gobierno de coalición, en cuyas manos se halle la dictadura.

Otro, el partido de las masas, que espera el ascenso de la lucha revolucionaria *desde abajo* y conoce y aplica para esta lucha un solo método que conduce claramente al fin, rechazando todos los procedimientos parlamentarios y oportunistas; ese método único *es el derrocamiento* incondicional de la *burguesía* para implantar después la dictadura de clase del proletariado con el objetivo de instaurar el socialismo…"

"... ¡De un lado, la dictadura de los jefes; de otro, la dictadura de las masas! Esa es nuestra consigna".

Tales son las tesis esenciales que caracterizan el punto de vista de oposición en el Partido Comunista Alemán.

Todo bolchevique que haya participado conscientemente en el desarrollo del bolchevismo desde 1903 o lo haya observado de cerca, no podrá por menos de exclamar inmediatamente después de haber leído estos razonamientos "¡Qué antiguallas tan conocidas! ¡Qué infantilismo de "izquierda"!

Pero examinemos más de cerca estos razonamientos.

El solo hecho de plantear la cuestión de "¿dictadura del partido o dictadura de la clase?, ¿dictadura (partido) de los jefes o dictadura (partido) de las masas?" atestigua la más increíble e irremediable confusión de ideas. Hay gentes que se esfuerzan por *inventar* algo enteramente original y que, en su afán de sabiduría, no consiguen sino caer en el ridículo. De todos es sabido que las masas se dividen en clases, que oponer las masas a las clases no puede permitirse más que en un sentido: si se opone una inmensa mayoría en su totalidad, sin dividirla según las posiciones ocupadas, en el régimen social de la producción, a categorías que ocupan una posición especial en este régimen; que las clases están, habitualmente y en la mayoría de los casos (por lo menos en los países civilizados modernos), dirigidas por partidos políticos; que los partidos políticos están dirigidos, como regla general, por grupos más o menos estables, integrados por las personas más prestigiosas, influyentes y expertas, elegidas para los cargos de mayor responsabilidad y llamadas jefes. Todo esto es el abecé, todo esto es sencillo y claro. ¿Qué necesidad había de poner en su lugar no sé qué galimatías, no sé qué nuevo volapük? De un lado, estas gentes se han embrollado, por lo visto, cayendo en una situación difícil, cuando la sucesión rápida de la vida legal e ilegal del partido altera las relaciones ordinarias, normales y simples entre los jefes, los partidos y las clases. En Alemania, como en los demás países europeos, se está excesivamente habituado a la legalidad, a la elección libre y regular de los "jefes" por los congresos ordinarios de los partidos, a la comprobación cómoda de la composición de clase de estos últimos por medio de las elecciones al parlamento, de los mítines, la prensa, el estado de espíritu de los sindicatos y otras asociaciones, etc. Cuando, en virtud de la marcha impetuosa de la revolución y del desarrollo de la guerra civil, ha sido preciso pasar rápidamente de esta rutina a la sucesión de la legalidad y la ilegalidad y a su combinación, a procedimientos "poco cómodos", "no democráticos" para designar, formar o conservar los "grupos de dirigentes", la gente ha perdido la cabeza y ha empezado a inventar un monstruoso absurdo. Por lo visto, algunos miembros del Partido Comunista de Holanda, que han tenido la desgracia de nacer en un país pequeño,

con una tradición y unas condiciones de situación legal particularmente privilegiada y estable y que jamás han visto la sucesión de las situaciones legales e ilegales, se han embrollado y han perdido la cabeza, favoreciendo absurdas invenciones.

Por otra parte, salta a la vista el uso irreflexivo e ilógico de algunas palabrejas "de moda" en nuestra época sobre "la masa" y "los jefes". La gente ha oído muchos ataques contra los "jefes" y se los ha aprendido de memoria, ha oído cómo les contraponían a la "masa", pero no ha sabido reflexionar acerca del sentido de todo esto y ver las cosas claras.

Al final de la guerra imperialista y después de ella, en todos los países se ha manifestado con singular vivacidad y relieve el divorcio entre "los jefes" y "la masa". La causa fundamental de este fenómeno fue explicada muchas veces por Marx y Engels de 1852 a 1892 tomando el ejemplo de Inglaterra. La situación monopolista de dicho país dio origen al nacimiento de una "aristocracia obrera" oportunista, semipequeñoburguesa, salida de la "masa". Los jefes de esta aristocracia obrera se pasaban constantemente al campo de la burguesía, que los mantenía de manera directa o indirecta. Marx se granjeó el odio, que le honra, de estos canallas por haberles tildado públicamente de traidores. El imperialismo moderno (del siglo XX) ha creado una situación privilegiada, monopolista, en favor de algunos países adelantados, y sobre este terreno ha surgido en todas partes dentro de la II Internacional ese tipo de jefes-traidores, oportunistas, socialchovinistas, que defienden los intereses de su corporación, de su reducida capa de aristocracia obrera. Estos partidos oportunistas se han separado de las "masas", es decir, de los sectores más vastos de trabajadores, de su mayoría, de los obreros peor retribuidos. La victoria del proletariado revolucionario es imposible sin luchar contra este mal, sin desenmascarar, poner en la picota y expulsar a los jefes oportunistas socialtraidores; esta política es la que ha aplicado, precisamente, la III Internacional.

Pero llegar con este pretexto a contraponer, *en términos generales*, la dictadura de las masas a la dictadura de los jefes es un absurdo ridículo y una necedad. Lo más divertido es que, de hecho, en lugar de los antiguos jefes que se atienen a ideas comunes sobre las cosas simples, se destaca (encubriéndolo con la consigna de "abajo los jefes") a *jefes nuevos* que dicen soberanas tonterías y disparates. Tales son, en Alemania, Lauffenberg, Wolfheim, Horner, Carlos Schroeder, Federico Wendell y Carlos Erler[150]. Las tentativas de este último de "profundizar" en la cuestión y proclamar en general la inutilidad y el "carácter burgués" de los partidos políticos representan tales columnas de Hércules de la estupidez que le dejan a uno estupefacto. ¡Cuán cierto es que de un pequeño error puede hacerse siempre uno monstruosamente grande, si se insiste en él, si se profundiza para encontrarle justificación y si se intenta "llevarlo hasta el fin"!

Negar la necesidad del partidismo y de la disciplina de partido: he ahí *el resultado* a que ha llegado la oposición. Y esto equivale a desarmar por completo al proletariado *en provecho de la burguesía*. Equivale precisamente a la dispersión, la inestabilidad, la incapacidad para dominarse, para unirse, para actuar de manera organizada, defectos típicamente pequeñoburgueses, que, de ser indulgente con ellos, causan de modo inevitable la ruina de todo movimiento revolucionario del proletariado. Negar la necesidad del partidismo desde el punto de vista del comunismo es dar un salto desde la víspera de la bancarrota del capitalismo (en Alemania), no hasta la fase inferior o media del comunismo, sino hasta su fase superior. En Rusia (después de más de dos años de haber derribado a la burguesía) estamos dando todavía los primeros pasos en la transición del capitalismo al socialismo o fase inferior del comunismo. Las clases siguen existiendo y existirán *durante* años en todas partes *después* de la conquista del poder por el proletariado. Es posible que en Inglaterra, donde no hay campesinos (¡pero existen, sin embargo, pequeños patronos!) este plazo sea más corto. Suprimir las clases no sólo significa expulsar a los terratenientes y a los capitalistas -esto lo hemos hecho nosotros con relativa facilidad-, sino

---

[150] En el *Diario Obrero Comunista* (núm. 32, Hamburgo, 7 de febrero de 1920), Carlos Erler dice en un artículo titulado *La disolución del partido*: "La clase obrera no puede destruir el Estado burgués sin aniquilar la democracia burguesa, y no puede aniquilar la democracia burguesa sin destruir los partidos".

Las cabezas más confusas de los sindicalistas y anarquistas latinos pueden sentirse "satisfechas": algunos alemanes de peso que, por lo visto, se consideran marxistas (con sus artículos en el citado periódico, Erler y Horner demuestran con aplomo que se consideran marxistas sólidos, aunque dicen de un modo singularmente ridículo tonterías inverosímiles, manifestando así no comprender el abecé del marxismo) llegan a afirmar cosas absurdas por completo. El reconocimiento del marxismo no preserva por sí solo de los errores. Los rusos saben bien esto, porque el marxismo ha estado "de moda" con harta frecuencia en nuestro país.

"*Diario Obrero Comunista*" ("*Kornmunislische Arbeiterzeitung*"); órgano del grupo pequeñoburgués, anarcosindicalista de los comunistas "de izquierda" que se escindieron en 1919 del Partido Comunista de Alemania (espartaquistas). Se editó de 1919 a 1927. Los comunistas "de izquierda" alemanes no cumplieron el acuerdo del III Congreso de la Internacional Comunista, que les exigía renunciar a la táctica sectaria y unirse con el Partido Comunista de Alemania y fueron expulsados de la Internacional Comunista. La capa superior de los comunistas "de izquierda" se deslizó a la contrarrevolución.

también *suprimir los pequeños productores de mercancías; pero a éstos no se les puede expulsar*, no se les puede aplastar; con ellos *hay que convivir*, y sólo se puede (y se debe) transformarlos, reeducarlos mediante una labor de organización muy larga, lenta y prudente. Estos pequeños productores cercan al proletariado por todas partes de elemento pequeñoburgués, lo impregnan de este elemento, lo corrompen con él, provocan constantemente en el seno del proletariado recaídas de pusilanimidad pequeñoburguesa, de atomización, de individualismo, de oscilaciones entre la exaltación y el abatimiento. Para hacer frente a eso, para permitir que el proletariado ejerza acertada, eficaz y victoriosamente su función *organizadora* (que es su función *principal*), son necesarias una centralización y una disciplina severísimas en el partido político del proletariado. La dictadura del proletariado es una lucha tenaz, cruenta e incruenta, violenta y pacífica, militar y económica, pedagógica y administrativa contra las fuerzas y las tradiciones de la vieja sociedad. La fuerza de la costumbre de millones y decenas de millones de hombres es la fuerza más terrible. Sin un partido férreo y templado en la lucha, sin un partido que goce de la confianza de todo lo que haya de honrado dentro de la clase, sin un partido que sepa pulsar el estado de ánimo de las masas e influir sobre él es imposible llevar a cabo con éxito esta lucha. Es mil veces más fácil vencer a la gran burguesía centralizada que "vencer" a millones y millones de pequeños patronos, los cuales, con su labor corruptora invisible, inaprensible, cotidiana, producen *los mismos* resultados que necesita la burguesía, que determinan *la restauración* de ésta. Quien debilita, por poco que sea, la disciplina férrea del partido del proletariado (sobre todo en la época de su dictadura), ayuda de hecho a la burguesía contra el proletariado.

Al lado de la cuestión sobre los jefes, el partido, la clase y la masa hay que plantear la cuestión de los sindicatos "reaccionarios". Pero antes me permitiré hacer, a modo de conclusión, algunas observaciones fundadas en la experiencia de nuestro partido. En éste *han existido siempre* ataques contra la "dictadura de los jefes". La primera vez, que yo recuerde, fue en 1895, cuando nuestro partido no existía aún formalmente, pero empezaba ya a constituirse en Petersburgo el grupo central que debía tomar en sus manos la dirección de los grupos distritales. En el IX Congreso de nuestro partido (abril de 1920) hubo una pequeña oposición, que se pronunció asimismo contra la "dictadura de los jefes", la "oligarquía", etc.[151] No hay, pues, nada de sorprendente, nada nuevo, nada alarmante en la "enfermedad infantil" del "comunismo de izquierda" entre los alemanes. Esta enfermedad transcurre sin peligro y, una vez pasada, el organismo incluso se fortalece. Por otra parte, la rápida sucesión del trabajo legal e ilegal, que implica la necesidad de "ocultar", de rodear de singular secreto precisamente al Estado Mayor, a los jefes, motivó a veces en nuestro país fenómenos profundamente peligrosos. El peor de ellos fue la entrada en 1912 en el Comité Central bolchevique de un agente provocador, Malinovski. Este delató a decenas y decenas de los más excelentes y abnegados camaradas, haciendo que fueran condenados a trabajos forzados y acelerando la muerte de muchos de ellos. Si no causó más daño fue porque habíamos establecido adecuadamente la correlación entre el trabajo legal e ilegal. Para ganarse nuestra confianza, Malinovski, como miembro del Comité Central del partido y diputado a la Duma, tuvo que ayudarnos a organizar la publicación de periódicos diarios legales, que, incluso bajo el zarismo, supieron luchar contra el oportunismo de los mencheviques y predicar los principios fundamentales del bolchevismo con el necesario disimulo. Con una mano, Malinovski mandaba al presidio y a la muerte a decenas y decenas de los mejores combatientes del bolchevismo, pero con la otra se veía obligado a contribuir a la educación de decenas y decenas de millares de nuevos bolcheviques por medio de la prensa legal. Este es un hecho sobre el que deberían reflexionar detenidamente los camaradas alemanes (y también los ingleses, los norteamericanos, los franceses y los italianos), que tienen planteada la tarea de aprender a realizar una labor revolucionaria en los sindicatos reaccionarios[152].

En muchos países, hasta en los más adelantados, la burguesía envía y seguirá enviando, sin duda alguna, provocadores a los partidos comunistas. Uno de los medios de luchar contra este peligro consiste en saber combinar acertadamente el trabajo ilegal

[151] Lenin alude al grupo del "centralismo democrático" (T. Saprónov, N. Osinski, V. Smirnov y otros). Los "centralistas democráticos" negaban el papel dirigente del partido en los Soviets y los sindicatos; rebatían la necesidad de la dirección unipersonal y la responsabilidad personal al frente de las empresas; se pronunciaban contra la línea leninista en las cuestiones de organización, exigían la libertad de fracciones y grupos en el partido. El IX Congreso del PC (b) de Rusia condenó a. los "centralistas democráticos" como grupo antipartido.

[152] Malinovski estuvo prisionero en Alemania. Cuando regresó a Rusia, ya bajo el poder bolchevique, fue inmediatamente entregado a los tribunales y fusilado por nuestros obreros. Los mencheviques nos han atacado con especial acritud por el error de haber tenido un provocador en el Comité Central de nuestro partido. Pero cuando bajo Kerenski exigimos que fuera detenido y juzgado el presidente de la Duma, Rodzianko, que desde antes de la guerra sabía que Malinovski era un provocador y *no lo había comunicado* a los diputados trudoviques y obreros en la Duma, ni los mencheviques ni los socialistas revolucionarios, que formaban parte del Gobierno con Kerenski, apoyaron nuestra demanda, y Rodzianko quedó en libertad y pudo unirse a Denikin sin el menor obstáculo.

con el legal.

VI. ¿Deben actuar los revolucionarios en los sindicatos reaccionarios?

Los "izquierdistas" alemanes consideran que pueden responder con una negativa absoluta a esta pregunta. A su juicio, el vocerío y los gritos de cólera contra los sindicatos "reaccionarios" y "contrarrevolucionarios" (C. Horner se distingue por el "aplomo" y la necedad con que hace esto) bastan para "demostrar" la inutilidad y hasta la in admisibilidad de que los revolucionarios, los comunistas, actúen en los sindicatos contrarrevolucionarios, en los sindicatos amarillos, socialchovinistas, conciliadores y de los Legien.

Pero por muy convencidos que estén los "izquierdistas" alemanes del carácter revolucionario de semejante táctica, ésta es, en realidad, profundamente errónea y no contiene más que frases vacías.

Para aclararlo partiré de nuestra propia experiencia, conforme al plan general del presente folleto, que tiene por objeto aplicar a Europa Occidental lo que la historia y la táctica actual del bolchevismo contienen de aplicable, importante y obligatorio en todas partes.

La correlación entre jefes, partido, clase y masa y, al mismo tiempo, la actitud de la dictadura del proletariado y de su partido con respecto a los sindicatos se presenta actualmente entre nosotros en la siguiente forma concreta: la dictadura la ejerce el proletariado organizado en los Soviets y dirigido por el Partido Comunista Bolchevique, que, según los datos del último Congreso (abril de 1920), cuenta con 611.000 miembros. El número de afiliados ha oscilado mucho tanto antes como después de la Revolución de Octubre y ha sido considerablemente menor incluso en 1918-1919[153]. Tememos ampliar excesivamente el partido porque los arribistas y truhanes, que no merecen más que ser fusilados, tienden inevitablemente a infiltrarse en el partido gobernante. La última vez que abrimos de par en par las puertas del partido -sólo para los obreros y los campesinos- fue en los días (invierno de 1919) en que Yudénich se encontraba a algunas verstas de Petrogrado y Denikin estaba en Oriol (a unas trescientas cincuenta verstas de Moscú), es decir, cuando la República Soviética se veía ante un peligro terrible, mortal, y los aventureros, los arribistas, los truhanes y, en general, los elementos inestables no podían contar en modo alguno con hacer una carrera ventajosa (sino más bien con la horca y las torturas) si se adherían a los comunistas. El partido, que convoca congresos anuales (en el último la representación fue de un delegado por cada mil militantes), es dirigido por un Comité Central de 19 miembros, elegido en el Congreso; la gestión de los asuntos corrientes la ejercen en Moscú dos organismos aún más restringidos, denominados "Buró de Organización" y "Buró Político", que se eligen en sesiones plenarias del Comité Central y de cada uno de los cuales forman parte cinco miembros del C.C. Nos hallamos, por consiguiente, en presencia de una verdadera "oligarquía". Ninguna cuestión importante política o de organización es resuelta por cualquier institución estatal de nuestra República sin las indicaciones rectoras del Comité Central del partido.

En su labor, el partido se apoya directamente en los *sindicatos*, que tienen ahora, según los datos del último Congreso (abril de 1920), más de cuatro millones de afiliados y que en el aspecto formal son *sin partido*. De hecho, todas las instituciones dirigentes de la inmensa mayoría de los sindicatos y, sobre todo, naturalmente, la central o buró sindical de toda Rusia (Consejo Central de los Sindicatos de toda Rusia) se componen de comunistas y aplican todas las directrices del partido. Se obtiene, en conjunto, un aparato proletario, formalmente no comunista, flexible y relativamente amplio, potentísimo, por medio del cual el partido está ligado de manera estrecha a la *clase* y a las *masas* y a través del cual se ejerce, bajo la dirección del partido, *la dictadura de la clase*. Es natural que nos hubiera sido imposible gobernar el país y ejercer la dictadura, no ya dos años y medio, sino ni siquiera dos meses y medio, sin la más estrecha ligazón con los sindicatos, sin su apoyo entusiasta, sin su abnegadísima labor tanto en la organización económica *como en la militar*. Como se comprenderá, esta estrechísima ligazón significa, en la práctica, una labor de propaganda y agitación muy compleja y variada, oportunas y frecuentes reuniones, no sólo con los dirigentes, sino en general con los militantes que tienen influencia en los sindicatos y una lucha decidida contra los mencheviques, que han conservado hasta hoy cierto número de partidarios -muy pequeño en verdad-, a los que inician en todas las malas artes de la contrarrevolución, desde la defensa ideológica de la democracia (*burguesa*) y la prédica de la "independencia" de los sindicatos (independencia... ¡del poder estatal proletario!) hasta el sabotaje de la disciplina proletaria, etc., etc.

Reconocemos que el contacto con las "masas" a través de los sindicatos es insuficiente. En el curso de la revolución se ha creado en nuestro país, en la

[153] Después de la Revolución de Febrero de 1917 hasta el año 1919 inclusive el número de miembros del partido fue cambiando de la siguiente manera: para la Séptima Conferencia (de Abril) de toda Rusia del POSDR(b), en el año 1917, eran 80.000; para el VI Congreso del POSDR(b), en el mes de julio-agosto de 1917, sumaban ya cerca de 240.000 para el VII Congreso del PC (b) de Rusia, en marzo de 1918, ascendían a unos 300.000; para el VIII Congreso del PC(b) de Rusia, en marzo de 1919, el número de miembros era de 313.766.

práctica, un organismo que procuramos por todos los medios mantener, desarrollar y extender: *las conferencias de obreros y campesinos sin partido*, las cuales nos permiten observar el estado de ánimo de las masas, acercarnos a ellas, responder a sus anhelos, promover a los puestos del Estado a sus mejores elementos, etc. Un decreto reciente sobre la transformación del Comisariado del Pueblo de Control del Estado en "Inspección Obrera y Campesina" confiere a estas conferencias sin partido el derecho a elegir miembros del Control del Estado encargados de las funciones más diversas de revisión, etc.

Además, como es natural, toda la labor del partido se realiza a través de los Soviets, que agrupan a las masas trabajadoras, sin distinción de oficios. Los congresos de distrito de los Soviets representan una institución *democrática* como jamás se ha visto en las mejores repúblicas democráticas del mundo burgués. Por medio de estos congresos (cuya labor procura seguir el partido con la mayor atención posible), así como por la designación constante de los obreros más conscientes para diversos cargos en las poblaciones rurales, el proletariado ejerce su función dirigente con respecto al campesinado, se realiza la dictadura del proletariado urbano, la lucha sistemática contra los campesinos ricos, burgueses, explotadores y especuladores, etc.

Tal es el mecanismo general del poder estatal proletario examinado "desde arriba", desde el punto de vista de la realización práctica de la dictadura. Es de esperar que el lector comprenderá por qué el bolchevique ruso, que conoce este mecanismo y lo ha visto nacer de los pequeños círculos ilegales y clandestinos en el curso de 25 años, no puede por menos de hallar ridículas, pueriles y absurdas todas las discusiones sobre la dictadura "desde arriba" o "desde abajo", la dictadura de los jefes o la dictadura de las masas, etc., como lo seria una disputa acerca de la mayor o menor utilidad que tiene para el hombre la pierna izquierda o el brazo derecho.

Tampoco pueden dejar de parecernos un absurdo ridículo y pueril las disquisiciones muy sabias, pomposas y terriblemente revolucionarias de los izquierdistas alemanes acerca de que los comunistas no pueden ni deben actuar en los sindicatos reaccionarios, de que es permisible renunciar a semejante actividad, de que has que salir de los sindicatos y organizar forzosamente una "unión obrera", nuevecita del todo y completamente pura, inventada por comunistas muy simpáticos (y en la mayoría de los casos, probablemente, muy jóvenes), etc., etc.

El capitalismo lega inevitablemente al socialismo, de una parte, las viejas diferencias profesionales y corporativas entre los obreros, formadas en el transcurso de los siglos, y, de otra, los sindicatos, que sólo muy lentamente, a lo largo de los años, pueden transformarse y se transformarán con el tiempo en sindicatos de industria más amplios, menos corporativos (que engloban a industrias enteras y no sólo a corporaciones, oficios y profesiones). Después, a través de estos sindicatos de industria, se pasará a suprimir la división del trabajo entre los hombres, a educar, instruir y formar hombres *universalmente desarrollados y universalmente* preparados, hombres que lo *sabrán hacer todo*. Hacia eso marcha, debe marchar y *llegará* el comunismo, mas únicamente dentro de muchos años. Intentar hoy anticiparse en la práctica a ese resultado futuro de un comunismo llegado al término de su completo desarrollo, solidez y formación, de su íntegra realización y de su madurez es lo mismo que querer enseñar matemáticas superiores a un niño de cuatro años.

Podemos (y debemos) emprender la construcción del socialismo no con un material humano fantástico ni especialmente creado por nosotros, sino con el que nos ha dejado como herencia el capitalismo. Ni que decir tiene que esto es muy "difícil", pero cualquier otro modo de- abordar el problema es tan poco serio que no merece la pena hablar de ello.

Los sindicatos fueron un progreso gigantesco de la clase obrera en los primeros tiempos del desarrollo del capitalismo, por cuanto significaban el paso de la dispersión y de la impotencia de los obreros a *los rudimentos* de la unión de clase. Cuando empezó a desarrollarse la forma *superior* de unión de clase de los proletarios, el *partido revolucionario del proletariado* (que no merecerá este nombre mientras no sepa ligar a los líderes con la clase y las masas en un todo único e indisoluble), los sindicatos comenzaron a manifestar fatalmente *ciertos* rasgos reaccionarios, cierta estrechez gremial, cierta tendencia al apoliticismo, cierto espíritu rutinario, etc. Pero el desarrollo del proletariado no se ha efectuado ni ha podido efectuarse en ningún país de otro modo que por medio de los sindicatos y por su acción conjunta con el partido de la clase obrera. La conquista del poder político por el proletariado representa un progreso gigantesco de este último considerado como clase, y el partido debe consagrarse más, y de un modo nuevo y no sólo por los procedimientos antiguos, a educar a los sindicatos, a dirigirlos, sin olvidar a la vez que éstos son y serán durante mucho tiempo una necesaria "escuela de comunismo", una escuela preparatoria de los proletarios para la realización de su dictadura, la asociación indispensable de los obreros para el paso gradual de la dirección de toda la economía del país a manos de la *clase* obrera (y no de unas u otras profesiones), primero, y a manos de todos los trabajadores, después.

Bajo la dictadura del proletariado es *inevitable cierto* "espíritu reaccionario" de los sindicatos en el sentido indicado. No comprenderlo significa no

comprender en absoluto las condiciones fundamentales de la *transición* del capitalismo al socialismo. Temer *este* "espíritu reaccionario", intentar *prescindir* de él, saltar por encima de él, es una inmensa tontería, pues equivale a temer el papel de vanguardia del proletariado, que consiste en instruir, ilustrar, educar, atraer a una nueva vida a las capas y las masas más atrasadas de la clase obrera y del campesinado. Por otro lado, aplazar la dictadura del proletariado hasta que no quede ni un solo obrero de estrecho espíritu profesional, ni un solo obrero con prejuicios tradeunionistas y corporativos, sería un error todavía más profundo. El arte del político (y la comprensión acertada de sus deberes en el comunista) consiste, precisamente, en saber apreciar con exactitud las condiciones y el momento en que la vanguardia del proletariado puede tomar victoriosamente el poder; en que puede, durante la toma del poder y después de ella, conseguir un apoyo suficiente de sectores suficientemente amplios de la clase obrera y de las masas laboriosas no proletarias; en que puede, una vez obtenido dicho apoyo, mantener, afianzar y extender su dominio, educando, instruyendo y atrayéndose a masas cada vez más amplias de trabajadores.

Prosigamos: En países más adelantados que Rusia se ha hecho sentir, y debía hacerse sentir con carácter mucho más acentuado, indudablemente, que en el nuestro, cierto espíritu reaccionario de los sindicatos. Aquí, los mencheviques hallaban (y en parte hallan todavía en un pequeñísimo número de sindicatos) apoyo entre los sindicatos, gracias, precisamente, a esa estrechez corporativa, a ese egoísmo y oportunismo profesionales. Los mencheviques de Occidente se han "atrincherado" mucho más sólidamente en los sindicatos, ha surgido allí una capa mucho más fuerte que en nuestro país de *"aristocracia obrera" profesional, mezquina, egoísta, desalmada, ávida, pequeñoburguesa, de espíritu imperialista, comprada y corrompida por el imperialismo*. Esto es indiscutible. La lucha contra los Gompers, contra los señores Jouhaux, Henderson, Merrheim, Legíen y Cía, en Europa Occidental es mucho más difícil que la lucha contra nuestros mencheviques, que representan un tipo social y político *completamente homogéneo*. Es preciso librar esta lucha implacablemente y continuarla de manera obligatoria, como hemos hecho nosotros, hasta poner en la picota y arrojar de los sindicatos a todos los jefes incorregibles del oportunismo y del socialchovinismo. Es imposible conquistar el poder político (y no debe intentarse tomar el poder político) mientras esta lucha no haya alcanzado *cierto* grado; este "cierto grado" *no es idéntico* en todos los países y en todas las condiciones, y sólo dirigentes políticos reflexivos, experimentados y competentes del proletariado pueden determinarlo con acierto en cada país. (En Rusia nos dieron la medida del éxito en esta lucha, entre otras cosas, las elecciones de noviembre de 1917 a la Asamblea Constituyente, unos días después de la revolución proletaria del 25 de octubre de 1917. En dichas elecciones, los mencheviques sufrieron una espantosa derrota, obteniendo 700.000 votos -1.400.000 contando los de Transcaucasia- frente a 9.000.000 logrados por los bolcheviques. Véase mi artículo *Las elecciones a la Asamblea Constituyente y la dictadura del proletariado*[154], en el número 7-8 de *La Internacional Comunista*[155].)

Pero la lucha contra la "aristocracia obrera" la sostenemos en nombre de las masas obreras y para ponerlas de nuestra parte; la lucha contra los jefes oportunistas y socialchovinistas la sostenemos para ganarnos a la clase obrera. Sería necio olvidar esta verdad elementalísima y más que evidente. Y tal es, precisamente, la necedad que cometen los comunistas alemanes "de izquierda", los cuales deducen *del* carácter reaccionario y contrarrevolucionario *de los cabecillas* de los sindicatos la conclusión de que es preciso... ¡¡salir de los sindicatos!!, ¡¡renunciar al trabajo en ellos!!, ¡¡crear formas de organización obrera nuevas, *inventadas*!! Una estupidez tan imperdonable, que equivale al mejor servicio que los comunistas pueden prestar a la burguesía. Porque nuestros mencheviques, como todos los líderes sindicales oportunistas, socialchovinistas y kautskianos, no son más que "agentes de la burguesía en el movimiento obrero" (como hemos dicho siempre refiriéndonos a los mencheviques) o, en otros términos, los "lugartenientes obreros de la clase de los capitalistas" (*labor lieutenants of the capitalist class*), según la magnífica expresión, profundamente exacta, de los discípulos de Daniel de León en los Estados Unidos. No actuar en el seno de los sindicatos reaccionarios significa abandonar a las masas obreras insuficientemente desarrolladas o atrasadas a la influencia de los líderes reaccionarios, de los agentes de la burguesía, de los obreros aristócratas u "obreros aburguesados" (véase la carta de Engels a Marx en 1858 acerca de los obreros ingleses[156]).

Precisamente la absurda "teoría" de la no participación de los comunistas en los sindicatos reaccionarios demuestra del modo más evidente con qué ligereza consideran estos comunistas "de

---

[154] Véase V. I. Lenin. *Las elecciones a la Asamblea Constituyente y la dictadura del proletariado*, págs. 3-33, ed. en español, 1962. (N. de la Edit.)

[155] "*La Internacional Comunista*": revista, órgano del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Apareció de mayo de 1919 a junio de 1943 en ruso, inglés, francés, alemán, español y chino. Cesó de publicarse con motivo de la disposición del Presídium del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista del 15 de mayo de 1943 sobre la disolución de dicha internacional.

[156] Véase la carta de F. Engels a C. Marx del 7 de octubre de 1858.

izquierda" la cuestión de la influencia sobre las "masas" y de qué modo abusan de su griterío acerca de las "masas". Para saber ayudar a la "masa" y conquistar su simpatía, su adhesión y su apoyo no hay que temer las dificultades, las quisquillas, las zancadillas, los insultos y las persecuciones de los "jefes" (que, siendo oportunistas y socialchovinistas, están en la mayor parte de los casos en relación directa o indirecta con la burguesía y la policía) y se debe *trabajar* sin falta *allí donde estén las masas*. Hay que saber hacer toda clase de sacrificios y vencer los mayores obstáculos para llevar a cabo una propaganda y una agitación sistemáticas, tenaces, perseverantes y pacientes precisamente en las instituciones, sociedades y sindicatos, por reaccionarios que sean, donde haya masas proletarias o semiproletarias. Y los sindicatos y las cooperativas obreras (estas últimas, por lo menos, en algunos casos) son precisamente las organizaciones donde están las masas. En Inglaterra, según datos publicados por el periódico sueco *Folkets Dagblad Politiken*[157] el 10 de marzo de 1920, el número de miembros de las tradeuniones, que a finales de 1917 era de 5.500.000, se ha elevado a últimos de 1918 a 6.600.000, es decir, ha aumentado en el 19%. A fines de 1919, sus efectivos ascendían, según cálculos, a 7.500.000. No tengo a mano las cifras correspondientes a Francia y Alemania; pero algunos hechos, enteramente indiscutibles y conocidos de todos, atestiguan el notable incremento del número de miembros de los sindicatos también en esos países.

Estos hechos prueban con entera claridad lo que confirman otros mil síntomas: el crecimiento de la conciencia y de los anhelos de organización precisamente en las masas proletarias, en sus "capas inferiores", atrasadas. En Inglaterra, Francia y Alemania, millones de obreros pasan *por primera vez* de la falta completa de organización a la forma más elemental e inferior, más simple y accesible (para los que se hallan todavía impregnados por completo de prejuicios democrático-burgueses) de organización: los sindicatos; y los comunistas de izquierda, revolucionarios, pero insensatos, quedan a un lado, gritan: "¡Masa!", "¡Masa!", pero ¡¡*se niegan a actuar en los sindicatos*!!, ¡¡so pretexto de su "espíritu reaccionario"!! e inventan una "unión obrera" nuevecita, pura, limpia de todo prejuicio democrático-burgués y de todo pecado corporativo y de estrechez profesional, que será (¡que será!), dicen, amplia y para ingresar en la cual se exige solamente (¡solamente!) ¡¡el "reconocimiento del sistema de los Soviets y de la dictadura" (véase la cita transcrita más arriba)!!

¡Es imposible concebir mayor insensatez, mayor daño causado a la revolución por los revolucionarios "de izquierda"! Si hoy, en Rusia, después de dos años y medio de triunfos sin precedente sobre la burguesía de Rusia y la de la Entente, estableciéramos como condición para el ingreso en los sindicatos el "reconocimiento de la dictadura", cometeríamos una tontería, malograríamos nuestra influencia sobre las masas y ayudaríamos a los mencheviques, pues la tarea de los comunistas consiste en saber *convencer* a los elementos atrasados, en saber actuar *entre* ellos y no en aislarse de ellos mediante consignas sacadas de la cabeza e infantilmente "izquierdistas".

Es indudable que los señores Gompers, Henderson, Jouhaux y Legien estarán muy reconocidos a esos revolucionarios "de izquierda", que, como los de la oposición "de principio" alemana (¡el cielo nos preserve de semejantes "principios"!) o algunos revolucionarios de "Los Trabajadores Industriales del Mundo"[158] en los Estados Unidos, predican la salida de los sindicatos reaccionarios y la renuncia a actuar en ellos. No dudamos de que los señores "jefes" del oportunismo recurrirán a todos los artificios de la diplomacia burguesa, a la ayuda de los Gobiernos burgueses, de los curas, de la policía y de los tribunales para impedir la entrada de los comunistas en los sindicatos, para expulsarles de ellos por todos los medios y hacer lo más desagradable posible su labor en los mismos, para ofenderles, acosarles, y perseguirles. Hay que saber hacer frente a todo eso, estar dispuestos a todos los sacrificios, emplear incluso -en caso de necesidad- todas las estratagemas, astucias y procedimientos ilegales, silenciar y ocultar la verdad con tal de

[157] "*Folkets Dagblad Politiken* ("Diario Político Popular"): órgano del Partido Socialdemócrata de Izquierda Sueco; se publicó en Estocolmo desde abril de 1915, primero un día si y otro no y luego todos los días (hasta noviembre de 1917 se denominó *Politiken*).

[158] "*Los Trabajadores Industriales del Mundo*" ("*Industrial Workers of the World*") organización sindical de los obreros norteamericanos fundada en 1905. Tomaron parte activa en su creación los dirigentes del movimiento obrero norteamericano D. de Leon, E. Debs y G. Haywood. La organización desempeñó un gran papel en la historia del movimiento sindical norteamericano; durante la primera guerra mundial (1914-1918) encabezó diversas acciones antiguerreras de masas de la clase obrera estadounidense y denunció la política de los líderes reaccionarios de la Federación Americana del Trabajo y de los socialistas de derecha. Algunos dirigentes de *Los Trabajadores Industriales del Mundo*, entre otros G. Haywood, ingresaron más tarde en el Partido Comunista de EE.UU. Al mismo tiempo, en la actividad de la organización se manifestaron acentuados rasgos anarcosindicalistas: no reconocía la lucha política del proletariado, negaba el papel dirigente del partido, la necesidad de la dictadura del proletariado y era contraria a trabajar entre los obreros de los sindicatos afiliados a la Federación Americana del Trabajo. Más tarde. *Los Trabajadores Industriales del Mundo* se convirtieron en una organización sectaria, que perdió toda influencia en el movimiento obrero.

penetrar en los sindicatos, permanecer en ellos y realizar allí, cueste lo que cueste, una labor comunista. Bajo el régimen zarista, hasta 1905, no tuvimos ninguna "posibilidad legal"; pero cuando el policía Zubátov organizó sus asambleas y asociaciones obreras ultrarreaccionarias con objeto de cazar a los revolucionarios y luchar contra ellos, enviamos allí a miembros de nuestro partido (recuerdo entre ellos al camarada Bábushkin, destacado obrero petersburgués, fusilado en 1906 por los generales zaristas), que establecieron contacto con la masa, consiguieron realizar su agitación y arrancar a los obreros de la influencia de los agentes de Zubátov[159]. Como es natural, actuar así resulta más difícil en los países de Europa Occidental, particularmente impregnados de prejuicios legalistas, constitucionales y democrático-burgueses de singular arraigo. Pero se puede y se debe hacer de modo sistemático.

El Comité Ejecutivo de la III Internacional debe, a mi juicio, condenar abiertamente y proponer al próximo Congreso de la Internacional Comunista que condene en general la política de no participación en los sindicatos reaccionarios (motivando de manera detallada la insensatez que representa esta no participación y el inmenso daño que causa a la revolución proletaria) y, en particular, la línea de conducta de algunos miembros del Partido Comunista Holandés, que (de modo directo o indirecto, abierto o encubierto, total o parcial, lo mismo da) han sostenido esta política falsa. La III Internacional debe romper con la táctica de la II y no eludir ni ocultar las cuestiones escabrosas, sino plantearlas a rajatabla. Hemos dicho cara a cara toda la verdad a los "independientes" (Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania); del mismo modo hay que decírsela a los comunistas "de izquierda".

VII. ¿Debe participarse en los parlamentos burgueses?

Los comunistas "de izquierda" alemanes, con el mayor desprecio -y la mayor ligereza-, responden a esta pregunta negativamente. ¿Sus argumentos? En la cita reproducida anteriormente leemos:

"... rechazar del modo más categórico todo retorno a los métodos de lucha parlamentarios, los cuales han caducado ya histórica y políticamente…"

Está dicho en un tono ridículamente presuntuoso y es una falsedad evidente. ¡"Retorno" al parlamentarismo! ¿Acaso existe ya en Alemania una república soviética? Parece que no. ¿Cómo puede hablarse entonces de "retorno"? ¿No es esto una frase vacía?

El parlamentarismo "ha caducado históricamente". Esto es cierto desde el punto de vista de la propaganda. Pero nadie ignora que de ahí a su superación *práctica* hay una distancia inmensa. Hace ya muchas décadas que podía decirse con entera razón que el capitalismo había "caducado históricamente"; pero esto no impide, ni mucho menos, que nos veamos precisados a sostener una lucha muy prolongada y muy tenaz *sobre el terreno* del capitalismo. El parlamentarismo "ha caducado históricamente" desde el punto de vista *histórico-universal*, es decir, *la época* del parlamentarismo burgués ha terminado, *la época* de la dictadura del proletariado *ha empezado*. Esto es indiscutible. Pero en la historia universal se cuenta por décadas. Desde su punto de vista, diez o veinte años más o menos no tienen importancia, son una pequeñez imposible de apreciar incluso aproximadamente. He ahí por qué remitirse a la escala de la historia universal en una cuestión de política práctica constituye el error teórico más escandaloso.

¿"Ha caducado políticamente" el parlamentarismo? Esto es ya otra cuestión. Si fuera cierto, la posición de los "izquierdistas" sería firme. Pero eso hay que probarlo con un análisis muy serio, y los "izquierdistas" ni siquiera saben abordarlo. Tampoco vale un comino, como veremos, el análisis contenido en las *Tesis sobre el parlamentarismo*, publicadas en el número 1 del *Boletín de la Oficina Provisional de Amsterdam de la Internacional Comunista* (*Bulletin of the Provisional Bureau in Amsterdam of the Communist Intemational, February*[160] 1920) y que expresan- claramente las tendencias izquierdistas de los holandeses o las tendencias holandesas de los izquierdistas.

En primer lugar, los "izquierdistas" alemanes, como se sabe, consideraban ya en enero de 1919 que el parlamentarismo había "caducado políticamente", a despecho de la opinión de dirigentes políticos tan destacados como Rosa Luxemburgo y Carlos Liebknecht. Es sabido que los "izquierdistas" se equivocaron. Este hecho basta para destruir de golpe y de raíz la tesis de que el parlamentarismo "ha caducado políticamente". Los "izquierdistas" tienen la obligación de demostrar por qué su error indiscutible de entonces ha dejado de serlo hoy. Pero no aportan, ni pueden aportar, la menor sombra de prueba. La actitud de un partido político ante sus errores es uno de los criterios más importantes y más seguros para juzgar de la seriedad de ese partido y del cumplimiento *efectivo* de sus deberes hacia su clase y hacia las *masas* trabajadoras. Reconocer abiertamente un error, poner al descubierto sus

[159] Los Gompers, los Henderson, los Jouhaux y los Legien no son sino los Zubátov, que se distinguen del nuestro por su traje europeo, su porte elegante y los refinados procedimientos aparentemente democráticos y civilizados que emplean para realizar su canallesca política.

[160] Febrero. (N. de la Edit.)

causas, analizar la situación que los ha engendrado y discutir atentamente los medios de corregirlos: eso es lo que caracteriza a un partido serio; en eso consiste el cumplimiento de sus deberes; eso es educar e instruir *a la clase* y, después, *a las masas*. Al no cumplir ese deber ni estudiar con toda la atención, celo y prudencia necesarios su error manifiesto, los "izquierdistas" de Alemania (y de Holanda) muestran precisamente que no son *el partido de la clase*, sino un círculo, que no son *el partido de las masas*, sino un grupo de intelectuales y de un reducido número de obreros que imitan los peores rasgos de los intelectualoides.

. En segundo lugar, en el mismo folleto del grupo "de izquierda" de Francfort, del que hemos dado citas detalladas más arriba, leemos:

"...los millones de obreros que siguen todavía la política del centro" (del partido católico del "centro") "son contrarrevolucionarios. Los proletarios del campo forman las legiones de los ejércitos contrarrevolucionarios" (pág. 3 del folleto citado).

Todo indica que eso está dicho con un énfasis y una exageración excesivos. Mas el hecho fundamental aquí expuesto es indiscutible y su reconocimiento por los "izquierdistas" atestigua su error con particular evidencia. En efecto, ¿¡cómo se puede decir que el "parlamentarismo ha caducado políticamente", si "millones" y "legiones" *de proletarios* son todavía no sólo partidarios del parlamentarismo en general, sino incluso francamente "contrarrevolucionarios"!? Es evidente que el parlamentarismo en Alemania *no* ha caducado aún políticamente. Es evidente que los "izquierdistas" de Alemania han tomado *su deseo*, *su actitud* político-ideológica por una realidad objetiva. Este es el más peligroso de los errores para los revolucionarios. En Rusia, donde el yugo sumamente salvaje y feroz del zarismo engendró, durante un período en extremo prolongado y en formas particularmente variadas, revolucionarios de todos los matices, revolucionarios de una abnegación, entusiasmo, heroísmo y fuerza de voluntad asombrosos, hemos podido observar muy de cerca, estudiar con singular atención y conocer al detalle este error de los revolucionarios, razón por la cual lo vemos con especial claridad en los demás. Como es natural, para los comunistas de Alemania el parlamentarismo "ha caducado políticamente", pero se trata precisamente de *no* creer que lo caduco *para nosotros* haya caducado *para la clase*, *para la masa*. Una vez más vemos aquí que los "izquierdistas" no saben razonar, no saben conducirse como el partido *de la clase*, como el partido *de las masas*. Vuestro deber consiste en no descender al nivel de las masas, al nivel de los sectores atrasados de la clase. Esto es indiscutible. Tenéis la obligación de decirles la amarga verdad; de decirles que sus prejuicios democrático-burgueses y parlamentarios son eso, prejuicios. Pero, al mismo tiempo, debéis observar *con serenidad* el estado *real* de conciencia y de preparación precisamente de toda la clase (y no sólo de su vanguardia comunista), de toda la *masa* trabajadora (y no sólo de sus elementos avanzados).

Aunque no fueran "millones" y "legiones", sino una simple *minoría* bastante considerable de obreros industriales la que siguiese a los curas católicos, y de obreros agrícolas la que siguiera a los terratenientes y campesinos ricos (*Grossbauern*), podría asegurarse ya *sin vacilar* que el parlamentarismo en Alemania *no* ha caducado *todavía* políticamente, que la participación en las elecciones parlamentarias y en la lucha desde la tribuna parlamentaria *es obligatoria* para el partido del proletariado revolucionario *precisamente* para educar a los sectores atrasados *de su clase*, precisamente para despertar e instruir a la *masa* aldeana inculta, oprimida e ignorante. Mientras no tengáis fuerza para disolver el parlamento burgués y cualquiera otra institución reaccionaria estáis *obligados* a actuar en el seno de dichas instituciones *precisamente* porque hay todavía en ellas obreros idiotizados por el clero y por la vida en los rincones más perdidos del campo. De lo contrario corréis el riesgo de convertiros en simples charlatanes.

En tercer lugar, los comunistas "de izquierda" nos colman de elogios a los bolcheviques. A veces dan ganas de decirles: ¡alabadnos menos, pero compenetraos más con la táctica de los bolcheviques, familiarizaos más con ella! Participamos en las elecciones al parlamento burgués de Rusia, a la Asamblea Constituyente, en septiembre-noviembre de 1917. ¿Era acertada nuestra táctica o no? Si no lo era, hay que decirlo con claridad y demostrarlo: es indispensable para que el comunismo internacional elabore la táctica justa. Si lo era, deben sacarse de ello las conclusiones que se imponen. Como es natural, no se trata, ni mucho menos, de equiparar las condiciones de Rusia a las de Europa Occidental. Pero cuando se trata en especial del significado que tiene la idea "el parlamentarismo ha caducado políticamente", es obligatorio tener en cuenta con exactitud nuestra experiencia, pues sin tomar en consideración una experiencia concreta, estas ideas se convierten con excesiva facilidad en frases vacías. ¿Acaso nosotros, los bolcheviques rusos, no teníamos en septiembre-noviembre de 1917 *más* derecho que todos los comunistas de Occidente a considerar que el parlamentarismo había sido superado políticamente en Rusia? Lo teníamos, naturalmente, pues la cuestión no estriba en si los parlamentos burgueses existen desde hace mucho o poco tiempo, sino en qué medida las grandes masas trabajadoras están *preparadas* (ideológica, política y prácticamente) para aceptar el régimen soviético y disolver (o permitir la disolución) el parlamento

democrático-burgués. Que la clase obrera de las ciudades, los soldados y los campesinos de Rusia estaban, en septiembre-noviembre de 1917, en virtud de una serie de condiciones particulares, excepcionalmente preparados para adoptar el régimen soviético y disolver el parlamento burgués más democrático, es un hecho histórico absolutamente indiscutible y plenamente establecido. Y, no obstante, los bolcheviques *no* boicotearon la Asamblea Constituyente, sino que participaron en las elecciones, tanto antes *como después* de la conquista del poder político por el proletariado. Que dichas elecciones dieron resultados políticos de extraordinario valor (y de suma utilidad para el proletariado) es un hecho que creo haber demostrado en el artículo aludido más arriba, donde analizo detalladamente los resultados de las elecciones a la Asamblea Constituyente de Rusia.

La conclusión que de ello se deriva es absolutamente indiscutible: está probado que, incluso unas semanas antes de la victoria de la República Soviética, incluso *después* de esta victoria, la participación en un parlamento democrático-burgués, lejos de perjudicar al proletariado revolucionario, le permite *demostrar* más fácilmente a las masas atrasadas por qué semejantes parlamentos merecen ser disueltos, *facilita* el éxito de su disolución, *facilita* la "supresión política" del parlamentarismo burgués. No tener en cuenta esta experiencia y pretender, al mismo tiempo, pertenecer a la *Internacional* Comunista, que debe elaborar *internacionalmente* su táctica (no una táctica estrecha o de exclusivo carácter nacional, sino justamente una táctica internacional), significa incurrir en el más profundo de los errores y precisamente apartarse de hecho del internacionalismo, aunque éste sea proclamado de palabra.

Consideremos ahora los argumentos "izquierdistas holandeses" en favor de la no participación en los parlamentos. He aquí la tesis 4ª, la más importante de las tesis "holandesas" citadas más arriba, traducida del inglés:

"Cuando el sistema capitalista de producción es destrozado y la sociedad atraviesa un período revolucionario, la acción parlamentaria pierde gradualmente su valor en comparación con la acción de las propias masas. Cuando, en estas condiciones, el parlamento se convierte en el centro y el órgano de la contrarrevolución y, por otra parte, la clase obrera crea los instrumentos de su poder en forma de Soviets, puede resultar incluso necesario renunciar a toda participación en la acción parlamentaria".

La primera frase es evidentemente falsa, pues la acción de las masas -por ejemplo, una gran huelga- es *siempre* más importante que la acción parlamentaria, y no sólo durante la revolución o en una situación revolucionaria. Este argumento, de indudable inconsistencia y falso histórica y políticamente, no hace sino mostrar con particular evidencia que los autores desprecian en absoluto la experiencia de toda Europa (de Francia en vísperas de las revoluciones de 1848 y 1870, de Alemania entre 1878 y 1890, etc.) y la de Rusia (véase más arriba) sobre la importancia de la *combinación* de la lucha legal con la ilegal. Esta cuestión tiene la mayor importancia, tanto en general como en particular, porque *en todos* los países civilizados y avanzados se acerca a grandes pasos la época en que dicha combinación será -y lo es ya en parte- cada vez más obligatoria para el partido del proletariado revolucionario, a consecuencia de la maduración y de la proximidad de la guerra civil del proletariado contra la burguesía, a consecuencia de las feroces persecuciones de que son objeto los comunistas por los gobiernos republicanos y, en general, burgueses, que violan por todos los medios la legalidad (como ejemplo de ello basta citar a los Estados Unidos), etc. Esta cuestión esencial es incomprendida en absoluto por los holandeses y los izquierdistas en general.

La segunda frase es, en primer término, falsa históricamente. Los bolcheviques hemos actuado en los parlamentos más contrarrevolucionarios y la experiencia ha demostrado que semejante participación ha sido no sólo útil, sino necesaria para el partido del proletariado revolucionario precisamente después de la primera revolución burguesa en Rusia (1905), a fin de preparar la segunda revolución burguesa (febrero de 1917) y luego la revolución socialista (octubre de 1917.) En segundo lugar, dicha frase es de un ilogismo sorprendente. De que el parlamento se convierta en el órgano y "centro" (dicho sea de paso, nunca ha sido ni ha podido ser en realidad el "centro") de la contrarrevolución y de que los obreros creen los instrumentos de su poder en forma de Soviets se desprende que los obreros deben prepararse ideológica, política y técnicamente para la lucha de los Soviets contra el parlamento, para la disolución del parlamento por los Soviets. Pero de esto no se deduce en modo alguno que semejante disolución sea obstaculizada, o no sea facilitada, por la presencia de una oposición soviética *en el seno* de un parlamento contrarrevolucionario. Jamás hemos notado durante nuestra lucha victoriosa contra Denikin y Kolchak que la existencia de una oposición proletaria, soviética, en la zona ocupada por ellos fuera indiferente para nuestros triunfos. Sabemos muy bien que la disolución de la Constituyente, efectuada por nosotros el 5 de enero de 1918, lejos de ser dificultada, fue facilitada por la presencia en la Constituyente contrarrevolucionaria que disolvíamos tanto de una oposición soviética consecuente, la bolchevique, como de una oposición soviética inconsecuente, la de los socialistas revolucionarios

de izquierda. Los autores de la tesis se han embrollado por completo y han olvidado la experiencia de una serie de revoluciones, si no de todas, que acredita la singular utilidad que representa en tiempos de revolución *combinar* la acción de masas fuera del parlamento reaccionario con una oposición simpatizante de la revolución (o mejor aún, que la apoya francamente) dentro de ese parlamento. Los holandeses y los "izquierdistas" en general razonan en este caso como unos doctrinarios de la revolución que nunca han tomado parte en una verdadera revolución o reflexionado sobre la historia de las revoluciones, o que toman ingenuamente "la negación" subjetiva de cierta institución reaccionaria por su destrucción efectiva mediante el conjunto de fuerzas de una serie de factores objetivos. El medio más seguro de desacreditar una nueva idea política (y no solamente política) y de perjudicarla consiste en llevarla hasta el absurdo con el pretexto de defenderla. Pues toda verdad, si se la hace "exorbitante" (como decía Dietzgen padre), si se la exagera y se extiende más allá de los límites en los que es realmente aplicable, puede ser llevada al absurdo y, en las condiciones señaladas, se convierte de manera infalible en un absurdo. Tal es el flaco servicio que prestan los izquierdistas de Holanda y Alemania a la nueva verdad de la superioridad del Poder soviético sobre los parlamentos democrático-burgueses. Como es natural, estaría en un error quien siguiera sosteniendo de un modo general la vieja afirmación de que abstenerse de participar en los parlamentos burgueses es inadmisible en todas las circunstancias. No puedo intentar formular aquí las condiciones en que es útil el boicot, ya que el objeto de este folleto es mucho más modesto: analizar la experiencia rusa en relación con algunas cuestiones actuales de la táctica comunista internacional. La experiencia rusa nos da una aplicación feliz y acertada (1905) y otra equivocada (1906) del boicot por los bolcheviques. Analizando el primer caso vemos: los bolcheviques consiguieron *impedir la convocatoria* del parlamento reaccionario por el poder reaccionario en un momento en que la acción revolucionaria extraparlamentaria de las masas (en particular las huelgas) crecía con excepcional rapidez, en que no había ni un solo sector del proletariado y del campesinado que pudiera apoyar en modo alguno el poder reaccionario, en que la influencia del proletariado revolucionario sobre las vastas masas atrasadas estaba asegurada por la lucha huelguística y el movimiento agrario. Es evidente a todas luces que *esta* experiencia es inaplicable a las condiciones europeas actuales. Y es también evidente a todas luces -en virtud de los argumentas expuestos más arriba- que la defensa, incluso condicional, de la renuncia a participar en los parlamentos, hecha por los holandeses y los "izquierdistas", es radicalmente falsa y nociva para la causa del proletariado revolucionario.

En Europa Occidental y en los Estados Unidos, el parlamento se ha hecho odioso en extremo a la vanguardia revolucionaria de la clase obrera. Es un hecho indiscutible. Y se comprende perfectamente, pues resulta difícil imaginarse mayor vileza, abyección y felonía que la conducta de la inmensa mayoría de los diputados socialistas y socialdemócratas en el parlamento durante la guerra y después de ella. Pero sería no sólo insensato, sino francamente criminal dejarse llevar por estos sentimientos al decidir la cuestión de *cómo* se debe luchar contra el mal universalmente reconocido. Puede decirse que, en muchos países de Europa Occidental, el estado de espíritu revolucionario es todavía una "novedad" o una "rareza" esperada demasiado tiempo, en vano y con impaciencia, debido a lo cual, probablemente, se deja con tanta facilidad que predomine. Como es natural, sin un estado de ánimo revolucionario de las masas y sin condiciones que favorezcan él desarrollo de dicho estado de ánimo, la táctica revolucionaria no se transformará en acción; pero en Rusia, una experiencia demasiado larga, dura y sangrienta nos ha convencido de que es imposible basarse exclusivamente en el estado de ánimo revolucionario para crear una táctica revolucionaria. La táctica debe ser elaborada teniendo en cuenta serenamente, con estricta objetividad, *todas* las fuerzas de clase del Estado de que se trate (y de los Estados que le rodean y de todos los Estados en escala mundial), así como la experiencia de los movimientos revolucionarios. Manifestar el "revolucionarismo" sólo con injurias al oportunismo parlamentario, sólo condenando la participación en los parlamentos, resulta facilísimo; pero precisamente porque es demasiado fácil no es la solución de un problema difícil, dificilísimo. En los parlamentos europeos es mucho más difícil que en Rusia crear una minoría parlamentaria verdaderamente revolucionaria. Desde luego. Pero esto no es sino una expresión parcial de la verdad general de que, en la situación concreta de 1917, extraordinariamente original desde el punto de vista histórico, a Rusia le fue fácil *empezar* la revolución socialista, pero *continuarla* y llevarla a término le será más difícil que a los países europeos. A comienzos de 1918 hube ya de indicar esta circunstancia, y la experiencia de los dos años transcurridos desde entonces ha venido a confirmar enteramente la justeza de tal consideración. Condiciones específicas como fueron: 1) la posibilidad de conjugar la revolución soviética con la terminación, gracias a ella, de la guerra imperialista, que había extenuado hasta lo indecible a los obreros y los campesinos; 2) la posibilidad de sacar provecho, durante cierto tiempo, de la lucha a muerte en que estaban enzarzados los dos grupos más poderosos de los tiburones imperialistas del mundo,

grupos que no podían coligarse contra el enemigo soviético; 3) la posibilidad de soportar una guerra civil relativamente larga, en parte por la extensión gigantesca del país y por sus malas comunicaciones; 4) la existencia entre los campesinos de un movimiento revolucionario democrático-burgués tan profundo que el partido del proletariado hizo suyas las reivindicaciones revolucionarias del partido de los campesinos (del partido socialista revolucionario, profundamente hostil, en su mayoría, al bolchevismo) y las realizó en el acto gracias a la conquista del poder político por el proletariado; tales condiciones específicas no existen hoy en Europa Occidental, y la repetición de estas condiciones o de otras análogas no es nada fácil. Por ello, entre otras razones, a Europa Occidental le es más difícil que a nosotros *comenzar* la revolución socialista. Tratar de "esquivar" esta dificultad "saltando" por encima del arduo problema de utilizar los parlamentos reaccionarios para fines revolucionarios es puro infantilismo. ¡Queréis crear una sociedad nueva y teméis la dificultad de crear una buena minoría parlamentaria de comunistas convencidos, abnegados y heroicos en un parlamento reaccionario! ¿Acaso no es esto infantilismo? Si Carlos Liebknecht en Alemania y Z. Höglund en Suecia han sabido, incluso sin el apoyo de las masas desde abajo, dar un ejemplo de utilización realmente revolucionaria de los parlamentos reaccionarios, ¡¿cómo es posible que un partido revolucionario de masas que crece rápidamente no pueda, en medio de las desilusiones y la ira de postguerra de las masas, *forjar* una minoría comunista en los peores parlamentos?! Precisamente porque las masas atrasadas de obreros y -más aún- de pequeños campesinos están mucho más imbuidas en Europa Occidental que en Rusia de prejuicios democrático-burgueses y parlamentarios, precisamente por eso, *sólo* en el seno de instituciones como los parlamentos burgueses pueden (y deben) los comunistas librar una lucha prolongada y tenaz, sin retroceder ante ninguna dificultad, para denunciar, desvanecer y superar dichos prejuicios.

Los "izquierdistas" alemanes se quejan de los malos "jefes" de su partido y caen en la desesperación, llegando a la ridiculez de "negar" a los "jefes". Pero en circunstancias que obligan con frecuencia a mantener a estos últimos en la clandestinidad, la *formación* de "jefes" buenos, seguros, probados y prestigiosos resulta particularmente difícil y *es imposible* vencer con éxito semejantes dificultades sin la combinación del trabajo legal con el ilegal, sin *hacer pasar a los "jefes", entre otras pruebas, también* por la del parlamento. La crítica -la más violenta, implacable e intransigente- debe dirigirse no contra el parlamentarismo o la acción parlamentaria, sino contra los jefes que no saben -y más aún contra los que *no quieren*- utilizar las elecciones parlamentarias y la tribuna parlamentaria a la manera revolucionaria, a la manera comunista. Sólo esta crítica -unida, naturalmente, a la expulsión de los jefes incapaces y a su sustitución por otros más capaces- constituirá una labor revolucionaria provechosa y fecunda, que educará simultáneamente a los "jefes", para que sean dignos de la clase obrera y de las masas trabajadoras, y a las masas, para que aprendan a orientarse como es debido en la situación política y a comprender las tareas, a menudo en extremo complejas y embrolladas, que se desprenden de semejante situación[161].

VIII. ¿Ningún compromiso?

En la cita del folleto de Francfort hemos visto el tono decidido con que los "izquierdistas" plantean esta consigna. Es triste ver cómo gentes que, indudablemente, se consideran marxistas y quieren serlo han olvidado las verdades fundamentales del marxismo. He aquí lo que decía Engels -quien, como Marx, pertenece a esa rarísima categoría de escritores cuyos trabajos importantes tienen una asombrosa profundidad de contenido en cada frase- contra el Manifiesto de los 33 comuneros blanquistas en 1874.

""...Somos comunistas" (decían en su manifiesto

[161] Han sido demasiado pocas las posibilidades que he tenido para conocer el comunismo "de izquierda" de Italia. Es indudable que el camarada Bordiga y su fracción de "comunistas boicoteadores" (Comunista astensionista) no están en lo cierto al defender la no participación en el parlamento. Pero hay un punto en el que, a mi juicio, tiene razón, por lo que puedo juzgar ateniéndome a dos números de su periódico *Il Soviet* (núms. 3 y 4 del 18/I y del 1/II de 1920), a cuatro números de la excelente revista del camarada Serrati *Comunismo* (núms. 1-4 1/X-30/XI de 1919) y a números sueltos de periódicos burgueses italianos que he podido ver. Precisamente el camarada Bordiga y su fracción tienen razón cuando atacan a Turati y sus partidarios, que están en un partido que reconoce el Poder de los Soviets y la dictadura del proletariado continúan siendo miembros del parlamento y prosiguen su vieja y dañina política oportunista. Es natural que, al tolerar esto, el camarada Serrati y todo el Partido Socialista Italiano incurren en un error tan preñado de grandes perjuicios y peligros como en Hungría donde los señores Turati húngaros sabotearon desde dentro el partido y el Poder de los Soviets. Esa actitud errónea, inconsecuente o falta de carácter con respecto a los parlamentarios oportunistas, de una parte, engendra el comunismo "de izquierda" y, de otra, justifica *hasta cierto punto* su existencia. Es evidente que el camarada Serrati no tiene razón al acusar de "inconsecuencia" al diputado Turati (*Comunismo*, núm. 3), pues el inconsecuente es, precisamente, el Partido Socialista Italiano, que tolera en su seno a oportunistas parlamentarios como Turati y compañía.

"*Il Soviet*": periódico del Partido Socialista Italiano; apareció de 1918 a 1920 en Nápoles.

"*Comunismo*": revista del Partido Socialista Italiano; salió de 1919 a 1923 en Milán.

los comuneros blanquistas), "porque queremos alcanzar nuestro fin sin detenernos en etapas intermedias y sin compromisos, que no hacen más que alejar el día de la victoria y prolongar el período de esclavitud".

"Los comunistas alemanes son comunistas porque, a través de todas las etapas intermedias y de todos los compromisos creados no por ellos, sino por la marcha del desarrollo histórico, ven con claridad y persiguen constantemente su objetivo final: la supresión de las clases y la creación de un régimen social en el que no habrá ya lugar para la propiedad privada de la tierra y de todos los medios de producción. Los 33 blanquistas son comunistas por cuanto se figuran que basta *su* deseo de saltar las etapas intermedias y los compromisos para que la cosa esté hecha, y que si -ellos lo creen firmemente- "estalla" uno de estos días y el poder cae en sus manos, el "comunismo será implantado" al día siguiente. Por tanto, si no pueden hacer esto inmediatamente, no son comunistas". .

"¡Qué pueril ingenuidad la de presentar la propia impaciencia como argumento teórico!"" (F. Engels. *Programa de los comuneros blanquistas*, en el periódico socialdemócrata alemán *Volksstaat*[162], 1874, núm. 73, incluido en la recopilación *Artículos de 1871-1875*, traducción rusa, Petrogrado, 1919, págs. 52-53).

Engels expresa en ese mismo artículo su profundo respeto por Vaillant y habla de los "méritos indiscutibles" de éste (que fue, como Guesde, uno de los jefes más destacados del socialismo internacional antes de su traición al socialismo en agosto de 1914). Pero Engels no deja de analizar con todo detalle su manifiesto error. Como es natural, los revolucionarios muy jóvenes e inexpertos, lo mismo que los revolucionarios pequeñoburgueses incluso de edad muy respetable y de gran experiencia, consideran extraordinariamente "peligroso", incomprensible y erróneo "autorizar los compromisos". Y muchos sofistas (como politicastros ultra o excesivamente "experimentados") razonan del mismo modo que los jefes del oportunismo inglés mencionados por el camarada Lansbury: "Si los bolcheviques se permiten tal o cual compromiso, ¿por qué no hemos de permitirnos nosotros cualquier compromiso?" Pero los proletarios educados por repetidas huelgas (para no considerar más que esta manifestación de la lucha de clases) asimilan habitualmente de un modo admirable la profundísima verdad (filosófica, histórica, política y psicológica) enunciada por Engels. Todo proletario conoce huelgas, conoce "compromisos" con los odiados opresores y explotadores, después de los cuales los obreros han tenido que volver al trabajo sin haber logrado nada o accediendo a la satisfacción parcial de sus reivindicaciones. Todo proletario, gracias al ambiente de lucha de masas y de acentuada agudización de los antagonismos de clase en que vive, observa la diferencia existente entre un compromiso impuesto por condiciones objetivas (pobreza de la caja de los huelguistas, que no cuentan con apoyo alguno, padecen hambre y están extenuados hasta lo indecible) -compromiso que en nada disminuye la abnegación revolucionaria ni la disposición a continuar la lucha de los obreros que lo han contraído- y, de otra parte, un compromiso de traidores que achacan a causas objetivas su vil egoísmo (¡también los esquiroles contraen "compromisos"!) su cobardía, su deseo de ganarse la buena disposición de los capitalistas, su falta de firmeza ante las amenazas y, a veces, ante las exhortaciones, las limosnas o los halagos de los capitalistas (estos compromisos de traidores son particularmente numerosos en la historia del movimiento obrero inglés por parte de los jefes de las tradeuniones, aunque, en una u otra forma, casi todos los obreros de todos los países han podido observar fenómenos análogos).

Es claro que se dan casos aislados extraordinariamente difíciles y complejos en que sólo realizando los mayores esfuerzos puede determinarse con exactitud el verdadero carácter de tal o cual "compromiso", del mismo modo que hay casos de homicidio en que no es nada fácil decidir si éste era absolutamente justo e incluso obligatorio (como, por ejemplo, en caso de legítima defensa) o bien efecto de un descuido imperdonable o incluso resultado de un plan perverso ejecutado con habilidad. Es indudable que en política, donde se trata a veces de relaciones nacionales e internacionales muy complejas entre las clases y los partidos, se registrarán numerosos casos mucho más difíciles que la cuestión de saber si un "compromiso" contraído con ocasión de una huelga es legítimo o se trata de una alevosía de un esquirol, de un jefe traidor, etc. Preparar una receta o una regla general (¡"ningún compromiso"!) para todos los casos es absurdo. Hay que tener la cabeza sobre los hombros para saber orientarse en cada caso particular. La importancia de poseer una organización de partido y jefes del mismo, dignos de este nombre, consiste precisamente, entre otras cosas, en llegar -mediante un trabajo prolongado, tenaz, múltiple y variado de todos los representantes de una clase determinada capaces de pensar[163]- a elaborar los conocimientos y

[162] "*Der Volksstaat*" ("*El Estado del Pueblo*"): periódico, órgano central de la socialdemocracia alemana; se publicó en Leipzig de 1869 a 1876 bajo la redacción de G. Liebknecht. Participaron en él C. Marx y F. Engels.

[163] Incluso en el país más culto, toda clase, aun la más avanzada y con más excepcional florecimiento de todas sus fuerzas espirituales en virtud de las circunstancias del momento, cuenta -y *contará* inevitablemente mientras las clases subsistan y la sociedad sin clases no esté afianzada,

la experiencia necesarios y, además de los conocimientos y la experiencia, la sagacidad política precisa para resolver pronto y bien las cuestiones políticas complejas.

Las gentes ingenuas y totalmente inexpertas se figuran que basta admitir los compromisos *en general* para que desaparezca toda línea divisoria entre el oportunismo, contra el que sostenemos y debemos sostener una lucha intransigente, y el marxismo revolucionario o comunismo. Pero a esas gentes, si todavía no saben que *todas* las líneas divisorias en la naturaleza y en la sociedad son variables y hasta cierto punto convencionales, se las puede ayudar únicamente por medio del estudio prolongado, la educación, la ilustración y la experiencia política y práctica. En las cuestiones prácticas de la política de cada momento particular o específico de la historia es importante saber distinguir aquellas en que se manifiestan los compromisos de la especie más inadmisible, los compromisos de traición, que encarnan un oportunismo funesto para la clase revolucionaria, y consagrar todos los esfuerzos a explicar su sentido y a luchar contra ellos. Durante la guerra imperialista de 1914-1918 entre dos grupos de países igualmente bandidescos y rapaces, el principal y fundamental de los oportunismos fue el que adoptó la forma de socialchovinismo, es decir, el apoyo de la "defensa de la patria", lo que equivalía de hecho, en *aquella* guerra, a la defensa de los intereses de rapiña de la "propia" burguesía. Después de la guerra fue la defensa de la expoliadora "Sociedad de las Naciones", la defensa de las alianzas directas o indirectas con la burguesía del propio país contra el proletariado revolucionario y el movimiento "soviético" y la defensa de la democracia y del parlamentarismo burgueses contra el "Poder de los Soviets". Tales fueron las manifestaciones principales de estos compromisos inadmisibles y traidores, que, en su conjunto, han terminado en un oportunismo funesto para el proletariado revolucionario y para su causa.

"...Rechazar del modo más categórico todo compromiso con los demás partidos… toda política de maniobra y conciliación",

dicen los izquierdistas de Alemania en el folleto de Francfort.

¡Es sorprendente que, con semejantes ideas, esos izquierdistas no condenen categóricamente el bolchevismo! ¡No es posible que los izquierdistas alemanes ignoren que toda la historia del bolchevismo, antes y después de la Revolución de Octubre, *está llena* de casos de maniobra, de acuerdos y de compromisos con otros partidos, incluidos los partidos burgueses!

Hacer la guerra para derrocar a la burguesía internacional, una guerra cien veces más difícil, prolongada y compleja que la más encarnizada de las guerras corrientes entre Estados, y renunciar de antemano a toda maniobra, a explotar los antagonismos de intereses (aunque sólo sean temporales) que dividen a nuestros enemigos, renunciar a acuerdos y compromisos con posibles aliados (aunque sean provisionales, inconsistentes, vacilantes, condicionales), ¿no es, acaso, algo indeciblemente ridículo? ¿No viene a ser eso como si en la difícil ascensión a una montaña inexplorada, en la que nadie hubiera puesto la planta, se renunciase de antemano a hacer a veces zigzags, a desandar a veces lo andado, a abandonar la dirección elegida al principio para probar otras direcciones? ¡¡Y gentes tan poco conscientes, tan inexpertas (y menos mal si la causa de ello es la juventud, autorizada por la providencia a decir semejantes tonterías durante cierto tiempo) han podido ser sostenidas directa o indirectamente, franca o encubiertamente, íntegra o parcialmente, poco importa, por algunos miembros del Partido Comunista Holandés!!

Después de la primera revolución socialista del proletariado, después del derrocamiento de la burguesía en un país, el proletariado del mismo sigue siendo *durante mucho tiempo más débil* que la burguesía, debido simplemente a las inmensas relaciones internacionales de ésta y en virtud de la restauración, del renacimiento espontáneo y continuo del capitalismo y de la burguesía por los pequeños productores de mercancías del país donde esta última ha sido derrocada. Sólo se puede vencer a un enemigo más poderoso poniendo en tensión todas las fuerzas y aprovechando *obligatoriamente* con el mayor celo, minuciosidad, prudencia y habilidad la menor "grieta" entre los enemigos, toda contradicción de intereses entre la burguesía de los distintos países, entre los diferentes grupos o categorías de la burguesía en el interior de cada país; hay que aprovechar asimismo las menores posibilidades de lograr un aliado de masas, aunque sea temporal, vacilante, inestable, poco seguro, condicional. El que no comprende esto, no comprende ni una palabra de marxismo ni de socialismo científico, contemporáneo, *en general*. El que no ha demostrado *en la práctica*, durante un intervalo de tiempo bastante considerable y en situaciones políticas bastante variadas, su habilidad para aplicar esta verdad en la vida, no ha aprendido todavía a ayudar a la clase revolucionaria en su lucha por liberar de los explotadores a toda la humanidad trabajadora. Y lo dicho es aplicable tanto al período *anterior* a la conquista del poder político por el proletariado como al *posterior*.

---

consolidada y desarrollada por completo sobre sus propios fundamentos- con representantes que *no* piensan y que son incapaces de pensar. El capitalismo no seria el capitalismo opresor de las masas si no ocurriera así.

Nuestra teoría, decían Marx y Engels[164], no es un dogma, sino *una guía para la acción*, y el gran error, el inmenso crimen de marxistas "patentados" como Carlos Kautsky, Otto Bauer y otros consiste en no haber entendido esto, en no haber sabido aplicarlo en los momentos más importantes de la revolución proletaria. "La acción política no se parece en nada a la acera de la avenida Nevski" (la acera limpia, ancha y lisa de la calle principal de Petersburgo, absolutamente recta), decía ya N. G. Chernyshevski, el gran socialista ruso del período premarxista. Desde la época de. Chernyshevski, los revolucionarios rusos han pagado con innumerables víctimas el hacer caso omiso u olvidar esta verdad. Hay que conseguir a toda costa que los comunistas de izquierda y los revolucionarios de Europa Occidental y de América fieles a la clase obrera paguen *menos cara* que los atrasados rusos la asimilación de esta verdad.

Los socialdemócratas revolucionarios de Rusia aprovecharon repetidas veces antes de la caída del zarismo los servicios de los liberales burgueses, es decir, concluyeron con ellos innumerables compromisos prácticos, y en 1901-1902, antes incluso del nacimiento del bolchevismo, la antigua redacción de *Iskra* (de la que formábamos parte Plejánov, Axelrod, Zasúlich, Mártov, Potrésov y yo) concertó (es cierto que no por mucho tiempo) una alianza política formal con Struve, jefe político del liberalismo burgués, sin dejar de sostener a la vez la lucha ideológica y política más implacable contra el liberalismo burgués y contra las menores manifestaciones de su influencia en el seno del movimiento obrero. Los bolcheviques practicaron siempre esa misma política. Desde 1905 defendieron sistemáticamente la alianza de la clase obrera con los campesinos contra la burguesía liberal y el zarismo, sin negarse nunca, al mismo tiempo, a apoyar a la burguesía contra el zarismo (por ejemplo, en la segunda etapa de las elecciones o en las segundas vueltas electorales) y sin interrumpir la lucha ideológica y política más intransigente contra el partido campesino revolucionario burgués, los "socialistas revolucionarios", los cuales eran denunciados como demócratas pequeñoburgueses que se incluían falsamente entre los socialistas. En 1907, los bolcheviques constituyeron, por poco tiempo, un bloque político formal con los "socialistas revolucionarios" para las elecciones a la Duma. Con los mencheviques hemos estado formalmente durante varios años, desde 1903 a 1912, en un partido socialdemócrata único, sin interrumpir jamás la lucha ideológica y política contra ellos como portadores de la influencia burguesa en el seno del proletariado y como oportunistas. Durante la guerra concertamos una especie de compromiso con los "kautskianos", los mencheviques de izquierda (Mártov) y una parte de los "socialistas revolucionarios" (Chernov, Natansón). Asistimos con ellos a las conferencias de Zimmerwald y Kienthal[165] y lanzamos manifiestos conjuntos, pero nunca interrumpimos ni atenuamos la lucha política e ideológica contra los "kautskianos", contra Mártov y Chernov (Natansón murió en 1919 siendo un "comunista revolucionario"-populista muy afín a nosotros y casi solidario nuestro). En el mismo momento de la Revolución de Octubre concertamos un bloque político, no formal, pero muy importante (y muy eficaz) con el campesinado pequeñoburgués, aceptando *íntegro*, sin el menor cambio, el programa agrario de los *eseristas*, es decir, contrajimos un compromiso indudable para probar a los campesinos que no queríamos imponernos, sino llegar a un acuerdo con ellos. Al mismo tiempo, propusimos a los "eseristas de izquierda" (y poco después lo realizamos) un bloque político formal, con la participación en el Gobierno, bloque que ellos rompieron después de la paz de Brest, llegando en julio de 1918 a la insurrección armada y más tarde a la lucha armada contra nosotros.

Es fácil comprender, por consiguiente, que los ataques de los izquierdistas alemanes al Comité Central del Partido Comunista de Alemania por admitir la idea de un bloque con los "independientes" ("Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania", los kautskianos) nos parezcan carentes de seriedad y veamos en ellos una demostración evidente de la *posición errónea* de los "izquierdistas". En Rusia había también mencheviques de derecha (que entraron en el Gobierno de Kerenski), equivalentes a los Scheidemann de Alemania, y mencheviques de izquierda (Mártov), que se hallaban en oposición a los mencheviques de derecha y equivalían a los kautskianos alemanes. En 1917 observamos claramente el paso gradual de las masas obreras de los mencheviques a los bolcheviques. En el I Congreso de los Soviets de toda Rusia, celebrado en junio de dicho año, teníamos un 13% de los votos. La mayoría pertenecía a los eseristas y a los mencheviques. En el II Congreso de los Soviets (25 de octubre de 1917, según el viejo calendario) teníamos el 51% de los sufragios. ¿Por qué en Alemania una tendencia *igual*, absolutamente *idéntica*, de los obreros a pasar de la derecha a la izquierda ha conducido no al fortalecimiento inmediato, de los comunistas, sino en un comienzo, al del partido intermedio de los "independientes", aunque este partido no haya tenido jamás ninguna idea política independiente y ninguna política

[164] Lenin alude al pasaje de la carta de F. Engels a F. Sorge fechada el 29 de noviembre de 1886, en el que Engels, criticando a los socialdemócratas alemanes emigrados residentes en América, dice que, para ellos, la teoría "es un dogma y no una guía para la acción".

[165] Se alude a las conferencias socialistas internacionales de los internacionalistas, que se celebraron en Zimmerwald y Kienthal.

independiente, ni haya hecho otra cosa que vacilar entre Scheidemann y los comunistas?

Es indudable que una de las causas ha sido la táctica *errónea* de los comunistas alemanes, los cuales deben reconocer su error honradamente y sin temor y aprender a corregirlo. El error ha consistido en negarse a participar en el parlamento reaccionario, burgués, y en los sindicatos reaccionarios; el error ha consistido en múltiples manifestaciones de esta enfermedad infantil del "izquierdismo", que ahora se ha exteriorizado y que gracias a ello será curada mejor, más pronto y con mayor provecho para el organismo.

El "Partido Socialdemócrata Independiente" alemán carece visiblemente de homogeneidad: al lado de los antiguos jefes oportunistas (Kautsky, Hilferding y, por lo que se ve, en gran parte Crispien, Ledebour y otros), que han demostrado su incapacidad para comprender la significación del Poder soviético y de la dictadura del proletariado y para dirigir la lucha revolucionaria de este último, en dicho partido se ha formado y crece con singular rapidez una ala izquierda, proletaria. Cientos de miles de miembros del partido -que tiene, al parecer, unos 750.0.00 afiliados- son proletarios que se alejan de Scheidemann y caminan a grandes pasos hacia el comunismo. Esta ala proletaria propuso ya en el Congreso de los "independientes", celebrado en Leipzig en 1919, la adhesión inmediata e incondicional a la III Internacional. Temer un "compromiso" con esa ala del partido es sencillamente ridículo. Al contrario, para los comunistas *es obligatorio* buscar *y encontrar* una forma adecuada de compromiso con ella, que permita, por una parte, facilitar y apresurar la fusión completa y necesaria con la misma y, por otra, que no cohíba en nada a los comunistas en su lucha ideológica y política contra el ala derecha, oportunista, de los "independientes". Es probable que no resulte fácil elaborar una forma adecuada de compromiso, pero sólo un charlatán podría prometer a los obreros y a los comunistas alemanes un camino "fácil" para alcanzar la victoria.

El capitalismo dejaría de ser capitalismo si el proletariado "puro" no estuviese rodeado de una masa abigarradísima de elementos que señalan la transición del proletario al semiproletario (el que obtiene una mitad de sus medios de existencia vendiendo su fuerza de trabajo), del semiproletario al pequeño campesino (y al pequeño artesano, al obrero a domicilio, al pequeño patrono en general), del pequeño campesino al campesino medio, etc., y si en el seno mismo del proletariado no hubiera sectores de un desarrollo mayor o menor, divisiones de carácter territorial, profesional, a veces religioso, etc. De todo esto se desprende imperiosamente la necesidad -una necesidad absoluta- para la vanguardia del proletariado, para su parte consciente, para el Partido Comunista, de recurrir a la maniobra, a los acuerdos, a los compromisos con los diversos grupos proletarios, con los diversos partidos de los obreros y de los pequeños patronos. Toda la cuestión, consiste en *saber* aplicar esta táctica para *elevar*, y no para rebajar, el nivel *general* de conciencia, de espíritu revolucionario y de capacidad de lucha y de victoria del proletariado. Es preciso anotar, entre otras cosas, que la victoria de los bolcheviques sobre los mencheviques exigió no sólo antes de la Revolución de Octubre de 1917, *sino también después de ella* la aplicación de una táctica de maniobras, de acuerdos, de compromisos, aunque de tal naturaleza, claro es, que facilitaban y apresuraban la victoria de los bolcheviques y consolidaban y fortalecían a éstos a costa de los mencheviques. Los demócratas pequeñoburgueses (incluidos los mencheviques) vacilaban inevitablemente entre la burguesía y el proletariado, entre la democracia burguesa y el régimen soviético, entre el reformismo y el revolucionarismo, entre el amor a los obreros y el miedo a la dictadura del proletariado, etc. La táctica acertada de los comunistas debe consistir en *utilizar* estas vacilaciones y no, en modo alguno, en desdeñarlas; para utilizarlas hay que hacer concesiones a los elementos que se inclinan hacia el proletariado -en el caso y en la medida exacta en que lo hacen- y, al mismo tiempo, luchar contra los elementos que se inclinan hacia la burguesía. Debido a que seguimos una táctica acertada, el menchevismo se ha ido descomponiendo y se descompone más y más en nuestro país; dicha táctica ha ido aislando a los jefes obstinados en el oportunismo y trayendo a nuestro campo a los mejores obreros, a los mejores elementos de la democracia pequeñoburguesa. Se trata de un proceso largo, y las "soluciones" fulminantes tales como "ningún compromiso, ninguna maniobra" sólo pueden dificultar el crecimiento de la influencia del proletariado revolucionario y el aumento de sus fuerzas.

En fin, uno de los errores indudables de los "izquierdistas" de Alemania consiste en su insistencia rectilínea en no reconocer el Tratado de Versalles. Cuanto mayores son "el aplomo" y "la importancia", el tono "categórico" y sin apelación con que formula este punto de vista, por ejemplo, C. Horner, menos inteligente resulta. No basta con renegar de las indignantes necedades del "bolchevismo nacional" (Lauffenberg y otros), que, en las condiciones actuales de la revolución proletaria internacional, ha llegado hasta a hablar de la formación de un bloque con la burguesía alemana para la guerra contra la Entente. Debe comprenderse que es absolutamente errónea la táctica que niega la obligación de Alemania Soviética (si surgiese pronto una república soviética alemana) de reconocer por cierto tiempo el Tratado de Versalles y someterse a él. De esto no se deduce que los "independientes" tuvieran razón al

reclamar la firma del Tratado de Versalles *en las condiciones existentes entonces*, cuando en el Gobierno se hallaban los Scheidemann, no había sido todavía derribado el Poder soviético en Hungría y no estaba excluida aún la posibilidad de una ayuda de la revolución soviética en Viena para apoyar a la Hungría Soviética. En aquel momento, los "independientes" maniobraron muy mal, pues asumieron una responsabilidad mayor o menor por los traidores tipo Scheidemann y se desviaron más o menos del punto de vista de la lucha de clases implacable (y fríamente razonada) contra los Scheidemann para colocarse "fuera" o "por encima" de las clases.

Pero la situación actual es de tal naturaleza, que los comunistas alemanes no deben atarse las manos y prometer la renuncia obligatoria e indispensable al Tratado de Versalles en caso de triunfar el comunismo. Eso sería una tontería. Hay que decir: los Scheidemann y los kautskianos han cometido una serie de traiciones que han dificultado (y en parte hecho fracasar) la alianza con la Rusia Soviética y con la Hungría Soviética. Nosotros, los comunistas procuraremos por todos los medios *facilitar y preparar* esa alianza; en cuanto a la paz de Versalles, no estamos obligados en modo alguno a rechazarla a toda costa y, además, de modo inmediato. La posibilidad de rechazarla con eficacia depende de los éxitos del movimiento soviético no sólo en Alemania, sino también en la arena internacional. Este movimiento ha sido obstaculizado por los Scheidemann y los kautskianos; nosotros lo favorecemos. Ahí reside el fondo de la cuestión, la diferencia radical. Y si nuestros enemigos de clase, los explotadores, y sus lacayos, los Scheidemann y los kautskianos, han dejado escapar una serie de posibilidades de fortalecer el movimiento soviético alemán e internacional y la revolución soviética alemana e internacional, la culpa es de ellos. La revolución soviética en Alemania vigorizará el movimiento soviético internacional, que es el reducto más fuerte (y el único seguro, invencible y de potencia universal) contra el Tratado de Versalles y contra el imperialismo mundial en general. Colocar obligatoriamente en primer plano, a toda costa y en seguida la liberación del Tratado de Versalles, *antes que la cuestión* de liberar del yugo imperialista a los *demás* países oprimidos por el imperialismo, es una manifestación de nacionalismo pequeñoburgués (digno de los Kautsky, Hilferding, Otto Bauer y Cía.), pero no de internacionalismo revolucionario. El derrocamiento de la burguesía en cualquiera de los grandes países europeos, incluida Alemania, es un acontecimiento tan favorable para la revolución internacional que, en aras del mismo, se puede y se debe aceptar, si ello es necesario, *una existencia más prolongada del Tratado de Versalles*. Si Rusia ha podido resistir sola durante varios meses con provecho para la revolución el Tratado de Brest, no es ningún imposible que la Alemania Soviética, aliada con la Rusia Soviética, pueda soportar más tiempo con provecho para la revolución el Tratado de Versalles.

Los imperialistas de Francia, Inglaterra, etc., provocan a los comunistas alemanes, tendiéndoles este lazo: "Decid que no firmaréis el Tratado de Versalles". Y los comunistas "de izquierda" caen como niños en el lazo que les han tendido, en vez de maniobrar con destreza contra un enemigo pérfido y, *en el momento actual*, más fuerte, en vez de decirle: "Ahora firmaremos el Tratado de Versalles". Atarnos las manos con antelación, declarar abiertamente al enemigo, hoy mejor armado que nosotros, si vamos a luchar contra él y en qué momento, es una tontería y no tiene nada de revolucionario. Aceptar el combate cuando es manifiestamente ventajoso al enemigo y no a nosotros constituye un crimen, y para nada sirven los políticos de la clase revolucionaria que no saben "maniobrar", que no saben concertar "acuerdos y compromisos" a fin de rehuir un combate desfavorable a ciencia cierta.

IX. El comunismo "de izquierda" en Inglaterra

En Inglaterra no existe todavía el Partido Comunista, pero entre los obreros se advierte un movimiento comunista joven, extenso, potente, que crece con rapidez y permite albergar las más radiantes esperanzas. Hay algunos partidos y organizaciones políticas ("Partido Socialista Británico"[166], "Partido Socialista Obrero", "Sociedad

[166] El *Partido Socialista Británico* ("*British Socialist Party*") fue fundado en 1911 en Manchester debido a la fusión del Partido Socialdemócrata con otros grupos socialistas. El Partido Socialista Británico desplegó la agitación en el espíritu de las ideas del marxismo y fue un partido "no oportunista, *realmente* independiente de los liberales" (V. I. Lenin, *Obras*, 5ª cd. en ruso, t. 23, pág. 344). El escaso número de miembros y su débil ligazón con las masas le imprimían cierto carácter sectario.
Durante la guerra imperialista mundial de 1914 a 1918, en el partido se desplegó una enconada lucha entre la corriente internacionalista (A. Inkpin, T. Rothstein, J. Maclean, W. Gallacher y otros) y la socialchovinista, encabezada por Hyndman. Dentro de la corriente internacionalista había elementos inconsecuentes que mantenían una posición centrista respecto a algunas cuestiones.
En febrero de 1916 un grupo de políticos del Partido Socialista Británico fundó el periódico *The Call*, que desempeñó un importante papel en la cohesión de los internacionalistas. La conferencia anual del Partido Socialista Británico, que se celebró en abril de 1916 en Salford, condenó la posición socialchovinista de Hyndman y sus adeptos, y éstos salieron del partido.
El Partido Socialista Británico saludó la Gran Revolución Socialista de Octubre. Los miembros del Partido Socialista Británico desempeñaron gran papel en el movimiento de

Socialista del Sur de Gales", "Federación Socialista Obrera"[167]) que desean fundar el Partido Comunista y sostienen para ello negociaciones entre sí. El periódico *Workers Dreadnought* (1. VI, núm. 48 del 21-11-1920), órgano semanal de la última de las organizaciones mencionadas, dirigido por la camarada Sylvia Pankhurst, ha insertado un artículo de ésta, titulado *Hacia el Partido Comunista*. Se expone en él la marcha de las negociaciones entre las cuatro organizaciones citadas para constituir un Partido Comunista único sobre la base de la adhesión a la III Internacional y del reconocimiento, en vez del parlamentarismo, del sistema soviético y de la dictadura del proletariado. Resulta que uno de los principales obstáculos para crear inmediatamente un Partido Comunista único es la falta de unanimidad en lo que se refiere a la participación en el parlamento y a la adhesión del nuevo Partido Comunista al viejo "Partido Laborista" oportunista, socialchovinista y profesionalista, integrado de modo predominante por tradeuniones. La "Federación Socialista Obrera" y el "Partido Socialista Obrero"[168] se pronuncian contra la participación en las elecciones parlamentarias y en el parlamento y contra la adhesión al "Partido Laborista", discrepando en esto de todos o de la mayoría de los miembros del Partido Socialista Británico, al que consideran "el ala derecha de los Partidos Comunistas" en Inglaterra (pág. 5, artículo mencionado de Sylvia Pankhurst).

La división fundamental es, pues, la misma que en Alemania, a pesar de las enormes diferencias de forma en que se manifiestan las divergencias (en Alemania esta forma se parece mucho más "a la rusa" que en Inglaterra) y de otras muchas circunstancias. Examinemos los argumentos de los "izquierdistas".

Al hablar de la participación en el parlamento, la camarada Sylvia Pankhurst alude a una carta a la redacción del camarada G. Gallacher, publicada en el mismo número, quien en nombre del "Consejo Obrero de Escocia", de Glasgow, escribe:

"Este Consejo es definidamente antiparlamentario y se halla sostenido por el ala izquierda de varias organizaciones políticas. Representamos el movimiento revolucionario en Escocia, que aspira a crear una organización revolucionaria en las industrias (en las diversas ramas de la producción) y un Partido Comunista, basado en comités sociales, en todo el país. Durante mucho tiempo hemos regañado con los parlamentarios oficiales. No hemos considerado necesario declararles abiertamente la guerra y ellos *temen* iniciar el ataque contra nosotros.

Pero semejante estado de cosas no puede prolongarse mucho. Nosotros triunfamos en toda línea.

Los miembros de filas del Partido Laborista Independiente de Escocia sienten una repugnancia cada vez mayor por la idea del parlamento, y casi todos los grupos locales son partidarios de los Soviets (en la trascripción inglesa se emplea el término ruso) o Consejos Obreros. Indudablemente, esto tiene una importancia considerable para los señores que consideran la política como un medio de vida (como una profesión) y ponen en juego todos los procedimientos para persuadir a sus miembros de que vuelvan atrás, al seno del parlamentarismo. Los camaradas revolucionarios *no deben* (los subrayados son en todas partes del autor) sostener a esta banda. Nuestra lucha será en este terreno muy difícil. Uno de sus peores rasgos consistirá en la traición de aquellos para quienes la ambición personal es un motivo de más fuerza que su interés por la revolución. Cualquier apoyo al parlamentarismo equivale a contribuir a que el poder caiga en manos de nuestros Scheidemann y Noske británicos. Henderson, Clynes y compañía son unos

los trabajadores ingleses en defensa de la Rusia Soviética contra la intervención extranjera. En 1919 la mayoría de las organizaciones locales del partido (98 contra 4) se pronunció por el ingreso en la Internacional Comunista. El Partido Socialista Británico desempeñó, junto con el Grupo Comunista de Unidad, el principal papel en la fundación del Partido Comunista de Gran Bretaña. En el primer Congreso de Unificación, que se celebró en 1920, la inmensa mayoría de las organizaciones del Partido Socialista Británico ingresó en el Partido Comunista.

[167] *Partido Socialista Obrero* ("*Socialist Labour Party*"): organización marxista revolucionaria fundada en 1903 en Escocia por un grupo de socialdemócratas de izquierda, escoceses en su mayoría, de la Federación Socialdemócrata.

Sociedad Socialista del Sur de Gales ("*South Wales Socialist Society*"): pequeño grupo de mineros revolucionarios, casi todos de Gales. Esta sociedad nació con el movimiento por la reforma minera, movimiento que se intensificó notablemente en vísperas de la primera guerra mundial.

Federación Socialista Obrera ("*Workers Socialist Federation*"): organización poco numerosa fundada en mayo de 1918 sobre la base de la "Sociedad de defensa de los derechos electorales de la mujer" e integrada principalmente por mujeres.

Al fundarse el Partido Comunista de Gran Bretaña (el Congreso Constituyente se celebró del 31 de julio al 1 de agosto de 1920), que incluyó en su programa los puntos de la participación del mismo en las elecciones parlamentarias y de su ingreso en el Partido Laborista, las organizaciones mencionadas se negaron a ingresar en el Partido Comunista. En enero de 1921 la Sociedad Socialista de Gales del Sur y la Federación Socialista Obrera, que adoptó a esta sazón el nombre de "Partido Comunista. (Sección británica de la III Internacional)", se unificaron con el Partido Comunista de Gran Bretaña. Los dirigentes del Partido Obrero Socialista renunciaron a la unificación.

[168] Al parecer, este partido se opone a la adhesión al "Partido Laborista", pero no todos sus miembros son contrarios a la participación en el parlamento.

reaccionarios incurables. El Partido Laborista Independiente oficial cae, cada vez más, bajo el control de los liberales burgueses, que han hallado un refugio espiritual en el campo de los señores MacDonald, Snowden y compañía. El Partido Laborista Independiente oficial es violentamente hostil a la III Internacional, pero la masa es partidaria de ella. Sostener, sea como sea, a los parlamentarios oportunistas significa simplemente hacer el juego a esos señores. El Partido Socialista Británico no significa nada... Lo que se necesita es una buena organización revolucionaria industrial y un Partido Comunista que actúe sobre bases claras, bien definidas, científicas. Si nuestros camaradas pueden ayudarnos a crear lo uno y lo otro aceptaremos gustosos su concurso; si no pueden, por Dios, que no se mezclen en ello, si no quieren traicionar la revolución apoyando a los reaccionarios, que con tanto celo, tratan de adquirir el "honorable" (?) (la interrogación es del autor) titulo de parlamentario y que arden en deseos de demostrar que *son capaces de gobernar* tan bien como los mismos "amos", los políticos de clase".

Esta carta a la redacción expresa de manera admirable, a mi juicio, el estado de ánimo y el punto de vista de los comunistas jóvenes o de los obreros de la masa que sólo comienzan a llegar al comunismo. Este estado de ánimo es altamente consolador y valioso; es preciso saber apreciarlo y sostenerlo, porque sin él habría que desesperar de la victoria de la revolución proletaria en Inglaterra (y en cualquier otro país). Hay que conservar cuidadosamente y ayudar con toda solicitud a los hombres que saben expresar ese estado de ánimo de las masas y suscitarlo (pues muy a menudo yace oculto, inconsciente, sin despertarse). Mas, al mismo tiempo, es menester decirles clara y sinceramente que ese espíritu *por si solo* es insuficiente para dirigir a las masas en la gran lucha revolucionaria, y que estos o los otros errores en que pueden incurrir o incurren los hombres más fieles a la causa revolucionaria son susceptibles de perjudicarla. La carta dirigida a la redacción por el camarada Gallacher muestra de un modo indudable el germen de *todos* los errores que cometen los comunistas "de izquierda" alemanes y en que incurrieron los bolcheviques "de izquierda" rusos en 1908 y 1918.

El autor de la carta está imbuido del más noble odio proletario a los "políticos de clase" de la burguesía (odio comprensible y entrañable, por otra parte, no sólo a los proletarios, sino a todos los trabajadores, a todas las "pequeñas gentes", para emplear la expresión alemana). Este odio de un representante de las masas oprimidas y explotadas es, a decir verdad, el "principio de toda sabiduría", la base de todo movimiento socialista y comunista y de sus éxitos. Pero el autor no tiene en cuenta, por lo visto, que la política es una ciencia y un arte que no caen del cielo, que no se obtienen gratis, y que si el proletariado quiere vencer a la burguesía, debe formar *sus* "políticos de clase", proletarios, y de talla tal que no sean inferiores a los políticos burgueses.

El autor ha comprendido de manera admirable que no es el parlamento, sino sólo los Soviets obreros los que pueden constituir el instrumento necesario del proletariado para conseguir sus objetivos. Y, naturalmente, quien hasta ahora no haya comprendido esto es el peor de los reaccionarios, aunque sea el hombre más ilustrado, el político más experto, el socialista más sincero, el marxista más erudito, el ciudadano y padre de familia más honrado. Pero hay una cuestión que el autor no plantea ni piensa siquiera que sea necesario plantear; la de si se puede conducir a los Soviets a la victoria sobre el parlamento sin hacer que los políticos "soviéticos" *entren* en este último, sin descomponer el parlamentarismo *desde dentro*, sin preparar en el interior del parlamento el éxito de los Soviets en el cumplimiento de su tarea de acabar con el parlamento. Sin embargo, el autor expresa una idea absolutamente justa al decir que el Partido Comunista Inglés debe actuar sobre bases *científicas*. La ciencia exige, en primer lugar, que se tenga en cuenta la experiencia de los demás países, sobre todo si esos países, también capitalistas, pasan o han pasado hace poco por una experiencia muy parecida; en segundo lugar, exige que se tengan en cuenta *todas* las fuerzas, *todos* los grupos, partidos, clases y masas que actúan en el interior del país dado en vez de determinar la política basándose únicamente en los deseos y opiniones, en el grado de conciencia y de preparación para la lucha de un solo grupo o partido.

Es cierto que los Henderson, los Clynes, los MacDonald y los Snowden son unos reaccionarios incurables. Y no lo es menos que quieren tomar el poder (aunque prefieren la coalición con la burguesía), que quieren "gobernar" de acuerdo con las rancias normas burguesas y que, una vez en el poder, se conducirán inevitablemente como los Scheidemann y los Noske. Todo ello es verdad; pero de esto no se deduce, ni mucho menos, que apoyarles equivalga a traicionar la revolución, sino que, en interés de ésta, los revolucionarios de la clase obrera deben conceder a dichos señores cierto apoyo parlamentario. Para aclarar esta idea tomaré dos documentos políticos ingleses de actualidad: 1) el discurso pronunciado por el primer ministro Lloyd George el 18 de marzo de 1920 (según el texto del *The Manchester Guardian*[169] del 19 del mismo mes) y 2) los razonamientos de una comunista "de izquierda", la camarada Sylvia Pankhurst, en el

[169] "*The Manchester Guardian*" ("*El Guardián de Manchester*"): periódico burgués inglés; aparece desde 1821 en la ciudad de Manchester.

artículo citado más arriba.

Lloyd George polemiza en su discurso con Asquith (que había sido invitado especialmente a la reunión, pero que se negó a asistir) y con aquellos liberales que quieren una aproximación al Partido Laborista y no la coalición con los conservadores. (En la carta dirigida a la redacción por el camarada Gallacher hemos visto también una alusión al paso de algunos liberales al Partido Laborista Independiente.) Lloyd George demuestra que es necesaria una coalición de los liberales con los conservadores, e incluso una coalición *estrecha*, pues de otro modo puede alcanzar la victoria el Partido Laborista, que Lloyd George "prefiere llamar" socialista y que aspira a "la propiedad colectiva" de los medios de producción. "En Francia esto se llamaba comunismo" -explica en un lenguaje popular el jefe de la burguesía inglesa a sus oyentes, miembros del Partido Liberal parlamentario, que, seguramente, lo ignoraban hasta entonces-; "en Alemania se llamaba socialismo; en Rusia se llama bolchevismo". Para los liberales esto es inadmisible por principio, aclara Lloyd George, pues los liberales son por principio defensores de la propiedad privada. "La civilización esta en peligro", declara el orador, por lo cual deben unirse los liberales y los conservadores...

"...Si vais a los distritos agrícolas -dice Lloyd George-, lo reconozco, veréis conservadas las antiguas divisiones de partido. Allí está lejos el peligro, allí no existe. Pero cuando el peligro llegue allí, será tan grande como lo es hoy en algunos distritos industriales. Las cuatro quintas partes de nuestro país se dedican a la industria y al comercio; sólo una quinta parte escasa vive de la agricultura. He ahí una de las circunstancias que tengo siempre presente cuando reflexiono sobre los peligros con que nos amenaza el porvenir. En Francia, la población es agrícola y constituye por eso una base sólida de determinadas opiniones, base que no cambia tan rápidamente y que no es sencillo excitar por el movimiento revolucionario. En nuestro país la cosa es distinta. Nuestro país es menos estable que ningún otro en el mundo, y si empieza a vacilar, la catástrofe será aquí, en virtud de las razones indicadas, más fuerte que en los demás países".

El lector puede apreciar por estas citas que el señor Lloyd George no sólo es un hombre muy inteligente, sino que, además, ha aprendido mucho de los marxistas. Tampoco nosotros haríamos mal en aprender de Lloyd George.

Es interesante asimismo señalar el siguiente episodio de la discusión que tuvo lugar después del discurso de Lloyd George:

"*G. Wallace*: Quisiera preguntar cómo considera el primer ministro los resultados de su política en los distritos industriales en lo que se refiere a los obreros fabriles, muchos de los cuales son hoy liberales y nos prestan un apoyo tan grande. ¿No puede preverse un resultado que provoque un aumento enorme de la fuerza del Partido Laborista por parte de estos mismos obreros que nos apoyan hoy sinceramente?

El Primer ministro: Tengo una opinión completamente distinta. El hecho de que los liberales luchen entre sí empuja, sin duda, a un número muy considerable de ellos, llevados por la desesperación, hacia las filas del Partido Laborista, donde hay bastantes liberales muy capaces que se ocupan hoy de desacreditar al Gobierno. El resultado, evidentemente, es un movimiento importante de la opinión pública en favor del Partido Laborista. La opinión pública se inclina no hacia los liberales que están fuera del Partido Laborista, sino hacia éste, como lo muestran las segundas vueltas parciales en las elecciones".

Digamos de paso que tales razonamientos prueban de modo singular hasta qué punto se han embrollado y no pueden dejar de cometer irreparables desatinos los hombres más inteligentes de la burguesía. Esto es lo que la hará perecer. Nuestros camaradas pueden incluso hacer tonterías (a condición, es verdad, de que no sean muy considerables y sé las repare a tiempo) y, sin embargo, acabarán por triunfar.

El segundo documento político son las siguientes consideraciones de la comunista "de izquierda" camarada Sylvia Pankhurst:

"...El camarada Inkpin (secretario del Partido Socialista Británico) denomina al Partido Laborista "la organización principal del movimiento de la clase obrera". Otro camarada del Partido Socialista Británico ha expresado todavía con mayor relieve el punto de vista de este partido en la Conferencia de la III Internacional. "Consideramos al Partido Laborista -ha dicho- como la clase obrera organizada".

No compartimos esta opinión sobre el Partido Laborista. Este es muy importante desde el punto de vista numérico, aunque sus miembros son, en parte muy considerable, inertes y apáticos; se trata de obreros y obreras que han entrado en las tradeuniones porque sus compañeros de taller son tradeunionistas y porque desean recibir subsidios.

Pero reconocemos que la importancia numérica del Partido Laborista obedece también al hecho de que dicho partido es obra de una escuela de pensamiento cuyos límites no ha sobrepasado aún la mayoría de la clase obrera británica, aunque se preparan grandes cambios en la mentalidad del pueblo, que modificará pronto semejante situación..."

"...El Partido Laborista Británico, como las organizaciones socialpatriotas de los demás países, llegará inevitablemente al poder por el curso natural del desarrollo social. El deber de los comunistas

consiste en organizar las fuerzas que derribarán a los socialpatriotas, y en nuestro país no debemos retardar esta acción ni vacilar.

No debemos dispersar nuestras energías aumentando las fuerzas del Partido Laborista; su advenimiento al poder es inevitable. Debemos concentrar nuestras fuerzas en la creación de un movimiento comunista que venza a ese partido. Dentro de poco, el Partido Laborista formará Gobierno; la oposición revolucionaria debe estar preparada para emprender el ataque contra él..."

Así, pues, la burguesía liberal renuncia al sistema de los "dos partidos" (de los explotadores), consagrado a lo largo de la historia por una experiencia secular y extraordinariamente provechoso para los explotadores, considerando necesaria la unión de sus fuerzas a fin de luchar contra el Partido Laborista. Una parte de los liberales, como ratas de un navío que se hunde, corren hacia el Partido Laborista. Los comunistas de izquierda consideran inevitable el paso del poder a manos del Partido Laborista y reconocen que la mayor parte de los obreros está hoya favor de dicho partido. De todo esto sacan la extraña conclusión que la camarada Sylvia Pankhurst formula del siguiente modo:

"El Partido Comunista no debe contraer compromisos... Debe conservar pura su doctrina e inmaculada su independencia frente al reformismo; su misión es ir en vanguardia, sin detenerse ni desviarse de su camino, avanzar en línea recta hacia la revolución comunista".

Al contrario, del hecho de que la mayoría de los obreros de Inglaterra siga todavía a los Kerenski o a los Scheidemann ingleses, de que no haya conocido aún la experiencia de un Gobierno formado por esos hombres -experiencia que ha sido necesaria tanto en Rusia como en Alemania para que los obreros pasaran en masa al comunismo- se deduce de modo indudable que los comunistas ingleses *deben* participar en el parlamentarismo, deben ayudar a la masa obrera *desde dentro* del parlamento a ver en la práctica los resultados del Gobierno de los Henderson y los Snowden, deben ayudar a los Henderson y a los Snowden a vencer a la coalición de Lloyd George y Churchill. Proceder de otro modo significa dificultar la obra de la revolución, pues si no se produce un cambio en las opiniones de la mayoría de la clase obrera, la revolución es imposible, y ese cambio se consigue a través de la experiencia política de las masas, nunca con la propaganda sola. La consigna "¡Adelante, sin compromisos, sin apartarse del camino!" es errónea a todas luces, si quien habla así es una minoría evidentemente impotente de obreros que sabe (o, por lo menos, debe saber) que dentro de poco tiempo, en caso de que Henderson y Snowden triunfen sobre Lloyd George y Churchill, la mayoría perderá la fe en sus jefes y apoyará al comunismo (o, en todo caso, adoptará una actitud de neutralidad y, en su mayoría, de neutralidad benévola hacia los comunistas). Es lo mismo que si 10.000 soldados se lanzaran al combate contra 50.000 enemigos en el momento en que es necesario "detenerse", "apartarse del camino" y hasta concertar un "compromiso" con tal de esperar la llegada de un refuerzo prometido de 100.000 hombres, que no pueden entrar inmediatamente en acción. Es una puerilidad propia de intelectuales y no una táctica seria de la clase revolucionaria.

La ley fundamental de la revolución, confirmada por todas las revoluciones, y en particular por las tres revoluciones rusas del siglo XX, consiste en lo siguiente: para la revolución no basta con que las masas explotadas y oprimidas tengan conciencia de la imposibilidad de seguir viviendo como viven y exijan cambios; para la revolución es necesario que los explotadores no puedan seguir viviendo y gobernando como viven y gobiernan. Sólo cuando *los "de abajo" no quieren* y los "de arriba" *no pueden seguir viviendo a la antigua*, sólo entonces puede triunfar la revolución. En otras palabras, esta verdad se expresa del modo siguiente: la revolución es imposible sin una crisis nacional general (que afecte a explotados y explotadores). Por consiguiente, para hacer la revolución hay que conseguir, en primer lugar, que la mayoría de los obreros (o, en todo caso, la mayoría de los obreros conscientes, reflexivos, políticamente activos) comprenda a fondo la necesidad de la revolución y esté dispuesta a sacrificar la vida por ella; en segundo lugar, es preciso que las clases dirigentes atraviesen una crisis gubernamental que arrastre a la política hasta a las masas más atrasadas (el síntoma de toda revolución verdadera es la rápida decuplicación o centuplicación del número de hombres aptos para la lucha política pertenecientes a la masa trabajadora y oprimida, antes apática), que reduzca a la impotencia al Gobierno y haga posible su rápido derrocamiento por los revolucionarios.

En Inglaterra, y precisamente el discurso de Lloyd George lo demuestra, entre otras cosas, se desarrollan a ojos vistas las dos condiciones de una revolución proletaria victoriosa. Y los errores de los comunistas de izquierda representan un singular peligro en la actualidad precisamente porque observamos en algunos revolucionarios una actitud poco razonada, poco atenta, poco consciente, poco reflexiva con respecto a cada uno de estos factores. Si somos el partido *de la clase* revolucionaria, y no un grupo revolucionario, si queremos arrastrar *a las masas* (sin lo cual corremos el riesgo de no pasar de simples charlatanes) debemos: primero, ayudar a Henderson o a Snowden a vencer a Lloyd George y a Churchill

(más exactamente: debemos obligar a los primeros a vencer a los segundos, ¡pues los primeros *tienen miedo de su propia victoria*!); segundo, ayudar a la mayoría de la clase obrera a convencerse por experiencia propia de la razón que nos asiste, es decir, de la incapacidad completa de los Henderson y los Snowden, de su naturaleza pequeñoburguesa y traidora, de la inevitabilidad de su bancarrota, y tercero, acercar el momento en que, *sobre la base* de la desilusión producida por los Henderson en la mayoría de los obreros, se pueda, con serias probabilidades de éxito, derribar de un golpe el Gobierno de los Henderson, que perderá la cabeza con tanto mayor motivo si incluso Lloyd George, ese político inteligentísimo y solvente, no pequeñoburgués, sino gran burgués, la pierde también y se debilita cada día más (con toda la burguesía), ayer por sus "roces" con Churchill, y hoy por sus "roces" con Asquith.

Hablaré de un modo más concreto. Los comunistas ingleses deben, a mi juicio, unificar sus cuatro partidos y grupos (todos muy débiles y algunos extraordinariamente débiles) en un Partido Comunista único, sobre la base de los principios de la III Internacional y de la participación *obligatoria* en el parlamento. El Partido Comunista propone a los Henderson y a los Snowden un "compromiso", un acuerdo electoral: marchemos juntos contra la coalición de Lloyd George y los conservadores, repartámonos los puestos en el parlamento en proporción al número de votos dados por los obreros al Partido Laborista o a los comunistas (no en las elecciones, sino en una votación especial), conservemos *la libertad más completa* de agitación, de propaganda y de acción política. Sin esta última condición es imposible, naturalmente, hacer el bloque, pues sería una traición. Los comunistas ingleses deben reivindicar para ellos y lograr la libertad más completa que les permita desenmascarar a los Henderson y los Snowden, de un modo tan absoluto como lo hicieron (*durante 15 años*, de 1903 a 1917) los bolcheviques rusos con respecto a los Henderson y los Snowden de Rusia, esto es, los mencheviques.

Si los Henderson y los Snowden aceptan el bloque en estas condiciones, habremos ganado, pues lo que nos importa no es, ni mucho menos, el número de actas. No es eso lo que perseguimos; en este punto seremos transigentes (mientras que los Henderson y, sobre todo, sus nuevos amigos -o sus nuevos dueños-, los liberales que han ingresado en el Partido Laborista Independiente, corren más que nada a la caza de actas). Habremos ganado porque llevaremos *nuestra* agitación *a las masas* en un momento en que las habrá "irritado" *el propio* Lloyd George, y ayudaremos no sólo al Partido Laborista a formar más de prisa su Gobierno, sino también a comprender mejor toda nuestra propaganda comunista, que realizaremos contra los Henderson sin ninguna limitación, sin silenciar nada.

Si los Henderson y los Snowden rechazan el bloque con nosotros en estas condiciones, habremos ganado todavía más, pues habremos mostrado en el acto *a las masas* (tened en cuenta que incluso en el seno del Partido Laborista Independiente, puramente menchevique, completamente oportunista, *las masas* son partidarias de los Soviets) que los Henderson prefieren *su* intimidad con los capitalistas a la unión de todos los obreros. Habremos ganado en el acto ante *la masa*, la cual, sobre todo después de las explicaciones brillantísimas, extremadamente acertadas y útiles (para el comunismo) dadas por Lloyd George, simpatizará con la idea de la unión de todos los obreros contra la coalición de Lloyd George con los conservadores. Habremos ganado desde el primer momento, pues habremos demostrado a las masas que los Henderson y los Snowden temen vencer a Lloyd George, temen tomar el poder solos y aspiran a lograr *en secreto* el apoyo de Lloyd George, el cual tiende *abiertamente* la mano a los conservadores contra el Partido Laborista. Hay que advertir que en Rusia, después de la revolución del 27 de febrero de 1917 (viejo calendario), el éxito de la propaganda de los bolcheviques contra los mencheviques y eseristas (es decir, los Henderson y los Snowden rusos) se debió precisamente a las mismas circunstancias. Nosotros decíamos a los mencheviques y a los eseristas: tomad todo el poder sin la burguesía, puesto que tenéis la mayoría en los Soviets (en el 1 Congreso de los Soviets de toda Rusia, celebrado en junio de 1917, los bolcheviques no tenían más que un 13% de los votos). Pero los Henderson y los Snowden rusos tenían miedo de tomar el poder sin la burguesía, y cuando ésta aplazaba las elecciones a la Asamblea Constituyente porque sabía a la perfección que los eseristas y los mencheviques lograrían la mayoría[170] (unos y otros formaban un bloque político muy estrecho, representaban prácticamente *a una sola* democracia pequeñoburguesa), los eseristas y los mencheviques resultaron impotentes para luchar con energía y hasta el fin contra esos aplazamientos.

En caso de que los Henderson y los Snowden se negaran a formar un bloque con los comunistas, éstos saldrían ganando en el acto, pues conquistarían la simpatía de las masas, mientras que los Henderson y los Snowden se desacreditarían. Poco nos importaría entonces perder algunas actas a causa de ello. No

[170] Las elecciones de noviembre de 1917 a la Asamblea Constituyente en Rusia, según datos que afectan a más de 36 millones de electores, dieron un 25% de los votos a los bolcheviques, un 13% a los distintos partidos de los terratenientes y de la burguesía y el 62% a la democracia pequeñoburguesa, es decir, a los socialistas revolucionarios y mencheviques junto con los pequeños grupos afines a ellos.

presentaríamos candidatos sino en un ínfimo número de circunscripciones absolutamente seguras, es decir, donde esto no diera la victoria a un liberal contra un laborista. Realizaríamos nuestra campaña electoral distribuyendo hojas en favor del comunismo e invitando en *todas* las circunscripciones en que no presentáramos candidato *a votar por el laborista contra el burgués*. Se equivocan los camaradas Sylvia Pankhurst y Gallacher si ven en esto una traición al comunismo o una renuncia a la lucha contra los socialtraidores. Por el contrario, es indudable que la causa de la revolución comunista saldría ganando con ello.

A los comunistas ingleses les es hoy difícil con mucha frecuencia incluso acercarse a las masas, hacer que éstas les escuchen. Pero si yo me presento como comunista y, al mismo tiempo, invito a votar por Henderson contra Lloyd George, seguramente se me escuchará. Y podré explicar de modo accesible no sólo por qué los Soviets son mejores que el parlamento, y la dictadura del proletariado mejor que la dictadura de Churchill (cubierta con el rótulo de "democracia" burguesa), sino también que yo querría sostener a Henderson con mi voto del mismo modo que la soga sostiene al ahorcado; que el acercamiento de los Henderson a un Gobierno formado por ellos probará asimismo mi razón, atraerá a las masas a mi lado y acelerará la muerte política de los Henderson y los Snowden, igual que sucedió con sus correligionarios en Rusia y en Alemania.

Y si se me objeta que esta táctica es demasiado "astuta" o complicada, que no la comprenderán las masas, que dispersará y disgregará nuestras fuerzas impidiendo concentrarlas en la revolución soviética, etc., responderé a mis contradictores "de izquierda": ¡no atribuyáis a las masas vuestro propio doctrinarismo! Es de suponer que en Rusia las masas no son más cultas, sino, por el contrario, menos cultas que en Inglaterra. Y, sin embargo, comprendieron a los bolcheviques; y a éstos, lejos de perjudicarles, les favoreció el hecho de que *en vísperas* de la revolución soviética, en septiembre de 1917, compusieran listas de candidatos suyos al parlamento burgués (a la Asamblea Constituyente) y de que *al día siguiente* de la revolución soviética, en noviembre de 1917, tomaran parte en las elecciones a esa misma Constituyente, disuelta por ellos el 5 de enero de 1918.

No puedo examinar detenidamente la segunda divergencia entre los comunistas ingleses, consistente en si deben o no adherirse al Partido Laborista. Poseo poquísimos datos sobre esta cuestión sumamente compleja, dada la extraordinaria originalidad del "Partido Laborista" británico, muy poco parecido por su estructura a los partidos políticos habituales del continente europeo. Pero es indudable, primero, que comete también inevitablemente un error quien deduce la táctica del proletariado revolucionario de principios como éste: "El Partido Comunista debe conservar pura su doctrina e inmaculada su independencia frente al reformismo; su misión es ir en vanguardia, sin detenerse ni desviarse de su camino, avanzar en línea recta hacia la revolución comunista". Semejantes principios no hacen más que repetir el error de los comuneros blanquistas franceses, que en 1874 proclamaban la "negación" de todo compromiso y de toda etapa intermedia. Segundo, es indudable que en este punto la tarea consiste, como siempre, en saber aplicar los principios generales y fundamentales del comunismo *a las peculiaridades* de las relaciones entre las clases y los partidos, *a las peculiaridades* del desarrollo objetivo hacia el comunismo, propias de cada país y que es necesario saber estudiar, descubrir y adivinar.

Pero hay que hablar de esto no sólo en relación con el comunismo inglés, sino con las conclusiones generales que se refieren al desenvolvimiento del comunismo en todos los países capitalistas. Este es el tema que vamos a abordar ahora.

X. Algunas conclusiones

La revolución burguesa de 1905 en Rusia puso de manifiesto un viraje extraordinariamente original de la historia universal: en uno de los países capitalistas más atrasados, el movimiento huelguístico alcanzó por primera vez en el mundo una fuerza y amplitud inusitadas. *Sólo en el mes de enero de 1905*, el número de huelguistas fue diez veces mayor que el promedio *anual* de huelguistas durante los diez años precedentes (1895-1904); de enero a octubre de 1905, las huelgas aumentaron sin cesar y en proporciones colosales. Bajo la influencia de una serie de factores históricos completamente originales, la Rusia atrasada dio al mundo el primer ejemplo no sólo de un salto brusco, en época de revolución, de la actividad espontánea de las masas oprimidas (cosa que ocurrió en todas las grandes revoluciones), sino también de una importancia del proletariado infinitamente superior a su proporción entre la población; mostró por vez primera la combinación de la huelga económica y de la huelga política, con la transformación de esta última en insurrección armada, el nacimiento de una nueva forma de lucha de masas y de organización de masas de las clases oprimidas por el capitalismo: los Soviets.

Las revoluciones de febrero y octubre de 1917 condujeron al desarrollo multilateral de los Soviets en todo el país y, después, a su victoria en la revolución proletaria, socialista. Menos de dos años más tarde se puso de manifiesto el carácter internacional de los Soviets, la extensión de esta forma de lucha y de organización al movimiento obrero mundial, el destino histórico de los Soviets de ser los sepultureros, los herederos y los sucesores del parlamentarismo burgués, de la democracia burguesa en general.

Aún más. La historia del movimiento obrero muestra hoy que éste está llamado a atravesar en todos los países (y ha comenzado ya a atravesarlo) un período de lucha del comunismo naciente, cada día más fuerte, que camina hacia la victoria, ante todo y principalmente contra el "menchevismo" *propio* (en cada país), es decir, contra el oportunismo y el socialchovinismo y, de otra parte, como complemento, por decirlo así, contra el comunismo "de izquierda". La primera de estas luchas se ha desarrollado en todos los países, sin excepción al parecer, en forma de lucha entre la II Internacional (hoy prácticamente muerta) y la III. La segunda lucha se observa en Alemania, en Inglaterra, en Italia, en los Estados Unidos (donde *una parte* al menos de "Los Trabajadores Industriales del Mundo" y de las tendencias anarcosindicalistas sostienen los errores del comunismo de izquierda, a la vez que reconocen de manera casi general, casi incondicional, el sistema soviético) y en Francia (actitud de una parte de los ex sindicalistas con relación al partido político y al parlamentarismo, paralelamente también al reconocimiento del sistema de los Soviets), es decir, que se observa, sin duda, en una escala no sólo internacional, sino universal.

Pero aunque la escuela preparatoria que conduce el movimiento obrero a la victoria sobre la burguesía sea en todas partes idéntica en el fondo, su desarrollo se efectúa en cada país *de un modo original*. Los grandes países capitalistas adelantados avanzan por ese camino *mucho más rápidamente* que el bolchevismo, al cual concedió la historia un plazo de quince años para prepararse como tendencia política organizada a fin de conquistar la victoria. En un plazo tan breve como es un año, la III Internacional ha alcanzado ya un triunfo decisivo al deshacer la II Internacional, la Internacional amarilla, socialchovinista, que hace unos meses era incomparablemente más fuerte que la III, parecía sólida y poderosa y gozaba del apoyo de la burguesía mundial en todas las formas, directas e indirectas, materiales (puestos ministeriales, pasaportes, prensa) e ideológicas.

Lo que importa ahora es que los comunistas de cada país tengan en cuenta con plena conciencia tanto las tareas fundamentales, de principio, de la lucha contra el oportunismo y el doctrinarismo "de izquierda", como las *particularidades concretas* que esta lucha adquiere y debe adquirir inevitablemente en cada país, conforme a los rasgos originales de su economía, de su política, de su cultura, de su composición nacional (Irlanda, etc.), de sus colonias, de la diversidad de religiones, etc., etc. Por todas partes se deja sentir, se extiende y crece el descontento contra la II Internacional por su oportunismo y por su torpeza o incapacidad para crear un órgano realmente centralizado y dirigente, apto para orientar la táctica internacional del proletariado revolucionario en su lucha por la república soviética universal. Hay que darse perfecta cuenta de que dicho centro dirigente no puede, en ningún caso, ser formado con arreglo a normas tácticas de lucha estereotipadas, igualadas mecánicamente e idénticas. Mientras subsistan diferencias nacionales y estatales entre los pueblos y los países -y estas diferencias subsistirán incluso mucho después de la instauración universal de la dictadura del proletariado-, la unidad de la táctica internacional del movimiento obrero comunista de todos los países no exigirá la supresión de la variedad, ni la supresión de las particularidades nacionales (lo cual es, en la actualidad, un sueño absurdo), sino una aplicación tal de los principios *fundamentales* del comunismo (Poder soviético y dictadura del proletariado) que *modifique acertadamente* estos principios *en sus detalles*, que los adapte; que los aplique acertadamente a las particularidades nacionales y nacional-estatales. Investigar, estudiar, descubrir, adivinar, captar lo que hay de particular y de especifico, desde el punto de vista nacional, en la manera en que cada país aborda *concretamente* la solución del problema internacional *común*, del problema del triunfo sobre el oportunismo y el doctrinarismo de izquierda en el seno del movimiento obrero, el derrocamiento de la burguesía, la instauración de la república soviética y la dictadura proletaria, es la principal tarea del período histórico que atraviesan actualmente todos los países adelantados (y no sólo los adelantados). Se ha hecho ya lo principal -claro que no todo, ni mucho menos, pero sí lo principal- para ganar a la vanguardia de la clase obrera, para ponerla al lado del Poder soviético contra el parlamentarismo, al lado de la dictadura del proletariado contra la democracia burguesa. Ahora hay que concentrar todas las fuerzas y toda la atención en el paso *siguiente*, que parece ser -y, desde cierto punto de vista, lo es, en efecto- menos fundamental, pero que, en cambio, está prácticamente más cerca de la solución efectiva del problema, a saber: buscar las formas de pasar a la revolución proletaria o de *abordarla*.

La vanguardia proletaria está conquistada ideológicamente. Esto es lo principal. Sin ello es imposible dar ni siquiera el primer paso hacia el triunfo. Pero de esto al triunfo dista todavía un buen trecho. Con la vanguardia sola es imposible triunfar. Lanzar sola a la vanguardia a la batalla decisiva, cuando toda la clase, cuando las grandes masas no han adoptado aún una posición de apoyo directo a esta vanguardia o, al menos, de neutralidad benévola con respecto a ella y no son incapaces por completo de apoyar al adversario, sería no sólo una estupidez, sino, además, un crimen. Y para que realmente toda la clase, para que realmente las grandes masas de los trabajadores y de los oprimidos por el capital lleguen

a ocupar esa posición, la propaganda y la agitación, por sí solas, son insuficientes. Para ello se precisa la propia experiencia política de las masas. Tal es la ley fundamental de todas las grandes revoluciones, confirmada hoy con fuerza y realce sorprendentes tanto por Rusia como por Alemania. No sólo las masas incultas, en muchos casos analfabetas, de Rusia, sino también las masas de Alemania, muy cultas, sin un solo analfabeto, necesitaron experimentar en su propia carne toda la importancia, toda la veleidad, toda la flaqueza, todo el servilismo ante la burguesía, toda la infamia del gobierno de los caballeros de la II Internacional, toda la ineluctabilidad de la dictadura de los ultrarreaccionarios (Kornílov en Rusia, Kapp y Cía. en Alemania), única alternativa frente a la dictadura del proletariado, para orientarse decididamente hacia el comunismo.

La tarea inmediata de la vanguardia consciente del movimiento obrero internacional, es decir, de los partidos, grupos y tendencias comunistas, consiste en saber *llevar* a las amplias masas (hoy todavía, en su mayor parte, adormecidas, apáticas, rutinarias, inertes, sin despertar) a esta nueva posición suya, o, mejor dicho, en saber dirigir *no sólo* a su propio partido, sino también a estas masas en el transcurso de su aproximación, de su desplazamiento a esa nueva posición. Si la primera tarea histórica (ganar para el Poder soviético y para la dictadura de la clase obrera a la vanguardia consciente del proletariado) no podía ser resuelta sin una victoria ideológica y política completa sobre el oportunismo y el socialchovinismo, la segunda tarea, que resulta ahora inmediata y que consiste en saber llevar *a las masas* a esa nueva posición capaz de asegurar el triunfo de la vanguardia en la revolución, no puede ser resuelta sin liquidar el doctrinarismo de izquierda, sin enmendar por completo sus errores, sin desembarazarse de ellos.

Mientras se trate (yen la medida en que se trata aún ahora) de ganar para el comunismo a la vanguardia del proletariado, la propaganda debe ocupar el primer término; incluso los círculos, con todas sus debilidades, son útiles en este caso y dan resultados fecundos. Pero cuando se trata de la acción práctica de las masas, de dislocar -si es permitido expresarse así- a ejércitos de millones de hombres, de disponer *todas* las fuerzas de clase de una sociedad dada *para la lucha final y decisiva*, no conseguiréis nada sólo con los hábitos de propagandista, con la repetición escueta de las verdades del comunismo "puro". Y es que en este caso no se cuenta por miles como hace en esencia el propagandista, miembro de un grupo reducido y que no dirige todavía masas, sino por millones y decenas de millones. En este caso hay que preguntarse no sólo si hemos convencido a la vanguardia de la clase revolucionaria, sino también si están dislocadas las fuerzas históricamente activas de todas las clases de la sociedad dada, obligatoriamente de todas sin excepción, de manera que la batalla decisiva se halle por completo en sazón, de manera que 1) todas las fuerzas de clase que nos son adversas estén suficientemente sumidas en la confusión, suficientemente enfrentadas entre sí, suficientemente debilitadas por una lucha superior a sus fuerzas; que 2) todos los elementos vacilantes, volubles, inconsistentes, intermedios, es decir, la pequeña burguesía, la democracia pequeñoburguesa, que se diferencia de la burguesía, se hayan desenmascarado suficientemente ante el pueblo, se hayan cubierto suficientemente de oprobio por su bancarrota práctica; que 3) en las masas proletarias empiece a aparecer y a extenderse con poderoso impulso el afán de apoyar las acciones revolucionarias más resueltas, más valientes y abnegadas contra la burguesía. Entonces es cuando está madura la revolución, cuando nuestra victoria está asegurada, si hemos sabido tener en cuenta todas las condiciones brevemente indicadas más arriba y hemos elegido con acierto el momento.

Las divergencias, de una parte, entre los Churchill y los Lloyd George -tipos políticos que existen en *todos* los países con particularidades nacionales ínfimas- y, de otra, entre los Henderson y los Lloyd George no tienen absolutamente ninguna importancia y son insignificantes desde el punto de vista del comunismo puro, esto es, abstracto, incapaz todavía de acciones políticas prácticas, de masas. Pero desde el punto de vista de esta acción práctica de las masas, dichas divergencias son de una importancia extraordinaria. Saber tenerlas en cuenta, saber determinar el momento en que han madurado plenamente los conflictos inevitables entre esos "amigos", conflictos que debilitan y extenúan *a todos los "amigos" tomados en conjunto*, es la obra, es la misión del comunista que desee ser no sólo un propagandista consciente, convencido e ideológicamente preparado, sino un dirigente práctico de las masas en la revolución. Es necesario unir la fidelidad más absoluta a las ideas comunistas con el arte de admitir todos los compromisos prácticos necesarios, las maniobras, los acuerdos, los zigzags, las retiradas, etc., para precipitar la subida al poder político de los Henderson (de los héroes de la II Internacional, por no citar nombres de estos representantes de la democracia pequeñoburguesa que se llaman socialistas) y su bancarrota en el mismo; para acelerar su quiebra inevitable en la práctica, lo que instruirá a las masas precisamente en nuestro espíritu y las orientará precisamente hacia el comunismo; para acelerar los roces, las disputas, los conflictos y el divorcio total, inevitables entre los Henderson, los Lloyd George y los Churchill (entre los mencheviques y los eseristas, los demócratas constitucionalistas y los monárquicos; entre los

Scheidemann, la burguesía, los partidarios de Kapp[171], etc.), y para elegir con acierto el momento de máxima disensión entre todos esos "pilares de la sacrosanta propiedad privada", a fin de aplastarles por completo mediante una ofensiva resuelta del proletariado y conquistar el poder político.

La historia en general, y la de las revoluciones en particular, es siempre más rica de contenido, más variada de formas y aspectos, más viva y más "astuta" de lo que se imaginan los mejores partidos, las vanguardias más conscientes de las clases más avanzadas. Y esto es comprensible, pues las mejores vanguardias expresan la conciencia, la voluntad, la pasión y la imaginación de decenas de miles de hombres, mientras que la revolución la hacen, en momentos de exaltación y de tensión especiales de todas las facultades humanas, la conciencia, la voluntad, la pasión y la imaginación de decenas de millones de hombres aguijoneados por la más aguda lucha de clases. De aquí se derivan dos conclusiones prácticas muy importantes: primera, que la clase revolucionaria, para realizar su misión, debe saber utilizar *todas* las formas o aspectos, sin la más mínima excepción, de la actividad social (terminando después de la conquista del poder político, a veces con gran riesgo e inmenso peligro, lo que no ha terminado antes de esta conquista); segunda, que la clase revolucionaria debe estar preparada para sustituir una forma por otra del modo más rápido e inesperado.

Todos convendrán que sería insensata y hasta criminal la conducta de un ejército que no se dispusiera a dominar todos los tipos de armas, todos los medios y procedimientos de lucha que posee o puede poseer el enemigo. Pero esta verdad es más aplicable todavía a la política que al arte militar. En política es aún menos fácil saber de antemano qué método de lucha será aplicable y ventajoso para nosotros en tales o cuales circunstancias futuras. Sin dominar todos los medios de lucha podemos correr el riesgo de sufrir una derrota enorme -a veces decisiva-, si cambios independientes de nuestra voluntad en la situación de las otras clases ponen al orden del día una forma de acción en la cual somos particularmente débiles. Si dominamos todos los medios de lucha, nuestra victoria será segura, puesto que representamos los intereses de la clase realmente avanzada, realmente revolucionaria, incluso si las circunstancias nos impiden hacer uso del arma más peligrosa para el enemigo, del arma susceptible de asestarle golpes mortales con la mayor rapidez. Los revolucionarios sin experiencia se imaginan a menudo que los medios legales de lucha son oportunistas, ya que la burguesía engañaba y embaucaba a los obreros con particular frecuencia en este terreno (sobre todo en los períodos llamados "pacíficos", en los períodos no revolucionarios), y que los procedimientos ilegales son revolucionarios. Pero esto no es justo. Lo justo es que los oportunistas y traidores a la clase obrera son los partidos y jefes que no saben o no quieren (no digáis: no puedo, sino: no quiero) aplicar los procedimientos ilegales de lucha en una situación, por ejemplo, como la guerra imperialista de 1914-1918, en que la burguesía de los países democráticos más libres engañaba a los obreros con una insolencia y crueldad nunca vistas, prohibiendo que se dijese la verdad sobre el carácter de rapiña de la conflagración. Pero los revolucionarios que no saben combinar las formas ilegales de lucha con *todas* las formas legales son malísimos revolucionarios. No es difícil ser revolucionario cuando la revolución ha estallado ya y se encuentra en su apogeo, cuando todos se adhieren a la revolución simplemente por entusiasmo, por moda y a veces incluso por interés personal de hacer carrera. Al proletariado le cuesta mucho, le produce duras penalidades, le origina verdaderos tormentos "deshacerse" después de su triunfo de esos "revolucionarios". Es muchísimo más difícil -y muchísimo más meritorio- saber ser revolucionario cuando *todavía no se dan* las condiciones para la lucha directa, franca, auténticamente de masas, auténticamente revolucionaria, saber defender los intereses de la revolución (mediante la propaganda, la agitación y la organización) en instituciones no revolucionarias y con frecuencia sencillamente reaccionarias, en una situación no revolucionaria, entre unas masas incapaces de comprender en el acto la necesidad de un método revolucionario de acción. Saber percibir, encontrar, determinar con exactitud el rumbo concreto o el cambio especial de los acontecimientos *susceptibles de conducir* a las masas a la gran lucha revolucionaria, verdadera, final y decisiva es la misión principal del comunismo contemporáneo en Europa Occidental y en América.

Un ejemplo: Inglaterra. No podemos saber y nadie puede determinarlo de antemano- cuándo estallará allí la verdadera revolución proletaria y *cuál será el motivo* principal que despertará, inflamará y lanzará a la lucha a las grandes masas, hoy aún adormecidas. Tenemos el deber, por consiguiente, de realizar todo nuestro trabajo preparatorio teniendo herradas las cuatro patas (según la expresión favorita del difunto

[171] *Los partidarios de Kapp*: participantes en el golpe de Estado monárquico-militar que encabezó Kapp en Alemania. Los conspiradores prepararon el golpe de Estado, denominado "putch de Kapp", con la evidente connivencia del Gobierno socialdemócrata. El 13 de marzo de 1920 trasladaron a Berlín unidades militares y, no encontrando resistencia por parte del gobierno, lo declararon derrocado y formaron nuevo gobierno. Los obreros berlineses respondieron al golpe de Estado con la huelga general. EI Gobierno Kapp cayó el 17 de marzo bajo la presión de los obreros, volviendo al poder los socialdemócratas de derecha, que siguieron una política de represión antiobrera.

Plejánov cuando era marxista y revolucionario). Quizá sea una crisis parlamentaria la que "abra el paso", la que "rompa el hielo"; acaso una crisis que derive de las contradicciones coloniales e imperialistas irremediablemente complicadas, cada vez más graves y exasperadas, o posiblemente otras causas. No hablamos del género de lucha que *decidirá* la suerte de la revolución proletaria en Inglaterra (esta cuestión no suscita dudas para ningún comunista, pues para todos nosotros está firmemente decidida), sino del *motivo* que despertará a las masas proletarias hoy todavía adormecidas, las pondrá en movimiento y las conducirá a la revolución. No olvidemos, por ejemplo, que, en la república burguesa de Francia, en una situación que era cien veces menos revolucionaria que la actual tanto desde el punto de vista internacional como del interior, bastó una circunstancia tan "inesperada" y "fútil" como el asunto Dreyfus -una de las mil infamias de la banda militarista reaccionaria- para conducir al pueblo a dos dedos de la guerra civil.

En Inglaterra, los comunistas deben utilizar constantemente, sin descanso ni vacilación, las elecciones parlamentarias, todas las peripecias de la política irlandesa, colonial e imperialista del gobierno británico en el mundo entero y todos los demás campos, esferas y aspectos de la vida social, actuando en ellos con un espíritu nuevo, con el espíritu del comunismo, con el espíritu de la III y no de la II Internacional. No dispongo de tiempo ni de espacio para describir aquí los procedimientos "rusos", "bolcheviques" de participación en las elecciones y en la lucha parlamentaria; pero puedo asegurar a los comunistas de los demás países que no se parecían en nada a las campañas parlamentarias habituales en Europa Occidental. De aquí se saca a menudo la siguiente conclusión: "Eso es así en vuestro país, en Rusia, pero nuestro parlamentarismo es diferente". La conclusión es falsa. Los comunistas, los partidarios de la III Internacional existen en todos los países precisamente para *transformar* en toda la línea, en todos los aspectos de la vida, la vieja labor socialista, tradeunionista, sindicalista y parlamentaria en una labor *nueva*, comunista. En nuestras elecciones hemos visto también de sobra rasgos puramente burgueses, rasgos de oportunismo, de practicismo vulgar, de fraude capitalista. Los comunistas de Europa Occidental y de América deben aprender a crear un parlamentarismo nuevo, poco común, no oportunista, sin arribismo. Es necesario que el Partido Comunista lance sus consignas; que los verdaderos proletarios, con ayuda de la gente pobre, inorganizada y completamente oprimida, repartan y distribuyan octavillas, recorran las viviendas de los obreros, las chozas de los proletarios del campo y de los campesinos que viven en las aldeas perdidas (por ventura, en Europa hay muchas menos que en Rusia, y en Inglaterra apenas si existen), penetren en las tabernas concurridas por la gente más sencilla, se introduzcan en las asociaciones, sociedades y reuniones fortuitas de los elementos pobres; que hablen al pueblo con un lenguaje sencillo (y no muy parlamentario), no corran por nada del mundo tras un "lugarcito" en los escaños del parlamento, sino que despierten en todas partes el pensamiento, arrastren a la masa, cojan por la palabra a la burguesía, utilicen el aparato creado por ella, las elecciones convocadas por ella, sus llamamientos a todo el pueblo y den a conocer a este último el bolchevismo como nunca habían tenido ocasión de hacerlo (bajo el dominio burgués) fuera del período electoral (sin contar, naturalmente, los momentos de grandes huelgas, cuando *ese mismo* aparato de agitación popular funcionaba en nuestro país con mayor intensidad aún). Hacer esto en Europa Occidental y en América es muy difícil, dificilísimo; pero puede y debe hacerse, pues es imposible de todo punto cumplir las tareas del comunismo sin trabajar, y es preciso esforzarse para resolver los problemas *prácticos*, cada vez más variados, cada vez más ligados a todos los aspectos de la vida social y que van *arrebatando* cada vez más *a la burguesía*, uno tras otro, un sector, una esfera de actividad.

En esa misma Inglaterra es necesario igualmente organizar de un modo nuevo (no de un modo socialista, sino comunista; no de un modo reformista, sino revolucionario) la labor de propaganda, de agitación y de organización en el ejército y entre las naciones oprimidas y sin plenos derechos que forman parte de "*su*" Estado (Irlanda, las colonias). Pues todos estos sectores de la vida social, en la época del imperialismo en general y sobre todo ahora, después de la guerra, que ha atormentado a los pueblos y que les ha abierto rápidamente los ojos a la verdad (a la verdad de que decenas de millones de hombres han muerto o han quedado mutilados únicamente para decidir si serían los bandidos ingleses o los bandidos alemanes quienes saquearan más países), todos estos sectores de la vida social se saturan particularmente de materias inflamables y dan origen a muchas causas de conflictos y de crisis y a la exacerbación de la lucha de clases. No sabemos ni podemos saber cuál de las chispas que surgen ahora en enjambre por doquier en todos los países, bajo la influencia de la crisis económica y política mundial, podrá originar el incendio, es decir, despertar de una manera especial a las masas. Por eso, con nuestros principios nuevos, comunistas, debemos emprender la "preparación" de todos los campos, cualquiera que sea su naturaleza, hasta de los más viejos, vetustos y, en apariencia, más estériles, ya que en caso contrario no estaremos a la altura de nuestra misión, nos faltará algo, no dominaremos todos los tipos de armas, no nos prepararemos ni para la victoria sobre la burguesía (la cual ha organizado la vida social en todos sus

aspectos a la manera burguesa y ahora la ha desorganizado de esa misma manera) ni para la reorganización comunista de toda la vida, que deberemos realizar una vez obtenida la victoria.

Después de la revolución proletaria en Rusia y de sus victorias en escala internacional, inesperadas para la burguesía y los filisteos, el mundo entero se ha transformado y la burguesía es también otra en todas partes. La burguesía se siente asustada por el "bolchevismo" y está irritada contra él hasta casi perder la razón; precisamente por eso acelera, de una parte, el desarrollo de los acontecimientos y, de otra, concentra la atención en el aplastamiento del bolchevismo por la fuerza, debilitando con ello su posición en otros muchos terrenos. Los comunistas de todos los países avanzados deben tener en cuenta para su táctica estas dos circunstancias.

Los demócratas constitucionalistas rusos y Kerenski rebasaron los límites cuando emprendieron una persecución furiosa contra los bolcheviques, sobre todo desde abril de 1917 y, más aún, en junio y julio del mismo año. Los millones de ejemplares de los periódicos burgueses, que gritaban en todos los tonos contra los bolcheviques, ayudaron a conseguir que las masas valorasen el bolchevismo, y toda la vida social, aun sin contar la prensa, se impregnó de discusiones sobre el bolchevismo gracias al "celo" de la burguesía. Los millonarios de todos los países se conducen hoy de tal modo en escala internacional que debemos estarles reconocidos de todo corazón. Persiguen al bolchevismo con el mismo celo que lo perseguían antes Kerenski y compañía y, como éstos, rebasan también los límites y nos *ayudan* igual que Kerenski. Cuando la burguesía francesa convierte el bolchevismo en el punto central de la campaña electoral, injuriando por su bolchevismo a socialistas relativamente moderados o vacilantes; cuando la burguesía norteamericana, perdiendo por completo la cabeza, detiene a miles y miles de individuos sospechosos de bolchevismo y crea un ambiente de pánico propagando por doquier la nueva de conjuraciones bolcheviques; cuando la burguesía inglesa, la más "seria" del mundo, con todo su talento y experiencia, comete inverosímiles tonterías, funda riquísimas "sociedades para la lucha contra el bolchevismo", crea una literatura especial sobre éste y toma a su servicio, para la lucha contra él, a un personal suplementario de sabios, agitadores y curas, debemos inclinarnos y dar las gracias a los señores capitalistas. Trabajan para nosotros, nos ayudan a interesar a las masas por la naturaleza y la significación del bolchevismo. Y no pueden obrar de otro modo, porque han fracasado *ya* en sus intentos de "hacer el silencio" alrededor del bolchevismo y de ahogarlo.

Pero, al mismo tiempo, la burguesía ve en el bolchevismo casi exclusivamente uno de sus aspectos: la insurrección, la violencia, el terror; por eso procura prepararse de modo particular para oponer resistencia y replicar en *este* terreno. Es posible que en casos aislados, en algunos países, en tales o cuales períodos breves lo consiga; hay que contar con esa posibilidad, que no tiene para nosotros nada de temible. El comunismo "brota" literalmente de todos los aspectos de la vida social, sus gérmenes existen absolutamente en todas partes, el "contagio" (para emplear la comparación preferida de la burguesía y de la policía burguesa y la más "agradable" para ella) ha penetrado muy hondo en todos los poros del organismo y lo ha impregnado por completo. Si se "cierra" con celo particular una de las salidas, el "contagio" encontrará otra, a veces la más inesperada. La vida triunfa por encima de todo. Que la burguesía se sobresalte, se irrite hasta perder la cabeza; que rebase los límites, haga tonterías, se vengue de antemano de los bolcheviques y se esfuerce por aniquilar (en la India, en Hungría, en Alemania, etc.) a centenares, a miles, a centenares de miles de bolcheviques de ayer o de mañana; al obrar así procede como lo han hecho todas las clases condenadas por la historia a desaparecer. Los comunistas deben saber que, en todo caso, el porvenir les pertenece. Y por eso podemos (y debemos) unir el máximo de pasión en la gran lucha revolucionaria con la apreciación más fría y serena de las furiosas sacudidas de la burguesía. La revolución rusa fue cruelmente aplastada en 1905, los bolcheviques rusos fueron derrotados en julio de 1917, más de 15.000 comunistas alemanes fueron aniquilados por medio de la artera provocación y de las hábiles maniobras de Scheidemann y Noske, aliados a la burguesía y a los generales monárquicos; en Finlandia y en Hungría hace estragos el terror blanco. Pero, en todos los casos y en todos los países, el comunismo se está templando y crece; sus raíces son tan profundas que las persecuciones no lo debilitan, no lo extenúan, sino que lo refuerzan. Falta sólo una cosa para que marchemos hacia la victoria con más firmeza y seguridad: que los comunistas de todos los países comprendamos por doquier y hasta el fin que en nuestra táctica es necesaria la *flexibilidad* máxima. Lo que le falta hoy al comunismo, que crece magníficamente, sobre todo en los países adelantados, es esa conciencia y el acierto para aplicarla en la práctica.

Podría (y debería) ser una lección útil lo ocurrido con jefes de la II Internacional tan eruditos marxistas y tan fieles al socialismo como Kautsky, Otto Bauer y otros. Comprendían perfectamente la necesidad de una táctica flexible, habían aprendido y enseñaban a los demás la dialéctica de Marx (y mucho de lo hecho por ellos en este terreno será considerado siempre como una valiosa adquisición de la literatura socialista); pero al *aplicar* esta dialéctica han incurrido en un error de tal naturaleza o se han mostrado en la práctica *tan apartados* de la

dialéctica, tan incapaces de tener en cuenta los rápidos cambios de forma y la rápida entrada de un contenido nuevo en las antiguas formas, que su suerte no es más envidiable que la de Hyndman, Guesde y Plejánov. La causa fundamental de su bancarrota consiste en que "han fijado su mirada" en una forma determinada de crecimiento del movimiento obrero y del socialismo, olvidando el carácter unilateral de la misma; han tenido miedo a ver la brusca ruptura, inevitable por las circunstancias objetivas, y han seguido repitiendo las verdades simples aprendidas de memoria y a primera vista indiscutibles: tres son más que dos. Pero la política se parece más al álgebra que a la aritmética y todavía más a las matemáticas superiores que a las matemáticas elementales. En realidad, todas las formas antiguas del movimiento socialista se han llenado de un nuevo contenido, por lo cual ha aparecido delante de las cifras un signo nuevo, él signo "menos", mientras nuestros sabios seguían (y siguen) tratando con tozudez de persuadirse y de persuadir a todo el mundo de que "menos tres" es más que "menos dos".

Hay que procurar que los comunistas no repitan el mismo error en sentido contrario, o, mejor dicho, que *ese mismo error*, cometido, aunque en un sentido contrario, por los comunistas "de izquierda sea corregido y curado con la mayor rapidez y el menor dolor posible para el organismo. No sólo el doctrinarismo de derecha constituye un error; lo constituye también el doctrinarismo de izquierda. Naturalmente, el error del doctrinarismo de izquierda en el comunismo es en la actualidad mil veces menos peligroso y grave que el de derecha (es decir, del socialchovinismo y del kautskismo); pero esto se debe únicamente a que el comunismo de izquierda es una tendencia novísima que acaba de nacer. Sólo por esto, la enfermedad puede ser, en ciertas condiciones, fácilmente vencida y es necesario emprender su tratamiento con la máxima energía.

Las antiguas formas se han roto, pues ha resultado que su nuevo contenido -antiproletario, reaccionario- ha adquirido un desarrollo desmesurado. Desde el punto de vista del desenvolvimiento del comunismo internacional poseemos hoy un contenido tan sólido, tan fuerte y tan potente de nuestra actividad (en pro del Poder de los Soviets, en pro de la dictadura del proletariado) que puede y debe manifestarse en cualquier forma, tanto antigua como nueva; que puede y *debe* transformar, vencer, someter a todas las formas, no sólo nuevas, sino también antiguas, no para conciliarse con estas últimas, sino para saber convertirlas todas, las nuevas y las viejas, en una arma de la victoria completa y definitiva, decisiva e irremisible del comunismo.

Los comunistas deben consagrar todos sus esfuerzos a orientar el movimiento obrero y el desarrollo social en general por el camino más recto y rápido hacia la victoria mundial del Poder soviético y hacia la dictadura del proletariado. Es una verdad indiscutible. Pero basta dar un pequeño paso más allá -aunque parezca efectuado en la misma dirección- para que esta verdad se convierta en un error. Basta decir, como lo hacen los comunistas de izquierda alemanes e ingleses, que no aceptamos más que un camino, el camino recto, que no admitimos las maniobras, los acuerdos y los compromisos, para que eso sea un error que puede causar, y ha causado ya en parte y sigue causando, los más serios perjuicios al comunismo. El doctrinarismo de derecha se ha obstinado en no admitir más que las formas antiguas y ha fracasado del modo más completo por no haberse dado cuenta del nuevo contenido. El doctrinarismo de izquierda se obstina en rechazar incondicionalmente determinadas formas antiguas, sin ver que el nuevo contenido se abre paso a través de toda clase de formas y que nuestro deber de comunistas consiste en dominarlas todas, en aprender a completar unas con otras y a sustituir unas por otras con la máxima rapidez, en adaptar nuestra táctica a todo cambio de este género, suscitado por una clase que no sea la nuestra o por unos esfuerzos que no sean los nuestros.

La revolución universal, que ha recibido un impulso tan poderoso y ha sido acelerada con tanta intensidad por los horrores, las villanías y las abominaciones de la guerra imperialista mundial y por la situación sin salida que ésta ha creado, esa revolución se extiende y se ahonda con una rapidez tan extraordinaria, con una riqueza tan magnífica de formas sucesivas, con una refutación práctica tan edificante de todo doctrinarismo, que existen todos los motivos para esperar que el movimiento comunista internacional se curará rápidamente y por completo de la enfermedad infantil del comunismo "de izquierda".

27. IV. 1920.

Anexo

En tanto que las editoriales de nuestro país -que los imperialistas de todo el mundo saquearon para vengarse de la revolución proletaria y el cual continúan saqueando y bloqueando, a pesar de todas las promesas hechas a sus obreros- organizaban la publicación de mi folleto, se han recibido del extranjero datos complementarios. Sin aspirar, ni mucho menos, a que mi folleto sea algo más que unos apuntes rápidos de un publicista, abordaré brevemente algunos puntos.

I. La escisión de los comunistas alemanes

La escisión de los comunistas en Alemania es un hecho. Los "izquierdistas" u "oposición de principio" han constituido un "Partido Comunista Obrero" aparte, a diferencia del "Partido Comunista". En Italia, por lo visto, las cosas marchan también hacia

la escisión. Digo "por lo visto", pues dispongo sólo de dos nuevos números, el 7 y el 8, del periódico izquierdista *Il Soviet* donde se discute abiertamente la posibilidad y la necesidad de la escisión y se habla también de un congreso de la fracción de los "abstencionistas" (o boicoteadores, es decir, de los enemigos de la participación en el parlamento), que hasta ahora pertenece al Partido Socialista Italiano.

Existe el temor de que la escisión con los "izquierdistas", antiparlamentarios (y en parte también antipolíticos, enemigos del partido político y de la labor en los sindicatos), se convierta en un fenómeno internacional, a semejanza de la escisión con los "centristas" (o kautskianos, longuetistas, "independientes", etc.). Sea así. En fin de cuentas, la escisión es mejor que la confusión, que impide el crecimiento ideológico, teórico y revolucionario del partido y su madurez, así como su trabajo práctico unánime, verdaderamente organizado, que prepare de verdad la dictadura del proletariado.

Que los "izquierdistas" se pongan a prueba en la práctica en escala nacional e internacional, que intenten preparar (y después realizar) la dictadura del proletariado sin un partido rigurosamente centralizado, dotado de una disciplina férrea, sin saber dominar todas las esferas, ramas y variedades de la labor política y cultural. La experiencia práctica les enseñará con rapidez.

Hay que hacer todos los esfuerzos necesarios para que la escisión con los "izquierdistas" no dificulte o dificulte lo menos posible la fusión en un solo partido, inevitable en un futuro próximo y necesaria, de todos los participantes del movimiento obrero que defienden sincera y honradamente el Poder soviético y la dictadura del proletariado. Para los bolcheviques de Rusia constituyó una felicidad singular el hecho de que dispusieran de 15 años para luchar de modo sistemático y hasta el fin tanto contra los mencheviques (es decir; los oportunistas y los "centristas") como contra los "izquierdistas" con mucha antelación a la lucha directa de las masas por la dictadura del proletariado. Esta misma labor debe hacerse ahora en Europa y América "a marchas forzadas". Algunas personas, sobre todo de las que figuran entre los fracasados pretendientes a jefes, pueden obstinarse durante largo tiempo en sus errores (si carecen de disciplina proletaria y de "honradez consigo mismos"); pero las masas obreras, cuando llegue el momento, se unirán con facilidad y rapidez y unirán a todos los comunistas sinceros en un solo partido, capaz de instaurar el régimen soviético y la dictadura del proletariado[172].

[172] En lo que se refiere a la futura fusión de los comunistas de "izquierda", de los antiparlamentarios, con los comunistas en general señalaré, además, lo siguiente. En la medida en que he podido conocer los periódicos de los comunistas de "izquierda" y de los comunistas en general de Alemania, los primeros tienen la ventaja sobre los segundos de que saben efectuar mejor la agitación entre las masas. Algo análogo he observado repetidas veces - aunque en menores proporciones y en organizaciones locales aisladas, y no en todo el país- en la historia del Partido Bolchevique. En 1907-1908, por ejemplo, los bolcheviques de "izquierda" realizaban a veces y en algunos sitios con más éxito que nosotros su labor de agitación entre las masas. Esto se explica, en parte, porque es más fácil acercarse a las masas con la táctica de la negación "simple" en una situación revolucionaria o cuando están frescos todavía los recuerdos de la revolución. Esto, sin embargo, no representa aún un argumento en favor de la justeza de semejante táctica. En todo caso, no ofrece la menor duda de que un *Partido* Comunista que quiera ser de verdad la vanguardia, el destacamento avanzado de la clase revolucionaria, del proletariado; y que desee, además, aprender a dirigir a la gran *masa* no sólo proletaria, sino también no proletaria, a la masa trabajadora y explotada, está obligado a saber hacer propaganda, organizar y hacer propaganda del modo más accesible, comprensible, claro y vivo tanto para la "calle" urbana, fabril, como para la aldea.

II. Los comunistas y los independientes en Alemania

En el folleto he expresado la opinión de que el compromiso entre los comunistas y el ala izquierda de los independientes es necesario y provechoso para el comunismo, pero que no será fácil realizarlo. Los números de los periódicos que he recibido posteriormente confirman ambas cosas. En el N° 32 del periódico *Bandera Roja*, órgano del CC del Partido Comunista de Alemania (*Die Rote Fahne, Zentralorgan der Kommun. Partei Deuischlands, Spariakusbund*[173] del 26 de marzo de 1920), se insertó una "declaración" de dicho CC sobre el "putch" (complot, aventura) militar de Kapp-Lüttwitz y acerca del "gobierno socialista". Esta declaración es absolutamente justa tanto desde el punto de vista de la premisa fundamental como desde el de la conclusión práctica. La premisa fundamental consiste en que, en el momento actual, no existe "base objetiva" para la dictadura del proletariado por cuanto la "mayoría de los obreros urbanos" apoya a los independientes. Conclusión: promesa de "oposición leal" al gobierno "socialista (es decir, negativa a preparar su "derrocamiento violento") si se excluye a los partidos burgueses capitalistas".

La táctica, sin duda alguna, es justa en lo fundamental. Pero si no es necesario detenerse en pequeñas inexactitudes de fórmula, es imposible, no obstante, silenciar que no se puede llamar "socialista" (en una declaración oficial del Partido Comunista) a un gobierno de socialtraidores; que no se puede hablar de exclusión de "los partidos burgueses-capitalistas", cuando los partidos de los Scheidemann y de los señores Kautsky-Crispien son democráticos pequeñoburgueses; que no se puede escribir cosas

[173] Liga Espartaco. (N. de la Edit.)

como el párrafo cuarto de la declaración, que reza:

"...Para seguir ganando a las masas proletarias para el comunismo tiene enorme importancia, desde el punto de vista del desarrollo de la dictadura del proletariado, una situación en la que la libertad política pueda ser utilizada de modo ilimitado y la democracia burguesa no pueda actuar como dictadura del capital..."

Semejante situación es imposible. Los jefes pequeñoburgueses, los Henderson (Scheidemann] y los Snowden (Crispien) alemanes, no rebasan ni pueden rebasar el marco de la democracia burguesa, que, a su vez, no puede dejar de ser la dictadura del capital. Desde el punto de vista de los resultados prácticos que se había propuesto con absoluta justeza el CC del Partido Comunista, no debían haber sido escritas en modo alguno esas cosas, erróneas por principio y perjudiciales políticamente. Para ello habría sido suficiente decir (si se quiere dar muestras de cortesía parlamentaria): en tanto que la mayoría de los obreros urbanos siga a los independientes, nosotros, los comunistas, no podemos impedir a esos obreros que se desembaracen de sus últimas ilusiones democrático-pequeñoburguesas (es decir, también "burguesas-capitalistas") con la experiencia de "su" gobierno. Esto basta para fundamentar el compromiso, que es verdaderamente necesario y que debe consistir en renunciar durante cierto tiempo a los intentos de derrocamiento violento de un gobierno que cuenta con la confianza de la mayoría de los obreros urbanos. Y en la agitación cotidiana, de masas, no vinculada al marco de la cortesía oficial, parlamentaria, podría, naturalmente, agregarse: dejemos que miserables como los Scheidemann y filisteos como los Kautsky-Crispien muestren con sus actos hasta qué extremo están engañados y engañan a los obreros; su gobierno "puro" hará con "más pureza que nadie" la labor de "limpiar" los establos de Augías del socialismo, del socialdemocratismo y demás variedades de la socialtraición.

La auténtica naturaleza de los jefes actuales del "Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania" (de esos jefes de los cuales se dice, faltando a la verdad, que han perdido ya toda influencia y que, en realidad, son todavía más peligrosos para el proletariado que los socialdemócratas húngaros, que se denominaban comunistas y prometían "apoyar" la dictadura del proletariado) se ha puesto de manifiesto una y otra vez durante la korniloviada alemana, es decir, durante el "putch" de los señores Kapp y Lüttwitz[174]. Una ilustración pequeña, pero elocuente, de ello nos la dan los articulejos de Carlos Kautsky *Los minutos decisivos* (*Entscheidende Stunden*), publicado en *Die Freiheit* (*La Libertad*, órgano de los independientes) el 30 de marzo de 1920, y de Arthur Crispien *Acerca de la situación política* (en el periódico citado, número del 14 de abril de 1920). Estos señores carecen en absoluto de la capacidad de pensar y reflexionar como revolucionarios. Son llorones demócratas pequeñoburgueses, mil veces más peligrosos para el proletariado si se declaran partidarios del Poder soviético y de la dictadura del proletariado, ya que, de hecho, cometerán de manera ineluctable una traición en cada momento difícil y peligroso... ¡"sinceramente" convencidos de que ayudan al proletariado! También los socialdemócratas húngaros, rebautizados de comunistas, querían "ayudar" al proletariado cuando, por cobardía y apocamiento, consideraron desesperada la situación del Poder soviético en Hungría y gimotearon ante los agentes de los capitalistas de la Entente y ante sus verdugos.

III. Turati y compañía en Italia

Los números del periódico italiano *Il Soviet* a que he aludido confirman cuanto he dicho en el folleto acerca del error del Partido Socialista Italiano, que tolera en sus filas a tales miembros e incluso a semejante grupo de parlamentarios. Lo confirma más aún un testigo ajeno, el corresponsal en Roma del periódico liberal burgués *The Manchester Guardian* (Inglaterra), que en el número del 12 de marzo de 1920 publicó una interviú hecha por él a Turati.

"... El señor Turati -escribe este corresponsal- tiene la opinión de que el peligro revolucionario no es tan grande que pueda suscitar temores en Italia. Los maximalistas juegan con el fuego de las teorías soviéticas únicamente para mantener a las masas en estado de animación y excitación. Estas teorías son, sin embargo, nociones puramente legendarias, programas no maduros, inservibles para el uso práctico. Sirven sólo para mantener a las clases trabajadoras en estado de expectación. La misma gente que las emplea como cebo para deslumbrar los ojos proletarios se ve obligada a librar una lucha cotidiana para conquistar algunas mejoras económicas, con frecuencia insignificantes, a fin de retrasar el momento en que las clases trabajadoras pierdan las ilusiones y la fe en sus mitos queridos. De ahí esa larga racha de huelgas de toda magnitud y por cualquier pretexto, incluidas las últimas huelgas en los servicios de Correos y de Ferrocarriles, que hacen todavía más grave la situación del país, ya difícil de

[174] Dicho sea de paso, esto ha sido explicado con extraordinaria claridad, concreción y exactitud, al estilo marxista, por el magnifico periódico del Partido Comunista Austríaco *Bandera Roja* en sus números del 28 y del 30 de marzo de 1920 (*Die Rote Fahne*, Wien 1920, N°. N°. 266 und 267; L. L.: *Ein neuerAbschnitt der deutschen Revolution*.) (L. L.: "Una nueva etapa de la revolución alemana". -N. de la Edit.)

por sí. El país está irritado por las dificultades que se desprenden de su problema adriático, se siente aplastado por su deuda exterior y por su desmesurada emisión de papel moneda y, sin embargo, está muy lejos aún de comprender la necesidad de asimilar la disciplina en el trabajo, única capaz de restablecer el orden y la prosperidad..."

Está claro como la luz del día que el corresponsal inglés se ha ido de la lengua y ha dicho una verdad que, probablemente, ocultan y adornan el propio Turati y sus defensores, cómplices e inspiradores burgueses en Italia. Esta verdad consiste en que las ideas y el trabajo político de los señores Turati, Treves, Modigliani, Dugoni y Cía. son tal y como los dibuja el corresponsal inglés. Eso es auténtica socialtraición. ¡Cuán elocuente es la sola defensa del orden y de la disciplina para los obreros que se encuentran en la esclavitud asalariada, que trabajan para que se lucren los capitalistas! ¡Qué conocidos nos son a los rusos, todos esos discursos mencheviques! ¡Cuán valiosa es la confesión de que las masas están a favor del Poder soviético! ¡Qué estúpida y trivialmente burguesa resulta la incomprensión del papel revolucionario de las huelgas, que crecen espontáneamente! Sí, sí, el corresponsal inglés del periódico liberal burgués ha prestado un flaco servicio a los señores Turati y Cía. y ha confirmado de modo excelente cuán justas son las demandas del camarada Bordiga y de sus amigos del periódico *Il Soviet*, quienes exigen que el Partido Socialista Italiano, si de verdad quiere estar *a favor* de la III Internacional, expulse con oprobio de sus filas a los señores Turati y Cía. y se transforme en un Partido Comunista tanto por el nombre como por sus actos.

IV. Conclusiones erróneas de premisas justas

Pero de su justa crítica a los señores Turati y Cía., el camarada Bordiga y sus amigos "izquierdistas" sacan la errónea conclusión de que es perjudicial en general participar en el parlamento. Los "izquierdistas" italianos no pueden aportar ni sombra de argumentos serios en defensa de esta opinión. Simplemente desconocen (o tratan de olvidar) los modelos internacionales de utilización verdaderamente revolucionaria y comunista de los parlamentos burgueses, provechosa de modo indiscutible para preparar la revolución proletaria. No se imaginan sencillamente la "nueva" utilización del parlamentarismo y claman, repitiéndose hasta lo infinito, contra la utilización "vieja", no bolchevique.

En esto reside, precisamente, su error básico. No sólo en el terreno del parlamento, *sino en todos* los terrenos de la actividad, el comunismo *debe aportar* (*y no podrá* hacerlo sin un trabajo prolongado, persistente y tenaz) algo nuevo por principio, que rompa de manera radical con las tradiciones de la II Internacional (conservando y desarrollando al mismo tiempo todo lo que ha dado de bueno).

Tomemos, aunque sólo sea, el trabajo periodístico. Los periódicos, folletos y proclamas cumplen una labor necesaria de propaganda, agitación y organización. Ningún movimiento de masas puede pasarse en un país, por poco civilizado que sea, sin un aparato periodístico. Y ni los gritos contra los "jefes", ni los juramentos de proteger la pureza de las masas contra la influencia de los jefes pueden excluir la necesidad de utilizar para ese trabajo a gentes procedentes de los medios intelectuales burgueses, pueden librarnos de la atmósfera y el ambiente democrático-burgueses, "de propiedad privada", en que se efectúa esa labor bajo el capitalismo. Incluso dos años y medio después del derrocamiento de la burguesía y de la conquista del poder político por el proletariado vemos en torno nuestro esta atmósfera, este ambiente de relaciones de propiedad privada, democrático-burguesas, que tienen carácter de masas (campesinos, artesanos).

El parlamentarismo es una forma de trabajo; el periodismo, otra. El contenido puede ser comunista en ambas, y debe serlo, si quienes trabajan en una u otra esfera son verdaderos comunistas, verdaderos miembros del partido proletario, de masas. Pero en una y en otra –*y en cualquier esfera de trabajo* bajo el capitalismo y en la transición del capitalismo al socialismo- es imposible rehuir las dificultades y las originales tareas que debe vencer y cumplir el proletariado para utilizar con vistas a sus propios fines a gentes que proceden de medios burgueses, para conquistar la victoria sobre los prejuicios y la influencia de los intelectuales burgueses, para debilitar la resistencia del ambiente pequeñoburgués (y, posteriormente, para transformarlo por completo).

¿Acaso no hemos visto en todos los países, hasta la guerra de 1914-1918, extraordinaria abundancia de ejemplos de anarquistas, sindicalistas y demás elementos muy "izquierdistas" que fulminaban el parlamentarismo, se mofaban de los parlamentarios socialistas contaminados de trivialidad burguesa, fustigaban su arribismo, etc., etc., y hacían *la misma* carrera burguesa *a través* del periodismo, *a través* de la labor en los sindicatos? ¿Acaso, el ejemplo de los señores Jouhaux y Merrheim, si nos limitamos a Francia, no son típicos?

La puerilidad de "negar" la participación en el parlamento consiste, precisamente, en que con ese método tan "sencillo", "fácil" y seudorrevolucionario quieren "*resolver*" la difícil tarea de luchar contra las influencias democrático-burguesas *en el seno* del movimiento obrero, y, en realidad, lo único que hacen es huir de su propia sombra, cerrar los ojos ante las dificultades y desembarazarse de ellas sólo con palabras. Es indudable que el arribismo más desvergonzado, la utilización burguesa de los puestos en el parlamento, la clamante desnaturalización

reformista de la labor parlamentaria y la vulgar rutina pequeñoburguesa son rasgos peculiares habituales y predominantes, engendrados por el capitalismo en todas partes y no sólo fuera, sino dentro del movimiento obrero. Pero el capitalismo y el ambiente burgués creado por él (y que incluso después del derrocamiento de la burguesía desaparece muy despacio puesto que el campesinado hace renacer sin cesar a la burguesía) engendran absolutamente en todas las esferas del trabajo y de la vida, en esencia, el mismo arribismo burgués, el chovinismo nacional, la trivialidad pequeñoburguesa, etc., con insignificantes variedades de forma.

Os parece, queridos boicoteadores y antiparlamentaristas, que sois "terriblemente revolucionarios", pero en realidad *os habéis asustado* de las dificultades relativamente pequeñas que presenta la lucha contra influencias burguesas en el seno del movimiento obrero, en tanto que vuestra victoria, es decir, el derrocamiento de la burguesía y la conquista del poder político por el proletariado, creará *estas mismas* dificultades en proporciones mayores, inconmensurablemente mayores. Os habéis asustado como niños de la pequeña dificultad que se alza hoy ante vosotros, sin comprender que mañana y pasado mañana tendréis, de todos modos, que aprender, y aprender por completo, a vencer las mismas dificultades, pero en proporciones inmensamente más considerables.

Bajo el Poder soviético, en vuestro -y en nuestro- partido proletario tratarán de penetrar aún más elementos procedentes de la intelectualidad burguesa. Penetrarán también en los Soviets, en los tribunales y en el aparato administrativo, pues es imposible construir el comunismo con otra cosa que no sea el material humano creado por el capitalismo. Es imposible expulsar y exterminar a los intelectuales burgueses; lo que hay que hacer es vencerlos, transformarlos, refundirlos, reeducarlos, de la misma manera que es necesario reeducar en lucha prolongada, sobre la base de la dictadura del proletariado, a los proletarios mismos, que no se desembarazan de sus prejuicios pequeñoburgueses de golpe, por un milagro, por obra y gracia del espíritu santo o por el efecto mágico de una consigna, de una resolución o un decreto, sino únicamente en una lucha de masas larga y difícil contra la influencia de las ideas pequeñoburguesas entre las masas. Bajo el Poder soviético, esas mismas tareas que el antiparlamentario aparta ahora de un manotazo con tanto orgullo, altanería, ligereza y puerilidad, *esas mismas* tareas resurgirán *dentro* de los Soviets, dentro de la administración soviética, dentro de los "defensores" soviéticos (hemos destruido en Rusia, e hicimos bien en destruirla, la abogacía burguesa, pero renace entre nosotros al socaire de los "defensores" "soviéticos"[175]). Entre los ingenieros soviéticos, entre los maestros soviéticos y entre los *obreros* privilegiados (es decir, los de más elevada calificación y los mejor colocados) en las fábricas soviéticas vemos renacer de manera constante absolutamente *todos* los rasgos negativos propios del parlamentarismo burgués, y sólo con una lucha reiterada, incansable, larga y tenaz del espíritu de organización y la disciplina proletarias vencemos -gradualmente- este mal.

Es claro que bajo el dominio de la burguesía resulta muy "difícil" vencer las costumbres burguesas en el propio partido, es decir, en el partido obrero: es "difícil" expulsar del partido a los jefes parlamentarios habituales, corrompidos sin esperanza de curación por los prejuicios burgueses; es "difícil" someter a la disciplina proletaria al número absolutamente necesario (en cierta cantidad, aunque sea muy limitada) de gentes que proceden de la burguesía; es "difícil" crear en el parlamento burgués una minoría comunista digna por completo de la clase obrera; es "difícil" conseguir que los parlamentarios comunistas no se dediquen a bagatelas parlamentario-burguesas, sino que se entreguen a la labor esencialísima de propaganda, agitación y organización de las masas. No cabe duda de que todo eso es "difícil"; fue difícil en Rusia y es incomparablemente más difícil en Europa Occidental y en América, donde son mucho más fuertes la burguesía, las tradiciones democrático-burguesas, etc.

Pero todas estas "dificultades" son en verdad pueriles comparadas con las tareas absolutamente *del mismo género* que deberá resolver de maneta ineluctable el proletariado para su victoria, durante la revolución proletaria y después de tomar el poder. En comparación con *estas* tareas, verdaderamente gigantescas, cuando bajo la dictadura del proletariado habrá que reeducar a millones de campesinos y de pequeños propietarios, a centenares de miles de empleados, de funcionarios y de intelectuales burgueses, subordinándolos a todos al Estado proletario y a la dirección proletaria, y vencer en ellos los hábitos burgueses y las tradiciones burguesas; en comparación con estas tareas gigantescas, resulta de una facilidad infantil crear bajo el dominio de la burguesía una minoría auténticamente comunista del verdadero partido proletario en el parlamento burgués.

Si los camaradas "izquierdistas" y antiparlamentarios no aprenden a vencer ahora una

[175] "*Defensores*" "*soviéticos*": colegios de abogados creados en febrero de 1918 adjuntos a los Soviets de diputados obreros, soldados, campesinos y cosacos. "En muchos colegios se dejó sentir en gran medida la influencia de los abogados burgueses, que tergiversaban las bases de la jurisprudencia soviética y cometían abusos".

dificultad incluso tan pequeña, puede decirse con seguridad que o no estarán en condiciones de realizar la dictadura del proletariado, no podrán subordinar y transformar en vasta escala a los intelectuales burgueses y las instituciones burguesas, o deberán *terminar de aprender a toda prisa*, y con semejante premura causarán un gran daño a la causa proletaria, cometerán más errores que de ordinario, darán muestras de debilidad y de incapacidad más que regular, etc., etc.

Hasta que la burguesía no sea derrocada -y, después de su derrocamiento, hasta que no desaparezcan por completo la pequeña hacienda y la pequeña producción mercantil-, el ambiente burgués, los hábitos de propiedad privada y las tradiciones pequeñoburguesas estropearán la labor proletaria tanto dentro como fuera del movimiento obrero, no sólo en una esfera de actividad, la parlamentaria, sino inevitablemente en todas y cada una de las esferas de la actividad social, en todos los terrenos culturales y políticos sin excepción. Y constituye un profundísimo error, que habrá que pagar después de manera inexcusable, el intento de desentenderse, de apartarse de *una* de las tareas "desagradables" o de las dificultades en una esfera de trabajo. Hay que aprender, y aprender hasta el fin, a dominar todas las esferas de trabajo y de actividad, sin ninguna excepción, a vencer por doquier todas las dificultades y todas las costumbres, tradiciones y hábitos burgueses. Cualquier otro planteamiento de la cuestión carece simplemente de seriedad, es pueril.

12-V-1920.

V

En la edición rusa de este libro he expuesto con cierta inexactitud la conducta del Partido Comunista Holandés en su conjunto en el terreno de la política revolucionaria mundial. Por eso aprovecho la ocasión para publicar la carta, que se reproduce más abajo, de nuestros camaradas holandeses sobre este problema y, además, para corregir la expresión "tribunistas holandeses" empleada por mí en el texto ruso, sustituyéndola por las palabras "algunos miembros del Partido Comunista Holandés".

N. Lenin

Carta de Wijnkoop

Moscú, 30 de junio de 1920.

Querido camarada Lenin:

Gracias a su amabilidad, los miembros de la delegación holandesa al II Congreso de la Internacional Comunista hemos tenido la posibilidad de leer su libro *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo* antes de que apareciera traducido a los idiomas de Europa Occidental. En este libro subraya Vd. varias veces su desaprobación del papel que han desempeñado algunos miembros del Partido Comunista Holandés en la política internacional.

Debemos protestar, sin embargo, contra el hecho de que atribuya Vd. al Partido Comunista la responsabilidad por los actos de esos miembros. Esto es inexacto en extremo. Más aún, es injusto, pues esos miembros del Partido Comunista Holandés participan muy poco o no participan en absoluto en la labor cotidiana de nuestro partido; intentan también, directa o indirectamente, aplicar en el Partido Comunista las consignas oposicionistas contra las que el Partido Comunista Holandés y todos sus órganos han librado y libran hasta el día de hoy la lucha más enérgica.

Con un saludo fraternal, (en nombre de la delegación holandesa)

D. I. Wijnkoop

Escrito en abril-mayo de 1920. Publicado en junio de 1920 en folleto aparte. Petrogrado.

V. L Lenin. Obras, 5ª ed. en ruso, t. 41, págs. 1-114.